$ 120,00

Junio de 1976

Selecciones del Reader's Digest

PUBLICADA MENSUALMENTE EN 30 PAÍSES Y 13 IDIOMAS

LOS 39 SEGUNDOS APOCALÍPTICOS DE GUATEMALA

—UN GRAN REPORTAJE—




TOMO XI No. 65 JUNIO DE 1976

Revista mensual publicada por
READER'S DIGEST MÉXICO, S.A. DE C.V.

READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, británica, australiana, canadiense, sudafricana, neozelandesa, india y del Extremo Oriente); ESPAÑOL (ediciones del Caribe, centroamericana, colombiana, chilena, ibérica, mexicana, peruana, rioplatense y venezolana); PORTUGUÉS; SUECO; FINLANDÉS; DANÉS; JAPONÉS; FRANCÉS (ediciones belga, francesa, suiza y canadiense); NORUEGO; ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); ITALIANO; HOLANDÉS (ediciones holandesa y belga) y CHINO. Se publican ediciones en el sistema Braille en inglés, español, alemán, japonés y sueco.

READER'S DIGEST, Pleasantville, N.Y., EE.UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace (que se retiraron en 1973).

Selecciones se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina — Distribuidora de Revistas Bertran, S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires.

Bolivia ($b. 17,00*) — Librería Selecciones, S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.

Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas No. 502, 19º andar, Río Janeiro.

Colombia ($18,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 No. 36-30, Barranquilla, y Apdo. Aéreo No. 4431, Cali; Distribuidora Meridiano, S.A., Carrera 24 No. 24-26, Bogotá, D.E.; José P. García Baylleres, Apdo. Aéreo 42-48, Medellín.

Costa Rica (₡6,00*) — Eleazar Calvo Brenes, Apartado 67, San José.

Chile (Eº 3500,00*) — Reader's Digest Chile Limitada, Huelen 275, 3er. piso (Casilla 3141), Santiago.

Ecuador (16,00 sucres*) —Librería Selecciones, S.A., Venezuela y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S.A., 9 de Octubre 735 y Boyacá, Guayaquil.

El Salvador (₡1,75*) — Distribuidora Salvadoreña, Ave. España 344, San Salvador.

Estados Unidos (95 cts.*) — American Distributors Magazines, Inc., 7240, N.E. 4th Ave., Miami, 33138, Florida, U.S.A.

Guatemala (Ø0,70*) — De la Riva, Hnos., 9a. Avenida No. 10-34, Zona 1, Guatemala.

Honduras (L 1,40*) — Distribuidora de Publicaciones, S. de R. L., 4a. Calle No. 103, Tegucigalpa.

México ($12,00*) — Distribuidora Intermex, Vallejo 1020, México 16, D.F.

Nicaragua (₡5,00*) — Ramiro Ramírez, Ave. Bolívar Sur No. 302-A, Managua.

Panamá (B 0,70*) — J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Apartado 2052, Panamá.

Paraguay (G.100,00*) — Librería Internacional de Adolfo N. Buzó, Estrella 380, Asunción.

Perú (S/30,00*) — Distribuidora Selecciones del Perú, S.A., Tarma 171/175, Lima.

Puerto Rico (95 cts.*) — Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.

Rep. Dominicana (RD$0,95*) — Librería Dominicana, Calle Mercedes 45-49, Santo Domingo.

Uruguay ($N 3,00) — Nelson Careaga, Ciudadela 1373, Montevideo.

Venezuela (Bs. 4,00*) — Distribuidora Continental, S.A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

*(*Precio por número suelto)*

Registro Nacional de la propiedad Intelectual en Argentina No. 1.274.025. Circula por el correo argentino con el carácter de publicación de interés general No. 144.

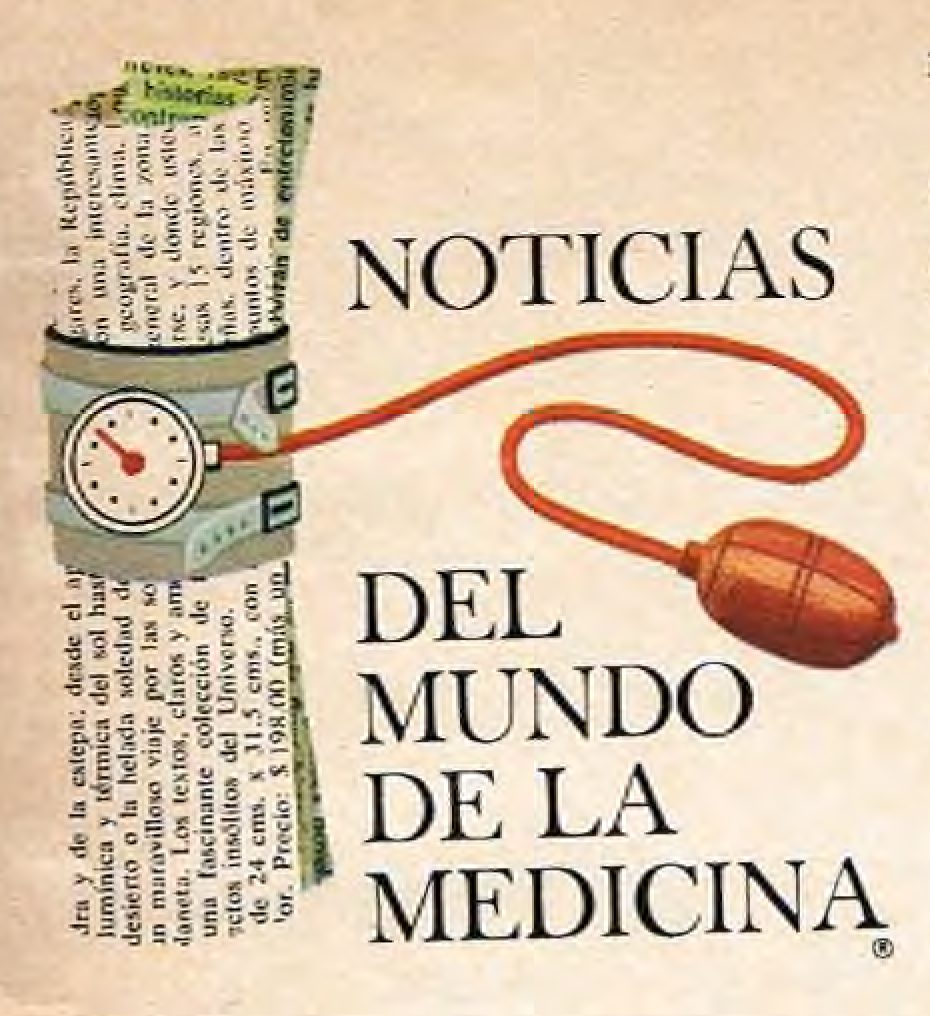
SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volumen XI, No. 65, junio de 1976. Publicación mensual de Reader's Digest México, S.A. de C.V., México, D.F. Printed in Brazil.

Impreso en Brasil, por Abril S/A — Cultural e Industrial — São Paulo

Selecciones Reader's Digest
Marca Registrada Reg. U.S. Pat. Off.

Adherida al Instituto Verificador de Circulación

CORREO CENTRAL (B) ARGENTINO	FRANQUEO PAGADO Concesión No. 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión No. 144



NOTICIAS DEL MUNDO DE LA MEDICINA®

CUIDADO CON LOS ESTRÓGENOS

DURANTE la menopausia, la mujer produce una cantidad cada vez menor de estrógenos (hormonas femeninas) y esa circunstancia ocasiona una variedad de síntomas molestos, tales como sofocaciones, insomnio, angustia y depresión. Para aliviar estos síntomas, un número creciente de mujeres de mediana edad ha estado tomando diariamente tabletas de estrógenos, terapia que defienden enérgicamente muchos ginecólogos, pero que otros reprueban. Ciertos investigadores del Estado norteamericano de California acaban de presentar testimonios de que la terapia de estrógenos ha sido causa de un sensible aumento del cáncer uterino en los Estados Unidos. (El cáncer del útero, que debemos distinguir del cáncer del cuello uterino, afecta al endometrio, membrana mucosa de la matriz.)

El aumento en el número de casos de cáncer uterino coincide, según opinión de los médicos, con la venta cada vez mayor de píldoras de estrógenos, hoy más del cuádruple que en 1962. Basándose en las estadísticas, algunos facultativos llegan a la conclusión de que los peligros de los estrógenos en el tratamiento de los síntomas menopáusicos sobrepasan con creces a sus beneficios. Sin embargo, muchos especialistas insisten en que se puede reducir el riesgo del cáncer administrando cautamente la terapia de los estrógenos.

El problema, según el Dr. Robert Kistner, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard, estriba en que algunos ginecólogos recetan una dosis excesiva de la hormona. Es bien sabido, añade, que el estrógeno puede ser causa de hiperplasia uterina (crecimiento excesivo de las glándulas del endometrio), la cual puede degenerar en cáncer. Los médicos deberán practicar periódicamente biopsias a las señoras que estén en tratamiento de estrógenos, recomienda Kistner; y si se presenta la hiperplasia, deberán suspender la hormona a la paciente hasta que desaparezca el crecimiento.

—M.C.

EL MÉTODO DE SHUMWAY

MUCHOS cirujanos, desanimados por el índice generalmente bajo de personas que sobreviven a un tras-

plante de corazón, han abandonado ya ese tipo de operaciones. Una excepción notable es el Dr. Norman Shumway de la Facultad de Medicina de la Universidad de Stanford. En una reunión de la Asociación Norteamericana de Cardiología, el equipo de este médico informó que ha practicado, por término medio, un trasplante de corazón cada mes a partir de 1968, y que 36 de esos 96 pacientes viven todavía. Esta cifra excede con mucho a la de cualquier otro equipo quirúrgico semejante. De los 190 individuos de todo el mundo que se han sometido a un trasplante, fuera de Stanford, sólo 14 siguen con vida; pero el éxito de Shumway ha reavivado el interés mundial por este tipo de cirugía.

Los pacientes del Dr. Shumway han sobrevivido gracias a varias innovaciones en el cuidado posoperatorio. Los médicos de Stanford administran medicamentos que estimulan el corazón durante los primeros días siguientes al trasplante. El Dr. Edward Stinson, jefe del equipo quirúrgico, explica: "Observamos que, inmediatamente después de la operación, el corazón trasplantado funciona con una eficacia media inferior a la normal". De ordinario, el grupo de Stanford también hace después de la operación biopsias cardiacas por medio de un catéter provisto de diminutas cuchillas que se introduce por la yugular. Si el tejido extraído presenta inflamación (signo de rechazo), los médicos aumentan temporalmente la dosis de medicamentos que inhiben los mecanismos de inmunización.

Como estos fármacos disminuyen la resistencia orgánica, el paciente queda muy propenso a infecciones. Pero el equipo posoperatorio de Stanford tiene un remedio: "Empleamos todo un arsenal de antibióticos en cuanto sospechamos algo", dice la doctora Sharon Hunt. "Y una vez confirmada la naturaleza de la infección, suspendemos los que no son necesarios".

Poco después del trasplante, para mantener al paciente físicamente en forma, los médicos prescriben un programa especial que abarca el trote corto, la calistenia y otros géneros de ejercicio vigoroso. —*Time*

EL ABUELO, EL NIETO Y EL ALCOHOL

"De tal palo, tal astilla", dice el refrán; pero en el terreno del alcoholismo se empiezan a obtener pruebas de que el dicho se puede aplicar mejor al nieto que al hijo. El Dr. Lennart Kaij, de la Universidad de Lund, en Suecia, informa en la revista *Archives of General Psychiatry* que en los nietos de alcohólicos se advierte una tendencia al alcoholismo tres veces mayor que en el resto de la población masculina. Las conclusiones del Dr. Kaij son resultado de un estudio emprendido para poner a prueba la teoría de que la inclinación a beber con exceso es trasmitida más a menudo por las hijas de alcohólicos que por los hi-

Para los cachorros

Pampero®
infantil
abrigapasitos



ALPARGATAS S.A.I.C. - EMPRESA ARGENTINA QUE PRODUCE PARA EL PAIS DESDE 1885

jos. El Dr. Kaij no encontró ningún factor relacionado con el sexo del trasmisor, pero sí descubrió que, cuando los nietos de dipsómanos llegan a los cincuenta y tantos años, tienen un 43 por ciento de probabilidades de padecer la misma enfermedad. ¿Por qué? Todavía se ignora la causa, pero se seguirá estudiando en Suecia, donde el alcoholismo pasa por ser un problema social grave. —W.H.

EL SUEÑO COMO REMEDIO CONTRA EL DOLOR DE CABEZA

En el tratamiento para este mal tan frecuente hay generalmente mucho de conjetura, pero se ha logrado ya un adelanto que promete alivio (aunque no la prevención) de ciertos tipos de ese padecimiento. Por primera vez los neurólogos del Centro Médico del Monte Sinaí, de Nueva York, han encontrado un tratamiento para poner fin a dos de las formas más dolorosas y destructivas del dolor de cabeza: la jaqueca y la cefalalgia que acomete en serie.

El "medicamento" empleado en el Monte Sinaí es el sueño: no el ordinario, sino un "sueño profundo", inducido por fármacos inofensivos y que no habitúan al usuario. Los médicos de aquel Centro han dado al nuevo tratamiento, que consiste en tres aplicaciones intravenosas, el nombre de "Coctel Coddon", porque lo inventó el Dr. David Coddon, director de la Clínica contra la Jaqueca en ese hospital. Con este procedimiento, que se reserva para pacientes desesperados, muchos de ellos casi cegados después de varios días de jaqueca, se les hace dormir de tres a ocho horas. Al despertar, el dolor ha desaparecido. El tratamiento se ha probado ya en unos 800 pacientes con resultados positivos en el 90 por ciento de los casos. —E.D.R.

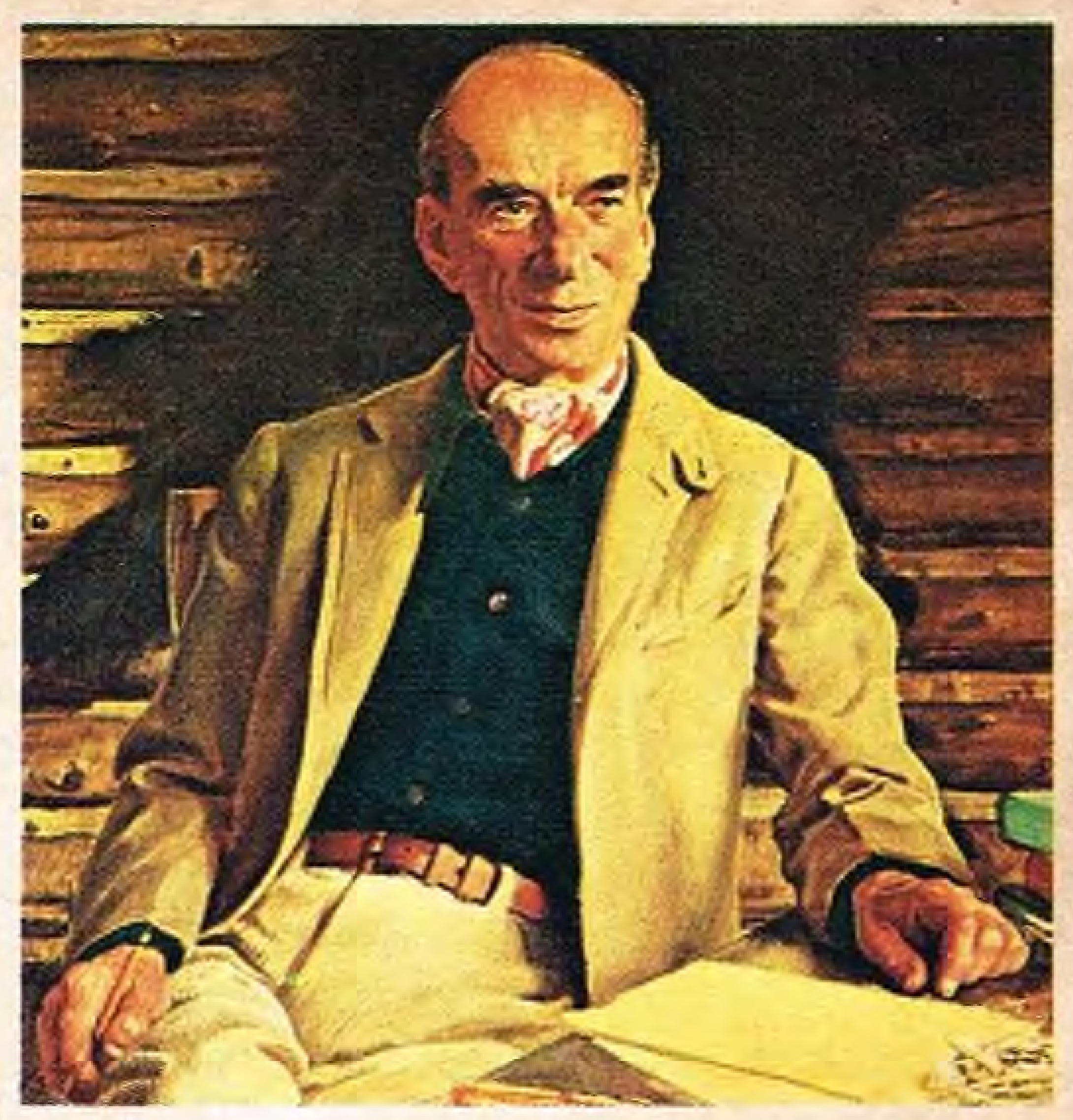
Baudelaire escribió pasajes definitivos acerca de los paraísos artificiales. Entre ellos encontramos esta interesante observación: "El carnicero que consuma drogas tendrá sueños propios de carnicero".

Habría podido añadir Baudelaire que los sueños del carnicero adicto a las drogas suelen durar apenas un instante: la degeneración física y síquica del toxicómano es tan rápida que al fin termina por no soñar nada: llega el momento en que la sustancia con que pretendía escapar a un país de maravillas no le da más que náuseas y la muerte.

Todo esto es bien sabido, aunque podríamos pensar que nadie lo hubiese advertido, a juzgar por el número de jóvenes infelices e idiotas que diariamente son recogidos en las calles, precisamente por tratar de tener sueños idiotas.

Marx dijo que la religión es el opio del pueblo. Ojalá no vayamos a invertir la proposición y decir un día que el opio es la religión del pueblo. —André Frossard, en *Le Figaro*, de París

Fairfield Osborn, precursor de la ecología ya antes de que la mayoría de nosotros supiéramos lo que significa esta palabra, vivía envuelto en una aura de gozo que conmovía a todos cuantos lo conocían.



Mi personaje inolvidable

POR LAURANCE ROCKEFELLER

CUANDO asistí por primera vez a una reunión de la junta de gobierno de la Sociedad Zoológica de Nueva York, en 1935, encontré a un grupo de hombres entusiastas y serios. La mayoría eran personalidades financieras o cívicas que dedicaban sus ratos de ocio a la administración del parque zoológico del Bronx y el Acuario de Nueva York como una contribución al servicio público. Uno de nosotros, no obstante, era un inconformista, hombre que tenía un irreverente sentido del humor. Se llamaba Fairfield Osborn.

Ya era consejero de la junta desde hacía algún tiempo, y en aquella precisa reunión lo eligieron secretario. Su discurso de aceptación fue original. "Caballeros", dijo, "les agradezco su confianza en mí y les aseguro que, por lo menos, tengo un mérito para este cargo. Soy uno de los pocos conocidos de ustedes que sabe lo que dice un cocodrilo cuando se siente feliz". Y, después de una pausa durante la cual miró a los presentes con aire de reto, prosiguió: "Cuando era niño, yo tenía un cocodrilo domesticado; al acostarnos juntos por la noche, se echa-

Retrato de Fairfield Osborn pintado por Albert Murray. Cortesía de la Sociedad Zoológica de Nueva York. Foto: William Sonntag.

ba a la larga sobre mi estómago y, una vez caliente y cómodo, decía: *¡Ungh . . . ungh . . . ungh!"*

Aparte de su picaresco sentido del humor, mi primera impresión de Fairfield Osborn fue que era un hombre notablemente feo. Era alto y flaco, tenía una cara llena de arrugas, dominada por una nariz de proporciones espectaculares. Aquella primera impresión fue efímera, sin embargo, porque no se podía estar con él mucho tiempo en una habitación sin sentir la influencia casi tangible del amor a la vida que animaba a aquel hombre. En su rostro brillaba un espíritu de gozo que lo hacía realmente hermoso.

El ejército de Fair. Desde joven, Osborn planeó su vida . . . y perseveró en su plan. Después de su graduación en las universidades de Princeton y de Cambridge, se casó, volvió la espalda al mundo académico y se hizo corredor de bolsa en Wall Street Más tarde, a los 48 años, habiendo criado tres hijas y logrado la seguridad económica, se retiró de los negocios y puso en acción la "fase 2" del plan de su vida: consagrar el resto de sus días a la conservación y el cuidado de la vida silvestre.

Cuando Fair (el apodo cariñoso con que lo conocíamos) fue elevado a la presidencia de la sociedad, en 1940, el parque zoológico empezó a cambiar. Donde le fue posible abolió jaulas y dejó a los animales en espacios libres que eran más parecidos a su hábitat natural. Había tradicionalistas que al principio se opusieron a sus planes, pero Fair era un revolucionario y renovador de energía casi ilimitada. Sin embargo, no imponía sus ideas a otros hombres. Los arrastraba consigo por su mismo entusiasmo ferviente; los convertía en voluntarios de su ejército.

Aunque Fair no tenía título académico en zoología, poseía algo aun más raro y precioso: comprensión y compenetración con los animales. Un día, pasando al lado de un oso, se detuvo y dijo al guarda:

—Ese oso polar sufre.

—¿Sufre? —replicó, perplejo, el mozo— No he notado nada raro en él, señor Osborn.

—No obstante, algo le pasa. Haré que lo vea el veterinario.

Y, ciertamente, el veterinario descubrió que el oso tenía una infección de la piel.

Uno de los problemas del parque zoológico del Bronx, como de todos, era el de mantener vivos a los gorilas en cautividad. Fair pasó muchas horas con sus colaboradores estudiando la cuestión, hasta que un día dijo:

—Creo que ya sé cuál es la falla. Nuestros gorilas no reciben bastante afecto. Son inteligentes, sensitivos y tristes. Tenemos que procurar que los guardas los abracen más, que los traten como si fueran humanos.

LAS OBRAS filantrópicas de Laurance Rockefeller en el campo de la conservación de la naturaleza han sido extensas. Sucedió a Fairfield Osborn como presidente de la Sociedad Zoológica de Nueva York, y fue socio fundador de la Fundación de Conservación.

Desde aquel día los gorilas del parque zoológico del Bronx gozaron ampliamente de la vida. Una de las grandes atracciones públicas era ver a un gorila crecido acurrucarse en el regazo de un hombre que tenía la mitad de su tamaño.

Tronido de prevención. El interés de Fair por la protección de la vida de la naturaleza lo llevó inevitablemente a un examen de nuestro ambiente y del papel destructivo del hombre. En 1948 escribió un libro precursor de la ecología, *Nuestro expoliado planeta.* El libro produjo escándalo a mucha gente, porque decía lo que por aquel entonces se consideraba revolucionario y alarmista.

"La naturaleza puede ser algo bello, y es indudablemente una sinfonía", escribió, "pero por encima y por debajo y dentro de sus propias e inmutables esencias, sus distancias, su aparente tranquilidad e invariabilidad, es una máquina activa, coordinada, con un propósito. Cada parte de ella depende de otra, y todas están relacionadas con el movimiento de la totalidad. Algunas partes de la Tierra, en otro tiempo vivas y productivas, han muerto a manos del hombre. Otras están muriendo ahora. Si hacemos que mueran más, la naturaleza se desquitará a su modo, inexorablemente, como ya lo ha comenzado a hacer".

Osborn escribió cuidadosamente, con documentación, y sus palabras se extendieron retumbando por toda la faz de la Tierra como un estampido de prevención. El libro fue traducido a 13 idiomas y leído por millones, y todavía hoy sigue imprimiéndose.

El exceso de población es inherente a nuestros problemas ecológicos. Osborn escribió acerca de ello en otro libro muy leído, *Límites de la Tierra,* publicado en 1953, cuando el autor tenía 66 años de edad. "La idea de que el aumento de la población garantiza una vida mejor, en el económico y en otros órdenes", escribió, "es un mito que sólo tienen algún derecho de creer los que venden pañales, cochecitos de niño y artículos semejantes".

Sus escritos fueron clarinadas para la acción, y él mismo se mantuvo listo para acaudillar a las tropas. Cuando se vio que la Sociedad Zoológica no estaba preparada para hacer frente a los grandes problemas de ambiente y población, Fair fue elemento influyente para que se organizara en 1948 la Fundación de Conservación. Su propósito consistía en fomentar el conocimiento de los recursos naturales y estimular a la gente para que los conservara. No existía entonces una institución semejante, y hoy el conocimiento general de los problemas de ambiente se debe, por lo menos en parte, a los esfuerzos precursores de la Fundación.

Jardín para dos. Se ha dicho que el destino de un hombre no se decide finalmente hasta que se casa. No sé cuánto hay de verdad en esto, pero cuando Fair conoció a Marjorie Lamond y se casó con ella, en Inglaterra en 1914, se alió a la com-

pañera que no le iba en zaga por su gozo de vivir. Ella consideraba el trabajo de su esposo extraordinariamente importante, pero no dejó que esto la abrumase. Pintora de talento, ella también amaba la vida, más la veía con sus propios ojos.

Con motivo de sus bodas de oro, regresaron a Santa Margarita, en Westminster (Londres), donde habían contraído matrimonio. Rodeados de amigos que habían estado presentes en el enlace, celebraron una breve ceremonia para prometer nuevamente consagrarse el uno al otro. Después se festejó la ocasión con un almuerzo en el cual una vieja amiga pronunció un discurso emocionado, recordando que Fair y Marjorie se habían comprometido en su jardín.

Fair dijo:

—No tanto, querida. Estábamos en el marjal buscando ranas.

—Tú buscabas ranas —replicó Marjorie—. Yo buscaba flores.

Durante toda su vida recorrieron juntos el mundo para estudiar sus recursos y luchar contra la ignorancia y el despilfarro del hombre, pero sus recuerdos más amables no eran siempre de acontecimientos serios. En su primer viaje a Italia, Fair pasó el tiempo en el buque estudiando italiano en un libro para turistas hasta dominar las frases extrañas y frecuentemente inútiles que esa clase de literatura ofrece.

Al llegar a Nápoles fueron sitiados y acosados por quisquillosos y chillones taxistas. Aunque era difícil incluso hacerse oír, Fair acabó eligiendo un vehículo y comenzó a meter en él su equipaje. En seguida, uno de los conductores rechazados empezó a zaherirlo por ello. A medida que el individuo iba animándose, parecía que todas las injusticias del mundo habían caído sobre él, y acabó en un estado frenético. Fair lo escuchó, aunque no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo. Cuando por fin el hombre hizo una pausa para recobrar el aliento, Fair vio su oportunidad.

"¿Dónde está el sombrero de mi tía?" gritó. Y antes de que su asombrado antagonista pudiera reaccionar, Fair prosiguió: "Deseo una toalla para el baño". Y luego chilló: "¡He comido demasiado ajo!" Siguió así sucesivamente, repitiendo las lecciones de su libro de conversación, y lanzándose a una furia que dejó en mantillas la de su contendiente. Cuando por fin terminó, los arremolinados taxistas rompieron en un ruidoso aplauso. Dando gritos de *"Bello! Bello!"* acompañaron a Fair como a un héroe al salir del muelle.

Aura de gozo. A los 79 años de edad Fair sufrió un ataque que lo dejó con una leve cojera y dificultad para hablar, contratiempos que no le quitaron sus ímpetus. Para compensar sus pasos más cortos, andaba más de prisa; cuando sus palabras salían confusas, se limitaba meramente a esperar que lo escucharan con más atención. Su mente seguía fértil, su espíritu valeroso; no hizo caso de la torpeza de su organismo.

Finalmente, a los 81 años se retiró

de la presidencia de la Sociedad Zoológica y se trasladó con Marjorie de su casa de la ciudad a su cabaña de Garrison (Nueva York). Allí, sin servicio doméstico, vivieron cerca de la naturaleza y el uno cerca del otro. El segundo verano fueron a un baile, y Fair sufrió un nuevo ataque, después del cual tuvo gran dificultad para moverse. Pese a ello, se negó a ir a un hospital y a permitir que Marjorie lo ayudara. Luego, una mañana de septiembre, no pudo levantarse de la cama ni hablar. Pidió por señas papel y lápiz, y cuando Marjorie se los dio, escribió: "Eres tan hermosa como siempre". La segunda mañana pidió otra vez el papel y el lápiz, y escribió, "Eres tan hermosa . . ." No pudo terminar la frase, y el 16 de septiembre de 1969 murió serenamente.

Después del funeral en la iglesia de Garrison, oí a un viejo amigo decir: "No lloraré a Fair. Tuvo una vida perfecta".

Está equivocado, naturalmente, porque ningún hombre pasa por la vida libre de pecado y error. Sin embargo, sé lo que quería decir. Fairfield Osborn estaba envuelto en una aura de gozo; gozo de la naturaleza, gozo del trabajo, gozo del amor y la risa. A todos cuantos estuvieron cerca de él, los conmovía esta cualidad. Y eso es probablemente el estado más cercano a la perfección que cualquier hombre pueda aspirar a conseguir en este mundo.

Las lecciones de música en las escuelas de primera enseñanza jamás se han distinguido por lo melódicas, y, aunque lo sean, la mayoría de las veces pasan inadvertidas. El colmo sucedió en diciembre, cuando los oboes comenzaron a entonar *Noche de paz*. A las primeras notas, la clase entera se puso en pie y comenzó a salir del aula. Creyeron que sonaba la alarma de incendios. —K.B.

Explicaciones

Un libro prestado por la biblioteca pública de San Francisco en 1935 acaba de ser devuelto. Lo acompañaba una carta anónima que explicaba: "Soy un lector muy lento".

—Jack Rosenbaum, en el *Examiner*, de San Francisco

La actriz Sherry Britton dice que prefiere viajar por ferrocarril: "Me gusta más porque el ferrocarril siempre lleva sacado su tren de aterrizaje". —E.W.

Ruth Gordon, al cumplir los 70 años, explica en su libro *Myself Among Others* cómo ha conservado la línea: "En los últimos 42 años no he comido nada que realmente me guste". —P.A.

Creemos que Premium es el mejor whisky que se elabora en el país



HIRAM WALKER S. A.

Etiqueta Roja EXTRA AÑEJO • Etiqueta Negra PARA CONOCEDORES



ASÍ ES LA VIDA

Cierta joven se presentó en el aserradero donde trabajaba mi padre con un par de zapatos de gruesa suela de corcho en la mano. Preguntó al encargado del taller si podría cortarle unos dos centímetros de la suela. Él la complació.

A la semana siguiente regresó la dama para preguntar: "¿Tiene usted todavía el corcho que le quitó a mis zapatos hace ocho días? ¿Sería posible volvérselo a poner?"

Al encargado le sorprendió tan extraña petición, pero respondió que haría lo posible. "Me alegro", añadió ella. "Es que cambié de novio esta semana, y el nuevo es bastante más alto que el anterior". —J.W.

Unos vecinos nuestros se interesaron muchísimo por una pareja de petirrojos que anidó en una cornisa cercana a la ventana de su dormitorio, situado en un segundo piso. Sin ser vistos podían observar a los pajaritos haciéndose la corte y fabricando su vivienda, e incluso, a su tiempo, pudieron ver el nacimiento de los polluelos. Desgraciadamente uno de éstos se cayó del nido y se mató estrellándose contra la acera.

Sabíamos que los vecinos estaban preocupados, pero no nos imaginábamos hasta qué punto, hasta la mañana siguiente cuando apareció en la acera, directamente debajo de la ventana, un catre con su colchón, listo para recibir a cualquier otro polluelo que se cayera. —C.M.

Regresaba a casa, pálido y arruinado, un conocido financiero que venía de la bolsa de valores.

—¡Es una catástrofe! —comentó, y se desplomó en un sillón— Mis acciones de Kamtchatka, que esta mañana se cotizaban a 3000 francos, habían bajado a 15 a la hora del cierre.

Su joven esposa quiso consolarlo diciéndole con gran dulzura:

—Por fortuna, tienes muchas querido. —J.N.

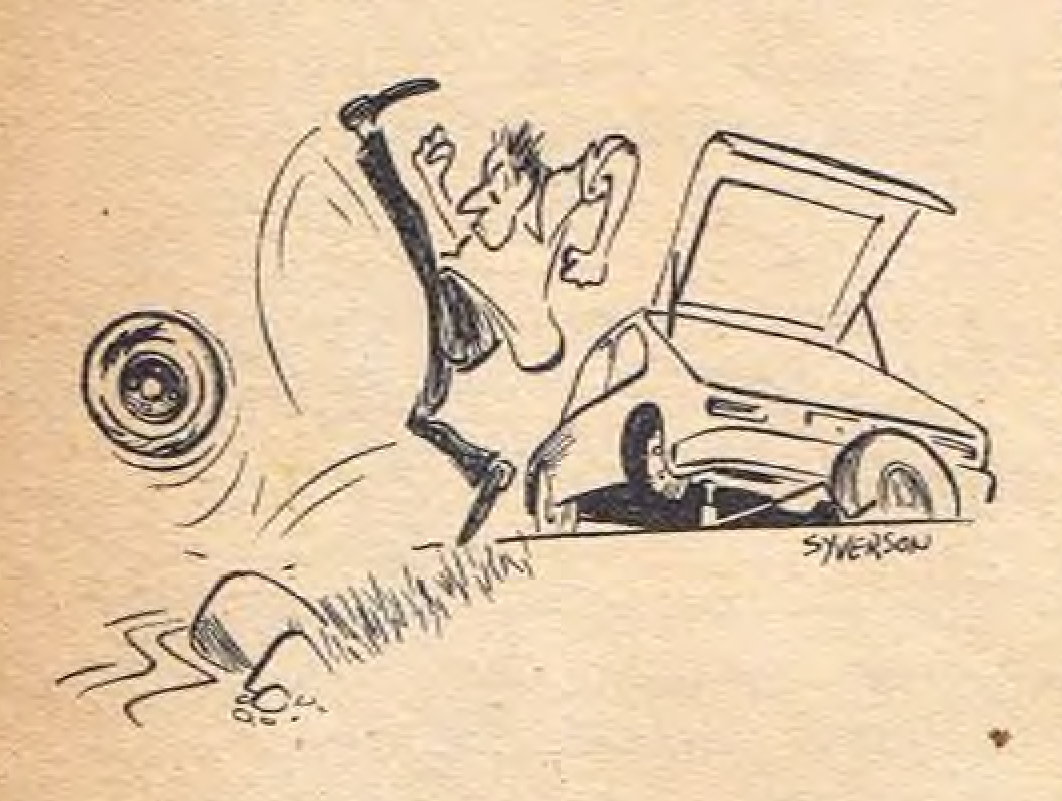
Mi tío, alemán, ofreció un buen precio a cierto granjero escocés por su perro pastor de pura raza, y se sorprendió cuando se lo vendió a un inglés por menos dinero. Tan pronto como el comprador desapa-

reció, mi tío exigió una explicación.

—Ese perro volverá a casa de dondequiera que esté —dijo el granjero—, pero dudo que pueda cruzar a nado el mar del Norte. —P.M.H.

IBA YO en el automóvil cuando se pinchó uno de los neumáticos. Maniobré el coche hacia la orilla del camino, junto al cual corría un arroyo, y me dispuse a cambiar la rueda. Andaba de malas aquel día: las vibraciones causadas al levantar el gato hicieron rodar la rueda de repuesto, que fue a caer a la corriente. Me tuve que descalzar para meterme en el agua y recobrarla. Al quitar el neumático dañado, me di cuenta de que no tenía arreglo posible, y lleno de rabia lo eché al arroyo de un puntapié.

Después me dirigí al pueblo más cercano, donde compré un neumático recauchutado, y, naturalmente, me informaron que necesitaría la llanta metálica ... que por entonces



estaba en el fondo del arroyo. Al siguiente día regresé al escenario de mi desdichada aventura y recogí la llanta. La estaba colocando dentro del baúl del coche, cuando un camión paró delante de mi auto con gran chirriar de frenos. Apeándose de la cabina, el chofer, con expresión consternada, se me acercó a preguntar si podía ayudarme en algo. Le di las gracias, diciéndole que ya todo estaba arreglado, pero él echó una mirada al auto y, volviéndose a mí, comentó: "Si usted lo dice, así ha de ser. ¡Pero desde ayer, cuando pasé por aquí, está usted cambiando esa rueda!" —D.F.L.

UN COMERCIANTE de París hizo una llamada telefónica urgente a su socio en Milán, a unos 650 kilómetros de distancia, para tratar un negocio importante. Tanto se retrasaba la comunicación, que el negociante resolvió hacer el vuelo de París a Italia para poder cerrar el trato. Esa noche, cuando estaba en la oficina de su socio en Milán, contestó una llamada telefónica ... y se encontró atendiendo a la que él mismo había pedido desde París por la mañana. —*Daily Express*, de Londres

VIAJANDO a casa un día en un autobús atestado, cuando tenía ocho meses de embarazo, me vi obligada a sentarme separada de mi hijito de seis años.

—Un billete y medio, por favor —le pedí al conductor.

—Por supuesto, señora —asintió, echando un vistazo a mi voluminosa figura—. No cobramos hasta que tienen tres años. —R.F.T.

Se requieren modestia y criterio amplio para decir: "No lo sé".

Tres palabras que reflejan humildad

Por Jack Denton Scott

Tan generalizados como el resfriado común y casi igualmente antipáticos son esos sabelotodo que cortan la conversación y se cierran a nuevos conocimientos diciendo desdeñosamente: "Sí, ya lo sé" cuando alguien plantea un tema interesante. Tengo buenas razones para saberlo: yo era uno de esos.

Pero aprendí la lección cierta noche, durante una comida que daba la esposa de un conocido *chef* de cocina. La señora se mostraba nerviosa mientras otro invitado y yo conversábamos con ella. Nuestra anfitriona señaló sobre una mesa un objeto negro de metal o extraño asador eléctrico.

—Eso es algo muy especial —explicó—. Sirve para preparar *raclette*. ¿Lo conocen?

Yo iba a decir que sí cuando el invitado que estaba sentado a mi lado respondió:

—No, no lo conozco. ¿Qué es? ¿Un modo nuevo de asar bistés?

La sonrisa de nuestra anfitriona fue digna de ver. Mientras nos explicaba el funcionamiento del aparato, pareció rejuvenecer. Y yo aprendí algo más. La *raclette* no era la tostada de queso suizo derretido que yo me había figurado, sino un método de fundir cuidadosamente un trozo de queso suizo hasta darle la suavidad conveniente para poder pasarlo fácilmente a un plato y servirlo con papas cocidas y pepinillos. Sin embargo, más importante para mí que haber descubierto mi ignorancia fue el ver con perfecta claridad uno de mis propios defectos. Estoy seguro de que el comensal de mi lado, gran viajero y excelente aficionado a la cocina, sabía perfectamente lo que es la *raclette*. Pero además sabía algo que yo ignoraba: cómo y cuándo decir con tacto: "No lo sé", para proporcionar así a otras personas la oportunidad de lucir sus conocimientos.

A la vez siguiente lo supe. Tenemos una vecina que, en parte por un impedimento físico, rara vez participa en la charla en alguna

reunión. Aquella noche nos ofreció una verdura de extraño aspecto (delgada, verde, curva, de 30 centímetros de larga). De las seis personas que estábamos allí, cinco o no la conocían o dijeron no saber qué era. Pero uno de los convidados no había aprendido aún la misma lección que yo. Al menos, eso pensé.

"Pepinos que no producen gases", dijo inmediatamente. El desencanto de la anfitriona fue patente. Iba a dar por terminado el asunto cuando el que había identificado el pepino me sorprendió.

"Ruth", continuó, "¡qué mano tiene usted para las hortalizas! Díganos cómo logró este sensacional pepino".

Así aprendimos que cierta empresa de semillas había dedicado años enteros a cultivar aquel pepino de fácil digestión, y también vimos cómo nuestra introvertida amiga respiraba con alivio y pasaba un buen rato.

Benjamín Hewitt, sicólogo industrial, cree que el hábito de decir "ya lo sé" muestra un criterio cerrado y un temor a la franqueza o a revelar la propia personalidad. Hewitt hace ver a muchas personas que acuden a él en busca de consejo médico, que las respuestas rápidas y fáciles delatan un pensamiento estereotipado, y que la actitud de "No lo sé" revela estar dispuesto a usar la imaginación y a conducirse de modo creador. Cuenta de un industrial que hizo fortuna por su propio esfuerzo después de iniciar su empresa en el sótano de su casa y que conocía hasta la última faceta de su negocio. Sin embargo, al hablar con sus empleados siempre lo hacía con prudencia, diciendo: "No estoy empapado en el asunto. ¿Y usted?" con lo que aumentaba el acervo de sus conocimientos. "Se ayudó a sí mismo a alcanzar el éxito porque despertaba el interés de los demás", añade Hewitt. A fin de cuentas, como expresivamente dijo Thomas Alva Edison, "no sabemos ni una millonésima del uno por ciento de nada".

Hewitt cree que todos podemos mejorar inmensamente nuestro arte de vivir si aprendemos a decirnos con calma: "Me conviene pensar en eso", o abiertamente a otros: "No lo sé". Y enumera cinco galardones que todos podemos obtener si nos decidimos a poner en práctica tal ponderación.

Nos hace más dignos de crédito. La persona más inteligente que conozco es una señora de 80 años de edad que ha estado poco menos que en todas partes. Ex profesora universitaria, habla cinco idiomas, es sumamente culta y dispone de un vocabulario que produce a cualquiera complejo de inferioridad. Tiene, asimismo, una memoria privilegiada. Sin embargo, nunca aprovecha sus conocimientos para adueñarse de una conversación ni dice saber algo que ignora. He aprendido a hacerme más digno de crédito siguiendo el consejo de esta señora que, siendo tan ilustrada, a menudo dice "No lo sé" y propone que nos "remitamos a los libros" antes que

hacer valer nuestros conocimientos personales.

Nos libra de intransigencias y falsas ideas. Una noche oí a un señor, que acababa de salir del hospital, hablar de un banquero jubilado a quien la mayoría de los vecinos considerábamos un ricachón engreído y altanero. Como guardé silencio, me enteré con asombro de que aquel "tipo grosero" pasaba gran parte del tiempo visitando a los enfermos del hospital, llevándoles que leer y haciéndoles modestos regalos. Por no meter mi cuchara en la conversación, me libré de una idea falsa y arraigada, y comprendí que muchos nos habíamos engañado por la riqueza y la reserva de aquel hombre. Hoy es mi amigo íntimo y un valioso confidente.

No apaga la conversación, sino que la aviva. Un verdadero especialista en animar una conversación, de los mejores que he tenido el gusto de observar en acción, es Walter Sheehan, ex director de la escuela preparatoria de Canterbury, en Nueva Inglaterra. Verdadero maestro del "No lo sé", es amigo de guiar la conversación de la gente aburrida o los sabelotodo introduciendo un tema interesante que él domine bien. Durante una velada, al hablar de Robert Lee, general del Sur en la guerra de secesión norteamericana, uno de los invitados preguntó:

—¿No cometió Lee un error de juicio, y hasta una crueldad, cuando perdió más de la mitad de sus hombres al atacar Round Top, en Gettysburgo, contra el consejo de sus mejores oficiales?

—No lo sé —respondió con calma el director—. No soy perito en asuntos militares.

Luego, volviéndose a quien estaba junto a él, le preguntó:

—¿Es verdad que las tropas de Lee lo adoraban, hasta el punto de que habrían atacado sin esperar sus órdenes? He oído decir eso, pero no sé si es cierto.

El interpelado tomó el "pie" y empezó a comentar animadamente el atractivo personal de Lee. Sheehan se valió de sus conocimientos para encauzar e inspirar la conversación, sin dejar que la dominara nunca la actitud del "ya lo sé", y convirtió así una reunión que prometía ser muy aburrida en una fecunda velada.

Mueve a los tímidos a salir de su torre de marfil. La conversación en torno al pepino es buen ejemplo de ello. El secreto está en tener tacto. Al conocer demasiado acerca de lo que saben otras personas, y hacerlo ver, llevamos a los tímidos a refugiarse en su torre de marfil.

Amplía nuestro pensamiento, le abre nuevos horizontes. El filósofo que más sucintamente mostró el camino de la amplitud de criterio fue Sócrates cuando dijo: "Yo sólo sé que no sé nada". Sócrates tiene discípulos en nuestros días.

Antoine Gilly, uno de los más famosos *chefs* de cocina francesa, a menudo se ve importunado por quienes desean trasmitirle sus propios y "fantásticos" secretos. Cierta

vez oí que una señora le explicaba durante 20 minutos su forma de preparar la tortilla de huevo. Después de escucharla, Gilly sonrió y me dijo: "Sabe usted, nunca he usado la técnica de esta señora. Me dice que da forma a la tortilla empujándola, que no la vuelve nunca. Parece sensato; quizá dé menos trabajo. De todos modos, al presentarla en el plato, tendrá el mismo aspecto. Voy a probar su método". He ahí la diferencia entre un gran *chef* y otro cualquiera que cree saberlo todo.

La India es un tema acerca del cual yo me creía bien informado, especialmente de sus selvas, donde estudiaba los animales salvajes. Pero, emulando a Antoine Gilly, en vez de hablar de lo que yo sabía a un señor que también había pasado allí mucho tiempo, lo escuché mientras me abría horizontes enteramente nuevos: una zona que yo no conocía, situada al pie del Himalaya a sólo 160 kilómetros del Tibet chino. Lo que aprendí por no haberme cerrado al conocimiento llegó a formar parte de una novela mía que se vendió mucho: *Elephant Grass*.

En *The Cawthorn Journals*, el escritor Stephen Marlowe hace que uno de sus personajes exprese mi tema vívidamente: "Es una sensación agradable la de no estar seguro. Este día oí suficientes respuestas tajantes para el resto de mi existencia. Empiezo a creer que los sonidos más gratos del idioma son estas tres palabras: *No lo sé*. Porque nos dan un punto de partida. Quizá preguntarnos algo o sentir la palpitación del misterio que late en el fondo de toda vida humana".

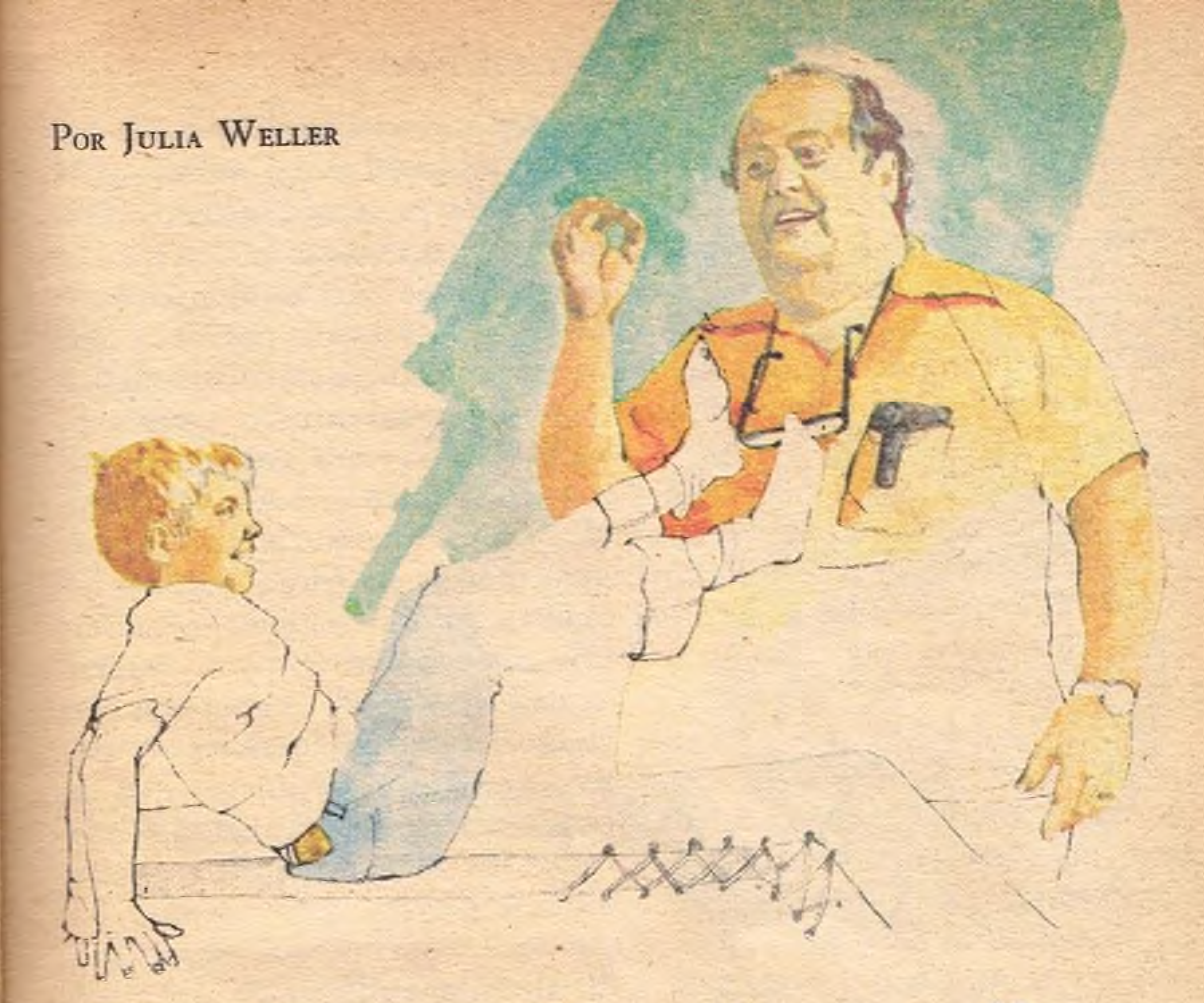
Cuando Harry Truman era Presidente de los Estados Unidos, resumió en unas cuantas palabras ingeniosas todo lo que yo quisiera decir: Refiriéndose a la actitud de muchos recién graduados de la universidad lo bastante jóvenes aún para saberlo todo, comentó: "Siempre trato de explicarles que lo importante de veras en la vida es lo que se aprende después de haberlo aprendido todo".

Si el dinero no trae la felicidad, ¡devuélvalo! —Jules Renard

Carnada de peso

Cecil Andrus, gobernador del Estado norteamericano de Idaho, se cuenta entre los deportistas a quienes fascina y a la vez descorazona la pesca del escurridizo salmonete. En cierta ocasión en que probaba su suerte en compañía de su esposa, la señora gobernadora atrapó dos de estos peces mientras en su propio anzuelo ni siquiera picaban. Ya Andrus estaba a punto de perder la paciencia, cuando su mujer le aconsejó dulcemente, saboreando el triunfo: "¿Por qué no echas al agua una de tus tarjetas de visita, amor mío? Así se darán cuenta de quién es el que está aquí". —L.I.T.

Por Julia Weller



No hay niño "tonto" para el Dr. Sam

Le llevan chicos considerados "estúpidos", pero él, con habilidad y cariño, les hace descubrir el inapreciable don del aprendizaje.

El aspecto de Toby Janssen* era de chico inteligente. Sin embargo, no podía retener en la memoria la forma de las letras, y a los 14 años de edad aún leía como un escolar del segundo año de primera enseñanza. Al verse desdeñado por sus condiscípulos y sus maestros, que lo tenían por estúpido o perezoso, Toby se fue encerrando cada vez más en sí mismo. Su madre consultó con varios especialistas, pero ni el tratamiento médico ni la enseñanza especial consiguieron mejorar la lectura del niño.

*Si bien todos los casos clínicos relatados en este artículo son verídicos, ha sido necesario cambiar el nombre de los pacientes.

Ilustración: Ronald du Repos

Por último una amiga de la señora Janssen le habló del Dr. Samuel Rabinovitch, del Centro de Enseñanza del Hospital Infantil de las universidades canadienses de McGill y Montreal. La madre telefoneó al consultorio del médico, pero allí le dijeron que no podrían aceptar más pacientes hasta tres años después. Desesperada, la señora suplicó que le permitieran hablar dos palabras con el facultativo. "Es usted mi última esperanza", le dijo al fin. "Si usted no puede hacer algo por mi hijo, nadie más podrá".

El Dr. Rabinovitch accedió a recibir a Toby y, después de examinarlo, comprobó que el chico tenía incapacidades determinadas para el aprendizaje (IDA), condición que afecta a más del 10 por ciento de la población escolar de Canadá. Mas lo peor era que se sentía vencido y frustrado, había renunciado a la esperanza de ser igual a los demás niños y sufría problemas emocionales producidos por la conciencia de su ineptitud. Como él mismo dijo tristemente al médico: "Lo más malo que puede haber en el mundo es ser el cachorro que nadie toma en cuenta en la perrera".

Con muestras de comprensión y con paciencia inagotable, el Dr. Rabinovitch acometió la primera de sus tareas: lograr que el muchacho recuperase la confianza en sí mismo. "Tus dificultades no significan que seas estúpido o perezoso", le advirtió severamente. "Tienes cierta incapacidad fisiológica, como la sordera tonal o el daltonismo, pero puedes aprender todo lo que otros chicos de tu edad. Lo único que te hace falta es seguir métodos diferentes de enseñanza".

Empleando una combinación de técnicas inventadas por él y por otros sicólogos, Rabinovitch fijó a Toby un programa de instrucción particular. Como la escritura le exigía tanto tiempo, el médico alentó al chico a que trazara diagramas para ilustrar sus ideas, y le dio un lápiz de perfil triangular, en sustitución del cilíndrico, para mejorar su destreza digital. Durante un año el muchacho recibió clases de lectura y escritura de un maestro de enseñanza terapéutica, utilizando lápices de colores diferentes para indicar la pronunciación de diversos sonidos. A medida que progresaba, iba disminuyendo su necesidad de estímulos, y sus visitas a Rabinovitch se fueron espaciando hasta cesar por completo. En la actualidad, a los 17 años de edad, Toby ha terminado el penúltimo año de la segunda enseñanza y continúa su educación. "No consigo escribir muy bien todavía", confiesa, "pero ya puedo explicarme la razón. Y para remediarlo participo activamente en las clases". La señora Janssen agrega: "El Dr. Rabinovitch dio a mi hijo su única oportunidad de hacer vida normal".

El Dr. Samuel Rabinovitch, precursor en el estudio de las incapacidades determinadas para el aprendizaje, está considerado como una de las principales autoridades mundiales en la materia. Hombre fran-

co, de amplio talle y exuberante buen humor que le han ganado el amistoso nombre de "Dr. Sam", fundó en 1959 el Centro de Aprendizaje del Hospital Infantil de las universidades de McGill y Montreal, y es director del mismo desde hace 16 años, tiempo durante el cual ha tratado con sus ayudantes más de 5000 menores con dificultades para el aprendizaje.

"Esos niños", explica Rabinovitch, "no son retrasados ni sufren perturbaciones emocionales primarias. Lo que pasa es que no han desarrollado su habilidad para recibir, organizar y captar conocimientos por ciertos medios. Algunos, como Toby, por ejemplo, insisten en trastocar o invertir las letras, leyendo "saca" por "casa" y "b" por "d". Aun teniendo vista perfecta, son incapaces de percibir ciertas diferencias pequeñas de forma y dimensiones. Otros sólo pueden reaccionar ante unidades breves del lenguaje, y por eso pierden gran parte de lo que se les dice, pues no asimilan con suficiente rapidez".

Los métodos de enseñanza del Dr. Sam se basan firmemente en su invariable interés por el niño. En una ocasión, una madre confió al médico su creencia de que el hijo, además de retrasado, era esquizofrénico. Rabinovitch salió en seguida, como es su costumbre, en defensa del chico: "¿Usted misma no sería esquizofrénica si supiera que es lista y todo el mundo insistiera en calificarla de estúpida?"

Y los niños han respondido siem-



pre a la confianza que él ha puesto en ellos. "El Dr. Rabinovitch nunca me habló con aire de superioridad, ni jamás me hizo sentirme inferior", cuenta John Hinton, uno de los primeros pacientes tratados en el Centro de Aprendizaje. Cuando John quedó al cuidado de Rabinovitch, no era capaz de retener en la memoria datos ni cifras, ni podía copiar formas. Para mejorar la coordinación muscular y la memoria de Hinton, el médico le señaló un programa de ejercicios que incluía saltos en la lona tensada y narración de cuentos. Aquel programa, al que siguieron tres años de clases correctivas o terapéuticas en el Centro, puso al joven en condiciones de volver a la escuela. Actualmente se especializa en estudios de sicología en la Universidad de McGill. "Pero lo que realmente cambió la vida de mi hijo", declara su madre, "fue el ánimo que le infundió el Dr. Sam. Por desesperado que su caso pareciera, no le permitió darse por vencido".

Se somete siempre a los nuevos pacientes del Centro de Aprendizaje a una serie de pruebas para determinar con exactitud su dificultad. Pero hasta la técnica empleada por Rabinovitch en la aplicación de esas pruebas es muy especial. Por ejemplo, al tratar a Bobby, chico de ocho años de edad, de carácter tímido y grave, le cuenta un rosario de chistes y le hace toda clase de muecas, que mueven al niño a reír sin poderlo remediar. Rabinovitch lo guía al mismo tiempo, sin que el pe-

queño lo sienta, en duras pruebas de escritura, lectura vocabulario, memoria y coordinación muscular, que duran dos horas y son indispensables para diagnosticar el estado del chiquillo.

Después de estudiar los resultados, el médico precisa las necesidades del niño y la forma de aprovechar sus características favorables para superar sus minusvalías. Bobby tiene tropiezos para recordar y copiar las letras, así que un especialista en enseñanza terapéutica del Centro hace que el chico mueva los dedos siguiendo las letras recortadas en papel de lija, de manera que las sensaciones del movimiento y el tacto se sumen a la impresión visual. Muchos de estos métodos de enseñanza se inventaron para los niños físicamente impedidos, pero desde entonces el personal del Centro los ha adaptado al uso de los que sufren incapacidad para el aprendizaje.

Entre los útiles para la enseñanza predilectos de Rabinovitch se cuenta un mazo de naipes. "Hay que demostrar al pequeño que el aprendizaje puede ser muy interesante, aparte de significar un esfuerzo", comenta. "Niños que normalmente eluden el cumplimiento de sus tareas escolares, se pasan horas enteras aprendiendo a distinguir números y colores, reteniendo en la memoria las reglas y mejorando su destreza digital con eso de barajar los naipes".

Si algún programa de enseñanza correctiva no obra los efectos deseados, Rabinovitch ensaya otro. "Cometimos tantos errores al principio, que me dan ganas de llorar al pensar en esos pobres pequeños", confiesa. "De aquellos errores aprendimos que cada chico es un poco diferente de los demás, y que no podemos imponer a los pacientes nuestras teorías personales".

Si bien las IDA afectan por lo menos al 10 por ciento de los chicos en edad escolar, las causas exactas de este grupo de afecciones están todavía en discusión. Algunos neurólogos creen que se debe a una lesión cerebral mínima que el niño haya sufrido antes del nacimiento o inmediatamente después de él; otros, como Rabinovitch, opinan que las IDA son, por lo general, resultado de un atraso en la maduración del paciente. "La maduración mental, como ocurre con el desarrollo orgánico, varía de un niño a otro", explica. "Nuestra sociedad, por desgracia, exige que el chiquillo aprenda a leer a cierta edad, y si para entonces no lo ha logrado, se le juzga tonto. Pero existen muchos tipos de inteligencia, y la habilidad para construir esto o aquello, o para entenderse bien con los demás, es tan importante como la de manejar números o palabras". El Dr. Rabinovitch se complace en referirse a un chico de 11 años de edad que era incapaz de leer o escribir, pero que había proyectado e incluso ayudado a instalar en su casa un infalible sistema de alarma contra los ladrones. "No obstante, sus maestros le decían que era idiota", con-

Autos de renta en los Estados Unidos. ¿Cuál es el que a usted le conviene?

Pregúntele a su Agente de Viajes.

Un agente de Viajes es especialista en viajes de negocios o de vacaciones y sus servicios pueden ahorrarle tiempo y dinero —además, su consejo es gratis.

Le hará sus reservaciones por avión, y también por tren o barco. ¿Hoteles? Por supuesto, y le puede aconsejar cuál hotel es el más adecuado a sus necesidades y a su bolsillo.

¿Desea rentar un auto a su llegada? Él verá que así sea y también se encargará de sus paseos locales, boletos de teatro y reservaciones en restaurantes, para que usted obtenga el mayor provecho de su viaje.

Por eso, cuando usted viaje, permita que un Agente de Viajes le ayude con sus planes. Así, sólo le corresponderá a usted disfrutarlo.



Publicado por Pan Am en pro de mejores viajes.

cluye el médico sin ocultar un ligero acento de cólera.

El optimismo de Rabinovitch es contagioso, lo mismo cuando enseña pacientemente a un muchacho de 10 años de edad algún juego de naipes que cuando se esfuerza en tranquilizar a una madre o un padre afligidos. Su inagotable buen humor y su respeto por los pequeños han demostrado una y otra vez que son una fórmula excelente. Como dice el Dr. G. Allan Roeher, director del Instituto Nacional contra el Retraso Mental, de la Universidad canadiense de York: "Sam es hombre único en verdad por su combinación de simpatía personal, sus conocimientos profesionales y su modo de aplicarlos. En todas partes ha influido su labor en el tratamiento de las incapacidades determinadas para el aprendizaje".

Hijo de un vendedor de periódicos en un barrio miserable de Montreal, Rabinovitch aspiró, ya desde su adolescencia, a llegar a ser hombre de ciencia. Así pues, a la vez que asistía a la Escuela Baron Byng de segunda enseñanza, trabajaba durante el fin de semana en una tienda de comestibles y como ayudante en la Asociación Cristiana de Jóvenes, para pagarse sus futuros estudios universitarios. En 1944 se inscribió en la Universidad de McGill para especializarse en fisiología, pero en el tercer año de estudios tomó un curso de sicología social que obró profundo efecto en su manera de pensar. "El enigma de la conducta humana me emocionó tremendamente", cuenta. Inmediatamente se dedicó a la sicología y, tras seguir en 1948 estudios de posgraduado en Indiana, trabajó entre prisioneros y adultos mentalmente retrasados en Columbia Británica antes de ingresar en el Hospital Infantil de Montreal con el puesto de director de la Sección de Sicología, en el año 1954.

Pero hasta 1957 no se interesó seriamente en las IDA. "Entonces me convencí", relata, "de que muchos niños que nos remitían por sus bajas calificaciones escolares no eran emocionalmente perturbados ni retrasados mentales. Debía haber otra explicación".

Al saber que otros sicólogos clínicos de América del Norte ponían también en tela de juicio los conceptos tradicionales, Rabinovitch solicitó licencia en 1959 y se aplicó a comparar observaciones con sus colegas de parecidas ideas. Aquel viaje lo persuadió de que era necesario fundar un centro nuevo de rehabilitación. Ese mismo año, con el patrocinio del Hospital Infantil de Montreal, el Dr. Sam organizó un centro experimental para el tratamiento de las IDA.*

El Centro de Aprendizaje, instalado en una antigua casona de piedra amarilla, con salones alegres y soleados, dispone de los servicios de 14 empleados de jornada completa y de 11 que trabajan por horas; este personal comprende sicólogos, maestros y un investigador social. El

*En 1971 se afilió también a la Universidad de McGill.

Centro trata un promedio de 160 niños que le envían cada año sus profesores o sus padres. Además, lleva a cabo en Montreal tres programas durante el verano, y trabaja en estrecha colaboración con la Junta Protestante Escolar de Montreal Mayor y con la Asociación de Quebec para Niños que sufren de incapacidades para el aprendizaje, todo ello con el propósito de que los chicos y padres de familia por igual tomen conciencia de los problemas inherentes a las IDA.

Sin embargo, el Centro de Aprendizaje sólo constituye un aspecto de la obra de Rabinovitch. En la Universidad de McGill, donde es profesor de sicología, adiestra a especialistas en enseñanza terapéutica para la Junta Protestante Escolar de Montreal Mayor. También ha cooperado en la fundación de la Escuela de Vanguardia de Montreal, una de las dos únicas de Canadá para niños pacientes de IDA.

Ni siquiera la reciente extirpación que sufrió de uno de los riñones hizo aflojar el paso al Dr. Rabinovitch. Durante su convalecencia en casa estuvo dictando su correspondencia y examinando informes desde la cama. Recibe constantes invitaciones de todo el mundo para dar conferencias, pero se resiste a alejarse de Vivian, su esposa, y de sus tres hijos. Y le brilla una chispa en los ojos cuando añade: "Además, soy esencialmente tímido y no me gusta hablar en público".

Tímido o no, el Dr. Sam se ha ganado el reconocimiento general por su labor. La Asociación Norteamericana pro Niños con Incapacidades para el Aprendizaje le otorgó en 1971 un Diploma de Reconocimiento por su extraordinaria dedicación. "Samuel Rabinovitch es el mejor de todos en su especialidad", asegura cierto colega suyo, "porque, ante todo y principalmente, es un paladín de la niñez".

EXPLICADA un poco, sufrida otro tanto, perdonada a medias, la disputa está arreglada. —M.H.W.

DURANTE un ensayo de una ópera, el director insta al tenor:

—¡Ponga usted un poco más de pasión! ¿Acaso no ha amado nunca?

—Sí, señor, pero no tenía que cantar al mismo tiempo. —J.F.

Modelos

—¡MIRA! ¡La primera zanahoria de nuestra huerta! —dice ella.

—¡Caramba! No se parece nada a la lámina que viene en el paquete de semillas —exclama el marido.

—¡Naturalmente! Para esas fotos emplean zanahorias profesionales —asiente la mujer. —R.C.

KEY

URIBURU ES EXITO!

Triunfe capacitándose con nuestras CARRERAS PRACTICAS DE CORTA DURACION

BACHILLERATO 12 Meses / **DECORACION** 9 Meses / **BABY SITTER** 6 Meses
MAESTRA JARDINERA 6 Meses / **PSICOLOGIA** 4 Meses
DIBUJO TECNICO 6 Meses / **PRIMEROS AUXILIOS** 3 Meses
CONTABILIDAD 2 Meses / **DACTILOGRAFIA** 2 Meses / **TAQUIGRAFIA** 2 Meses
SECRETARIADO 6 Meses / **JEFE DE PERSONAL** 5 Meses
RELACIONES PUBLICAS Y VENTAS 6 Meses
ADMINISTRACION DE EMPRESAS 6 Meses / **INGLES - FRANCES** 12 Clases

18 Años de experiencia en docencia universitaria, garantizan el mejor nivel de enseñanza, al alcance de todos. URIBURU lo capacita para el éxito, lógrelo yá!

CLASES PERSONALES Y POR CORRESPONDENCIA / **Planes de financiación**



INSTITUTO URIBURU

MARCELO T. DE ALVEAR 1467
J. E. URIBURU 1045
PARAGUAY 2438

Las pruebas Champion demostraron...

Que nuevas Champion pueden pagarse por sí mismas con menos de 10 llenadas de tanque.



Estos son los ahorros de combustible revelados en pruebas de marcas populares de coches europeos y japoneses. Los resultados muestran que, en promedio, un juego nuevo de bujías de encendido Champion ahorraron 1.94 litros en cada tanque de combustible. Suficiente, es más, para pagar por 4 nuevas Champion con menos de 10 tanques llenos.

Otro factor importante: Ya que 3 de cada 5 coches en las carreteras necesitan afinación, lo más probable es que su coche sea uno de los que desperdician combustible—y dinero—sin necesidad.

Así que haga el propósito de reemplazar regularmente las bujías de su coche. (Recuerde, los ahorros de combustible solos pueden pagar por las bujías de encendido en menos de 10 llenadas.)

Y, cuando compre bujías de encendido, pida Champion. La bujía más vendida en el mundo.





La bujía más vendida en el mundo.

Selecciones del Reader's Digest

Año 36 Junio de 1976

Lo mejor de revistas y libros, de interés permanente

El terremoto constituyó una pesadilla de la que 23.000 personas jamás despertaron; pero fue también ejemplo de cómo un pueblo supo enfrentarse al desastre.

Los 39 segundos apocalípticos de Guatemala

Por Scott Seegers

En las frías tinieblas del amanecer del 4 de febrero de este año se combó con estruendo ensordecedor la corteza terrestre, a unos cinco kilómetros bajo el suelo de Guatemala. Durante 39 segundos el fenómeno aporreó y zarandeó a este país centroamericano en una extensión de más de 8000 kilómetros cuadrados con la violencia con que un perro ratonero sacude a su presa.

Cuando pasó el temblor, cerca de 23.000 personas habían muerto aplastadas bajo las ruinas de sus viviendas, y 76.000 más quedaron lesionadas. Un millón de seres humanos (la sexta parte de la población guatemalteca) quedaron sin hogar. A lo largo de la faja de 240 kilómetros en que el terremoto se sintió con mayor violencia, alrededor de 220.000 viviendas se desplomaron convertidas en madera rota y nubes de polvo. Las excelentes carreteras del país se agrietaron como hojas de cartón mojado; los rieles de las vías férreas, retorcidos, semejaban rosquillas trenzadas; macizos puentes de acero y cemento se desprendieron de sus estribos; aldeas enteras desaparecieron. Fue

el desastre natural más terrible registrado en toda la historia de Centroamérica.

Durante los días que siguieron inmediatamente al terremoto recorrí casi toda la zona devastada, viajando primero en helicóptero y después en *jeep*. En un pueblo tras otro eran contados los muros que quedaban en pie. Los aldeanos extraían trabajosamente de los escombros las piezas de madera útiles aún, apilaban cuidadosamente las tejas menos rotas, retiraban el cascote en busca de grandes y pesados bloques de adobe que pudieran aprovechar en trabajos de reconstrucción. Aquellos rostros de bronce se habrían dicho máscaras de un duelo silencioso por los muertos recién sepultados. Nadie lloraba su desgracia, nadie se lamentaba ni pedía ayuda. El luminoso firmamento se extendía sobre ellos, tan benigno como si aquella tierra no hubiera temblado jamás.

En la aldea de Parramos, donde se derrumbaron todas las casas, Zaqueo Meléndez, hombre alto de 53 años de edad, removía sin descanso los granos de café que estaba poniendo a secar en el piso de cemento, lo único que quedaba de su vivienda. "Estoy secando estos granos en el lugar mismo donde murió mi hijo", me explicó con gran serenidad en la voz.

En la plaza en ruinas de Chimaltenango, capital del Departamento del mismo nombre, los fieles oraban de rodillas delante de un ornamentado féretro de cristal que contenía la imagen, en tamaño natural, de Jesucristo crucificado. Las viviendas de aquella gente se habían derrumbado, casi todos los poblados del Departamento se hallaban totalmente destruidos. Pero el féretro, que los lugareños habían sacado de debajo de los escombros de la hermosa iglesia, edificada en el siglo XVIII, no tenía un solo vidrio roto. "Milagro", murmuraban.

Milagro en el hospital. Y los hubo, en efecto. En las frescas alturas de San Juan Sacatepéquez (población devastada en su totalidad y donde se enterraron más de 700 muertos, algunos en una fosa común), el sismo destruyó las paredes de ladrillo del hospital infantil establecido allí por el Club de Leones de la Ciudad de Guatemala. El techo de losas de cemento reforzado con varilla de acero se desplomó, cual gigantesco monolito, encima de 90 chiquitines que dormían en sus cunas. "La tierra se movía en todas direcciones al mismo tiempo, temblando de adelante atrás y de arriba abajo", cuenta Román Adán Cano, de 41 años de edad y velador del lugar. Guiándose por el coro de gritos de terror que lanzaban los pequeños, Cano se fue deslizando bajo la losa del techo. A la luz de su linterna eléctrica portátil, descubrió un espectáculo increíble: las cunas, muy cercanas entre sí, estaban inclinadas y dobladas, pero los ángulos de acero de todas ellas soportaban el enorme peso del techo. Con la ayuda de una enfermera se arrastró debajo de la losa

y sacó a cada uno de los niños, ninguno de los cuales sufrió el más leve rasguño.

El terremoto empezó a las 3:02 de la madrugada. La energía eléctrica se interrumpió, quedaron cortadas las líneas telefónicas y en todo el país hubo derrumbes de tierra que dejaron obstruidos los caminos. Pocas horas después la radio de la Ciudad de Guatemala, reanudado ya su servicio eléctrico, anunciaba: "El depósito de cadáveres está repleto. Suplicamos que ya no lleven más muertos". A partir de este anuncio, los cuerpos sacados de entre las ruinas quedaron en las calles tendidos en filas.

Hora tras hora iba en aumento la terrible relación de las víctimas. Con las primeras luces del alba se elevaron los helicópteros de la Fuerza Aérea guatemalteca. A los pocos minutos, de sus informes, trasmitidos por la radio, fue tomando forma un cuadro de completa devastación que abarcaba en el corazón mismo del país una zona casi tan extensa como Puerto Rico.

En el pueblo de Patzicía, situado en la sierra, el sismo arrojó de la cama al alcalde, Francisco Cuá Xavín, hombre de habla tranquila. Entre él y su esposa sacaron a sus cinco hijos de los escombros. El alcalde se dedicó a auxiliar a sus vecinos hasta que amaneció, tras de lo cual se dirigió a todo correr al edificio del Ayuntamiento, cuyas ruinas encontró desparramadas por la plaza. "Todos mis empleados habían muerto", me contó. "Volví a casa y organicé algunos grupos para enterrar a los difuntos. Luego nos pusimos a limpiar el pueblo".

Auxilio de muchas manos. Por todas partes llegaba la gente a prestar socorro. Carroll Behrhorst, médico estadounidense de 53 años de edad, de Winfield (Kansas), atiende sin fines de lucro desde hace 14 años una clínica en Chimaltenango, el único hospital que hay en ese Departamento. Behrhorst se estaba restableciendo de una grave enfermedad. Tardó cerca de una hora en abrirse paso entre los escombros que cubrían la distancia de kilómetro y medio de su casa hasta el hospital. Ayudado por ocho enfermeras graduadas nativas, trabajó casi sin interrupción durante las 48 horas siguientes, asistiendo a más de 700 heridos.

En el pueblo de Zumpango, cuando los aturdidos sobrevivientes contemplaban lo poco que quedaba en el lugar, llegaron a pie y a caballo los campesinos de los caseríos circundantes cargados con hortalizas frescas que entregaron al alcalde para que se encargara de repartirlas. En la Ciudad de Guatemala Gary Wederspahn, director del Cuerpo de Paz, envió a más de 100 voluntarios, además de su propio personal, a las agencias que necesitaban ayuda. "Era un grupo de abogados, maestros de escuela, turistas, *hippies*", dice Wederspahn. "A todos los pusimos a trabajar". Por la ciudad entera los residentes se formaban espontáneamente en grupos organizados, para impedir

el saqueo, cuidando en cada una de las calles de la población lo que había quedado de las viviendas y pertenencias de los vecinos.

El presidente Kjell Eugenio Laugerud decretó un estado de calamidad pública y ordenó que las radiodifusoras se enlazaran en una red central para coordinar los informes emitidos. Todos los camiones y explanadoras del Ejército y del Ministerio de Comunicaciones y Obras Públicas, además del equipo proporcionado por las empresas de construcción, se entregaron a la tarea de despejar calles y caminos. Los socios del Aero Club trasportaban en sus 200 avionetas médicos, medicinas y alimentos, y aterrizaban en carreteras y pastizales para llevar su ayuda adonde se consideraba necesaria.

De 27 países comenzó a llegar un torrente de médicos, enfermeras, comestibles, prendas de ropa, suministros médicos y dinero. México despachó por avión un cuerpo de cinco facultativos, además de medicinas y material sanitario, víveres, ropa y equipo de radio, a continuación de lo cual haría llegar diariamente 200 toneladas de todo ello a bordo de camiones. Un hospital norteamericano de campaña, el número 47, con la totalidad de su personal (200 médicos, ayudantes y enfermeras) y con material médico y abastecimientos, partió de Fort Sill (Oklahoma) para Guatemala a bordo de 14 aviones C-141 y de un gigantesco avión carguero C-5. Nicaragua y Honduras, que recibieron la ayuda de los guatemaltecos a raíz del terremoto de Managua de 1972 y de la devastación causada por el huracán Fifí en 1974, enviaron respectivamente hospitales de campaña perfectamente equipados, así como toneladas de provisiones. Todos los países de América Central y la mayoría de los sudamericanos aportaron generosamente recursos de todo tipo; incluso la República de Haití, aunque escasa de medios, mandó auxilios. Varios organismos internacionales: la Cruz Roja, las Naciones Unidas, la Organización de los Estados Americanos y la Comunidad Económica Europea enviaron contribuciones en efectivo por un total que ascendió a 3,7 millones de dólares.

Muchos médicos ajenos a cualquier agrupación se trasladaron a Guatemala a sus propias expensas para prestar sus servicios donde se les requiriese. Centenares de voluntarios anónimos trabajaban en el aeropuerto durante jornadas de 16 horas, preparando vendas, separando y empaquetando efectos, ayudando a cargar los helicópteros, que atestaban los cielos como enjambres de libélulas.

El Comité Nacional de Emergencia, organizado apenas un año antes, asumió la responsabilidad de las tareas de socorro. Este Comité, en estrecha colaboración con los organismos que ayudaban voluntariamente, se ocupaba en despachar vituallas y materiales, en prevenir hambre y epidemias, y en restablecer las comunicaciones, con todo lo cual Guatemala dio ejemplo al

mundo de cómo superar un terrible desastre natural.

"No puedo esperar". A las 12:20 de la tarde del viernes 6 de febrero la tierra se estremeció, alzándose y bajando alternativamente durante 25 segundos aterradores. Aunque menos violento que el primero, aquel segundo sismo echó abajo muchas construcciones que el anterior sólo había dañado, contribuyó a aumentar el número de muertos y sembró el pánico. En el curso de las tres semanas que siguieron los sismógrafos registraron más de mil temblores secundarios.

Nada de todo aquello trastornó el ritmo de la campaña de auxilios. Las explanadoras allanaban los escombros y los derrumbes, y la gente acometía tareas de reconstrucción con tal prontitud que bien pudiera entorpecer los esfuerzos del gobierno para proporcionar a los damnificados materiales de construcción ligeros y a prueba de temblores, y crédito a largo plazo. "Yo no puedo esperar", decía Simeón Gómez, hombre de 65 años de edad, residente de Patzicía. "Mi familia necesita un techo antes de que comiencen las lluvias, en mayo, y es obvio que mi casa no se va a reconstruir por sí sola".

Por fortuna, los agricultores habían recogido la cosecha de maíz poco antes del terremoto. El grano que se consiguió sacar de las ruinas libró, incluso a las aldeas más apartadas, de sufrir hambre colectiva hasta que recibieran víveres. También por fortuna, los puntales de la economía guatemalteca (el café, el azúcar, el plátano y las instalaciones industriales) apenas sufrieron deterioro. Las Mecas del turismo, Tikal, Atitlán y Chichicastenango no sufrieron daños graves. Se cuenta con que todas las instalaciones turísticas estarán funcionando para la temporada. Ya se está poniendo en servicio la vital carretera a Puerto Barrios por donde se trasportan todos los bienes de exportación del país. Aún está por calcular el costo de la reconstrucción de la nación.

La Tierra se mueve de modo inexorable. Guatemala es zona sísmica. La "línea de falla" entre las grandes placas continentales de América del Norte y el Caribe que forman parte de la corteza terrestre, atraviesa en dirección aproximada oriente-occidente por Cuba y el mar Caribe, y sigue a lo largo del valle guatemalteco del río Motagua, hasta un punto situado a unos cuantos kilómetros al norte de la Ciudad de Guatemala. Flotando sobre el manto superior de la Tierra, la placa de América del Norte se mueve hacia el oeste, rozando contra la placa del Caribe, a razón de media a una pulgada por año (de 13 a 25 milímetros). Cuando la presión llega a ser demasiada, una de las placas se sacude y se corre algunos centímetros o algún metro con respecto a la otra, lo que da origen a un terremoto. Los sismólogos creen que el movimiento producido a lo largo de la falla de Motagua da por resultado una presión catastrófica cada 50 años. La

última vez que la capital de Guatemala quedó devastada fue por obra de dos formidables terremotos que se sucedieron con pocos días de intervalo entre diciembre de 1917 y enero de 1918.

La forma más eficaz de salvarse de un sismo consiste en mudarse de las zonas propensas a temblar. Los hombres, sin embargo, suelen rechazar una medida tan cuerda. La ciudad de San Francisco (California), por ejemplo, se levanta a horcajadas sobre la falla de San Andrés, que la dejó en ruinas en 1906, y en la actualidad sus habitantes esperan con filosofía el cataclismo que los especialistas les han anunciado para este decenio. En el poblado de San Andrés Itzapa, en Guatemala, veía yo a Gabino Puj Tinac, hombre de plácido semblante, atareado en reedificar las paredes de adobe de su casucha del modo que sus antepasados lo hicieron durante millares de años.

—El gobierno le dará a usted crédito para que compre madera y un techo de aluminio, y se fabrique una vivienda más sólida —le dije.

—Sí, señor.

—Con otro temblor, esta casa se vendrá abajo, y eso podría costarle la vida.

—Sí, señor; si Dios quiere.

Caricaturas

El novio a su prometida, en una joyería: "¡Qué tal si Neil Armstrong hubiera tardado tanto tiempo como tú en escoger una piedra . . . !" —H.B.

Un guardabosque al compañero: "¿Qué hacemos en caso de que veamos a un animal de una especie en peligro de extinguirse, comiéndose una planta de una especie que esté también en peligro de desaparecer?" —S.T.P.F.

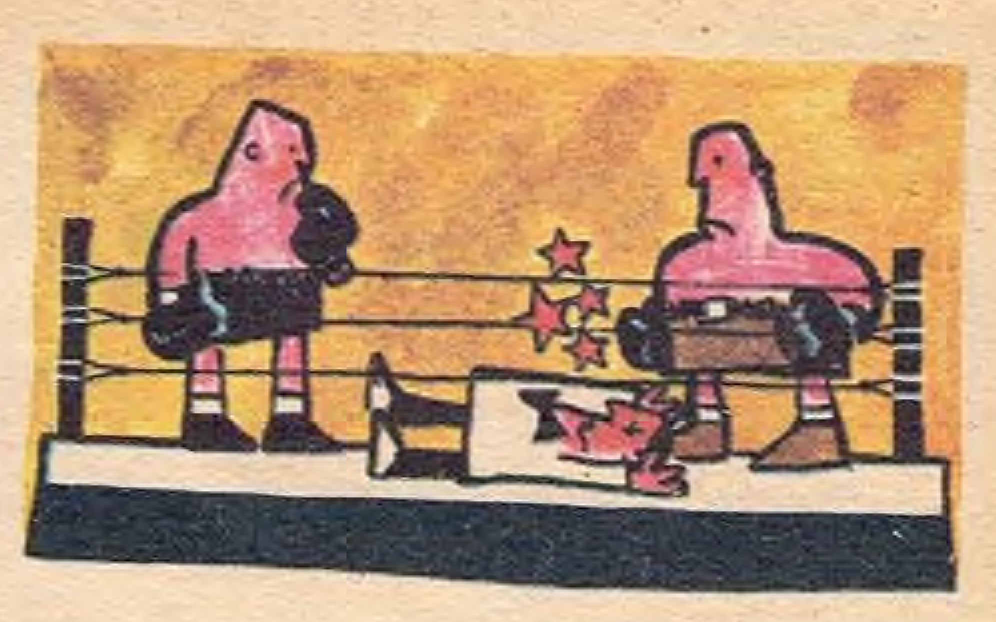
El paciente a su médico: "Esas píldoras de hierro que me recetó son estupendas. ¡Ya me han rechazado en siete puestos de seguridad de las líneas aéreas!" —G.L.

Cierta dama, al esposo, que está pagando las facturas: "El mes pasado reduje los gastos: todo lo cargué a una sola tarjeta de crédito para usar sólo una estampilla de correo al pagar la cuenta". —B.B.

Un jefe de empresa a otro, hablando de un tercero: "Tiene cerebro de computadora . . . Los errores que comete son fantásticos". —D.L.

Pasajera del Metro, a su amiga: "Antes de que a las mujeres nos diera por ponernos de pie para reclamar nuestros derechos, solíamos hallar asiento más a menudo". —L.L.

Gajes del oficio



La empresa estadounidense Hoffmann-La Roche, fabricante de productos farmacéuticos, ha adoptado un nuevo enfoque para dar trabajo durante el verano a los hijos de sus empleados. La compañía escoge a las personas que han de remplazar a otras durante las vacaciones, y lo hace en relación inversa al monto de los sueldos de sus padres. Los vástagos de los trabajadores que ganan menos tienen preferencia. "Para el hijo del presidente no hay la menor oportunidad de empleo", declara un funcionario. —N.Y.T.

Al salir una mañana de la tienda de víveres, vi el camión de una lechería estacionado junto a la acera. El chofer estaba bajando una plataforma cargada de botellas de leche. De pronto se inclinó la tabla y los envases fueron cayendo en rápida sucesión y se estrellaron en el suelo. Un río de líquido blanco corrió por la acera. Creí que el conductor soltaría un torrente de juramentos. Pero no fue así: mirando a su alrededor, empezó a llamar: "Ven, gatito, gatito, toma leche, gatito..." —J.L.K

Como soy pastora de una iglesia protestante, he aprendido que suele haber cierta confusión en los primeros encuentros. Una mañana me presenté en una gasolinera vestida con el traje negro de mi oficio; en el parabrisas del coche llevaba un letrero que decía: "Clérigo en el desempeño de su cargo". El empleado abrió tamaños ojos, pero me llenó el tanque sin decir palabra. Al volver con la nota, me preguntó desconcertado:

—¿Le dan a usted algún tratamiento honorífico?

—Sí.

—¿Es reverenda?

—Precisamente.

—Soy católico, ¿sabe usted? Pero no podía llamarla "padre" —dijo con un suspiro. —Reverenda Carol Goldstein

Después de pilotar a París un avión de pasajeros, pasé la noche en el cine. A la salida, dos ancianitas me reconocieron como capitán de su vuelo. Y pude oír que una comentaba con la otra. "Cualquiera pensaría que los aviadores ya están aburridos de tantas películas como se ven a bordo". —C.B.



"¡Fuimos los primeros

POR LEIGH WADE, *teniente general (retirado) de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, en colaboración con* JAMES WINCHESTER

Actualmente los pilotos de los Boeing 747 circunvuelan todas las semanas el planeta en unas 53 horas. Los primeros pilotos tardaron 175 días en recorrer la misma distancia en sus aviones de dos plazas, hechos de madera, alambre y tela.

A principios de 1924 los aviadores de seis naciones: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Portugal, Italia y Argentina, competían entre sí para repetir en el aire la proeza marítima consumada 402 años antes por la expedición de Fernando de Magallanes. No se trataba exactamente de una "carrera", pero se tiende a olvidar que seis hombres del Servicio Aéreo del Ejército norteamericano (así se llamaba entonces a la Fuerza Aérea) ganaron esa prueba. El reportero y trotamundos Lowell Thomas dice de ellos: "Mantuvieron viva la llama del espíritu aventurero que impulsa a la humanidad hacia el progreso".

Este relato de la apertura de un nuevo capítulo en la era de la aviación, tres años antes de que Charles Lindbergh cruzara solo el Atlántico, salió de la pluma de Leigh Wade, teniente general hoy retirado de la Fuerza Aérea norteamericana, que piloteó uno de aquellos aviones y es uno de los tres sobrevivientes del épico vuelo.

CONDENSADO DE "AIR FACTS". ILUSTRACIÓN DE R. G. SMITH. CORTESÍA DE MCDONNELL DOUGLAS CORP.

en volar alrededor del mundo!"

El 6 de abril de 1924, poco después de despegar del lago Washington de Seattle, nos salió al paso la niebla. Nos dirigíamos a la primera parada de nuestro proyectado vuelo alrededor del mundo: Prince Rupert (Columbia Británica), 975 kilómetros hacia el norte. Mi mecánico y yo habíamos salido dos horas más tarde que los otros tres aviones por un problema de exceso de carga.

Iba yo siguiendo la costa canadiense, volando tan bajo sobre el mar que nos salpicaba el rostro la espuma y la rociadura de las furiosas olas. La mayor parte del tiempo no podía ver más allá del arco borroso que formaba al girar la hélice de madera. Poco después la lluvia se convirtió en nieve, y luego en ráfagas de granizo y cellisca. Imprimiendo un brusco movimiento al timón, apenas conseguí evitar el choque contra los mástiles de un buque de carga que pasaba.

Cuando llegamos a Prince Rupert, después de ocho horas y diez minutos de volar casi a ciegas, permanecí un rato en mi cabina fingiendo que escribía algo en el cuaderno de bitácora, pues no quería que me vieran temblar.

Habíamos planeado nuestra ruta alrededor del mundo basándonos ante todo en viejas cartas marinas, y nos dirigíamos hacia el oeste. Salvo los italianos, los aviadores de los demás países se dirigían en dirección contraria para aprovechar los vientos alisios. Pero esperábamos que nuestro derrotero nos permitiera volar sobre las islas Aleutianas en una época del año en que son menos frecuentes las nieblas y las tormentas. También cruzaríamos el Atlántico Norte en verano, cuando es menor el peligro del hielo.

Primer accidente. Pero la realidad fue muy distinta de nuestros proyectos. En Alaska y en las Aleutianas la niebla nos retrasó, los vientos nos fueron siempre contrarios y se formaba constantemente hielo en los flotadores. Nuestro propósito era salvar en 12 días los 5300 kilómetros que hay desde Seattle hasta Attu, situada en el desolado extremo occidental de las Aleutianas; pero tardamos 34. En una ocasión tuvimos que amarar forzosamente en una caleta para hacer reparaciones improvisadas de urgencia, y las tormentas nos obligaron a aguardar impacientemente durante varios días una ocasión propicia, alojados

en la cabaña de un cazador de pieles, tomando café y comiendo carne de alce junto al fuego. Pregunté a nuestro huésped cuándo cambiaba allí la estación. "Bromea usted, joven", repuso. "Aquí solamente conocemos dos estaciones: este invierno y el próximo".

Nuestros biplanos Douglas recubiertos de tela no eran hermosos, pero poseían una austera robustez. Impulsados por un caprichoso motor Liberty V-12 enfriado por agua, de 400 h.p., mantenían una velocidad de crucero de unos 145 k.p.h. Nos guiábamos con unos cuantos mapas; no llevábamos radio, y los informes meteorológicos eran escasos y poco fidedignos. Tratábamos de volar sin perdernos de vista, pero las tormentas nos separaban a menudo. No disponíamos de paracaídas ni de balsas, pues resultaban demasiado pesados.

Los aviones eran desconocidos en casi todos los puntos de nuestro recorrido, por lo cual el combustible y los repuestos habían sido depositados de antemano por la compañía. Mobil Oil en pistas distantes unos 650 kilómetros unas de otras, y para las entregas usaba desde botes de pesca hasta camellos. El abastecimiento de gasolina tardaba horas. Había que levantar a mano, desde el suelo o desde botes que se balanceaban, latas de 20 litros; luego era preciso filtrar el combustible con una piel de gamuza. Se almacenaban también más de 500 objetos diferentes en cajas hechas de abeto, fresno y madera terciada, que nosotros empleábamos cuando era necesario reparar la estructura. La Secretaría de Estado norteamericana nos consiguió permisos para volar sobre 22 países o aterrizar en ellos. Docenas de buques del Departamento de Pesca, del Servicio de Guardacostas y de la Marina patrullaban las aguas a lo largo de nuestra ruta.

Cuando me eligieron como uno de los aviadores que intentarían la vuelta al mundo, tenía yo 27 años. Además de teniente, era oficial de ingenieros y piloto de pruebas. Los otros participantes, todos con experiencia en vuelos a través del país y en probar aviones, eran el mayor Fred Martin, de 41 años, nuestro comandante, y los tenientes Lowell Smith, de 32, y Erik Nelson, de 36. Cada piloto eligió su propio mecánico. El mío fue el sargento Henry Ogden, veterano con cinco años en el Servicio Aéreo.

El mayor Martin y su mecánico, sargento Alva Harvey, corrieron con mala suerte desde el principio. El motor estalló cuando volaban hacia el norte desde Seward (Alaska) e hicieron un amaraje forzoso en una ensenada rocosa. Tres días tardó la Marina en encontrarlos, y varios más en instalar otro motor. Entonces despegaron para reunirse con nosotros en Dutch Harbor, pero no lograron llegar. Los demás los aguardábamos ansiosamente. ¿Qué les habría pasado? Después de una semana de espera, el teniente Smith, que era el oficial de mayor antigüedad, recibió un telegrama de Wash-

ington: "Los aviones 2, 3 y 4 deben despegar rumbo a Japón en cuanto les sea posible".

Cuando llegamos a Attu nos enteramos de que un buque de la Marina anclado allí había recibido por radio noticias de que el mayor Martin y el sargento Harvey estaban a salvo. Los había envuelto una cellisca; cegados, resbalaron por la ladera nevada de una montaña hasta detenerse en el borde de una sima de 300 metros. Fred y Alva tardaron más de una semana en llegar a una factoría a orillas del mar de Bering. De allí anunciaron al mundo que aún seguían con vida, aunque para ambos aviadores el vuelo había terminado.

De Attu a Tokio: 3806 kilómetros. Los otros tres aviones salieron rumbo a Asia el 15 de mayo. Hasta entonces sólo habíamos hecho un promedio de 158 kilómetros diarios en los 40 días trascurridos desde el despegue en Seattle. De Attu a las islas rusas Komandorski, frente a Siberia, hay un trecho de 290 kilómetros. El Pacífico está dividido allí por la Línea Horaria Internacional, de modo que perdimos un día de vida al atravesarla, pero en cambio fuimos los primeros en cruzar ese océano por aire.

El 22 de mayo llegamos a Tokio con un atraso de 31 días respecto a la fecha fijada. En todo Japón nos recibieron con gran entusiasmo. En cierto lugar 200 escolares recorrieron una distancia de 87 kilómetros para ir a saludarnos.

En Tokio tuvimos las primeras noticias de los otros aviadores que intentaban la misma proeza. Stuart MacLaren, jefe del escuadrón británico, había caído en Birmania. El capitán Pelletier-Doisy, de Francia, tuvo un accidente cerca de Shangai; sobrevivió, pero hubo de abandonar la prueba. Las tripulaciones de Portugal, Italia y Argentina aún no habían despegado.

De Tokio a Calcuta: 8970 kilómetros. Durante todo el recorrido recordamos a Marco Polo y a Rudyard Kipling (China, Siam, Indochina, Birmania). El tramo diario era corto; los encuentros con tifones fueron breves, pero intensos. Mientras volábamos sobre la costa indochina, la rotura de una biela obligó a Smith y al teniente Arnold, su mecánico, a acuatizar en una laguna interior. El motor quedó inutilizado, y se recurrió a remeros del lugar para que remolcaran el avión aguas arriba por un río de la selva hasta Hue, la antigua capital de Vietnam, donde se le instaló otro motor nuevo llevado apresuradamente desde Saigón.

La procesión hacia Hue fue espectacular, dirigida por un jefe reclinado en su barca real bajo un quitasol, mientras sus concubinas le liaban y encendían cigarrillos, y le servían refrescos y plátanos. Un músico batía un tamborín, a cuyo ritmo hundían sus palas los remeros de los sampanes que remolcaban el estropeado avión de Smith.

En todos los lugares donde nos deteníamos recibíamos calurosos agasajos, néctar que a todos nos

embriagaba. En Shangai el presidente del Sindicato de Ladrones nos hizo socios vitalicios. Los funcionarios de Bangkok deseaban organizar en nuestro honor un espectáculo especial en el cual decapitarían a varios prisioneros. Y en Hanoi los muchachos que nos llevaban en sus cochecitos *rickshaw* nos dejaron por error ante un lupanar en vez de llevarnos al club donde nos aguardaba un banquete oficial. El 26 de junio a mediodía amaramos en el puerto de Calcuta.

De Calcuta a Londres: 10.208 kilómetros. Después de cambiar los flotadores por ruedas, despegamos el primero de julio y llegamos a Londres el 16, habiendo volado en total 83 horas y 28 minutos, y después de 15 escalas. Hallamos buen tiempo, muchos ríos y vías férreas para guiarnos, y nos entusiasmaba nuestra velocidad. En Asia y en el Oriente Medio la temperatura ascendía a veces a 50° C. Los pilotos de la Real Fuerza Aérea británica insistieron en que debíamos usar cascos especiales para protegernos del sol. Pero el que me tocó a mí era demasiado grande, y volé hasta Europa con pedazos de estopilla doblados bajo el barboquejo. Hacíamos jornadas de ocho a 10 horas con paradas breves, pero espléndidas. En todas partes nos recibían jefes de Estado. Mi habitación del hotel en Viena era de 18 metros por 12 y 6 de altura; el lecho estaba situado sobre un estrado y bajo un pabellón de seda, y alumbraba la alcoba una lámpara con 500 luces. Llegamos a París el 14 de julio (Día de la Bastilla) y en el aeródromo Le Bourget nos recibió una multitud sólo inferior en número a la que dio la bienvenida a Charles Lindbergh tres años después. Apenas tuvimos tiempo de mudarnos de ropa antes de que nos llevaran al Folies-Bergère, donde nos quedamos dormidos mientras unas jóvenes de somera vestimenta bailaban casi encima de nosotros.

En Londres hubo más recepciones. Conocimos allí al príncipe de Gales, que luego sería Eduardo VIII hasta que abdicó en 1936. "Dentro de pocos días me embarcaré para los Estados Unidos", nos dijo. "Hagamos una apuesta, a ver quién llega allá primero".

Cada uno de nosotros apostó cinco dólares, aunque las circunstancias no nos favorecían. Ya habíamos recorrido tres cuartas partes de nuestra ruta alrededor del mundo, pero el traidor Atlántico Norte aún quedaba por vencer.

De Londres a Boston: 6936 kilómetros. Despegamos de Londres el 17 de julio, y nos detuvimos en Hull para cambiar motores y volver a colocar los flotadores. Luego amaramos en Kirkwall, en las islas Orkney, en el extremo noroeste de Escocia. Los tres aviones remontaron el vuelo de Kirkwall el 3 de agosto, con el propósito de no detenerse hasta Islandia. Pero inmediatamente nos envolvió una niebla tan densa que una vez más hubimos de volar a sólo un metro y medio por encima del agua. Smith

y yo regresamos a Kirkwall. Nelson continuó el viaje y llegó a Hornafjordur, en la costa sudeste de Islandia, después de volar nueve horas y tres minutos casi a ciegas.

Smith y yo salimos de Kirkwall la mañana siguiente. Hora y media después volábamos juntos bajo un cielo sereno, cuando de pronto falló mi bomba de aceite, obligándome a acuatizar en mar abierto. La avería no se podía reparar allí, y por tanto hice señales con los brazos al teniente, que describía círculos sobre nosotros, para indicarle que necesitábamos ayuda. Smith enfiló hacia las islas Feroe, la tierra más cercana. Cuando se dirigía hacia allá pasó sobre un destructor de la Marina de los Estados Unidos y le arrojó un mensaje con nuestra posición.

La sensación de estar sacudido por olas de seis metros de altura es verdaderamente angustiosa. El avión podía desintegrarse en cualquier momento. Ogden y yo padecíamos miedo, frío y mareo. Trascurrieron horas terribles; comenzó a lloviznar. Jamás me había sentido tan solo. ¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿Qué trataba de probar? De pronto un grito de Ogden me despabiló: "¡Un buque!"

Era una embarcación pesquera británica, y comenzó a remolcarnos hacia las islas Feroe. De pronto llegó el destructor de la Marina que había recibido las señales de Smith, seguido del crucero norteamericano *Richmond*. Éste se encargó entonces del remolque, pero a la mañana siguiente, apenas a un kilómetro y medio de las Feroe, el capitán del navío me advirtió:

—Nuestras cartas marinas no detallan bien estas costas, y no podremos maniobrar rápidamente si llevamos a remolque el avión. Hay verdadero peligro de encallar si no nos desprendemos del aparato.

Me dijo que yo decidiera. Por un lado estaba la seguridad del barco y los tripulantes, y por otro mi deseo de reparar el aparato y seguir nuestra ruta. Las palabras más difíciles que jamás pronuncié fueron las que dirigí al capitán:

—Deshágase del avión.

Los marineros se deslizaron por cuerdas hasta el aparato, perforaron los flotadores y dejaron que se hundiera el avión. Yo permanecí en mi camarote, incapaz de presenciar aquella agonía.

El *Richmond* nos llevó a Islandia, donde Smith, Nelson y sus mecánicos esperaban que mejorara el tiempo. Washington telegrafió que me enviaría un avión de repuesto a Pictou (Nueva Escocia). Un barco de la Marina norteamericana nos llevaría hasta allí para que pudiéramos proseguir el vuelo.

Smith y Nelson volaron de Islandia a Groenlandia, al Labrador y luego a Nueva Escocia. Allí Ogden y yo esperábamos con nuestro avión. Juntos volamos ciñéndonos a las alturas de la costa.

El 6 de septiembre, al describir un círculo sobre la bahía de Boston, vimos salir bocanadas de humo de los buques de guerra que nos saludaban con 21 cañonazos, homenaje

que en general sólo se otorga al Presidente de la Nación. Entre las 30.000 personas que nos recibieron figuraba el jefe de la escuadrilla inglesa, MacLaren, que venía de Asia hacia Inglaterra para conseguir otro avión y volver a intentar la hazaña.

¡A nosotros sólo nos faltaba cruzar el continente!

De Boston a Seattle: 7180 kilómetros. Después de cambiar en Boston los maltrechos flotadores por ruedas, nos dirigimos al punto del cual habíamos partido para volar alrededor del mundo. Llegamos en 21 días, después de efectuar 17 aterrizajes. El príncipe de Gales nos esperaba en el aeródromo Mitchell, de Long Island. Nos había ganado en el cruce del Atlántico. Su saludo fue: "¡Muy bien, muchachos, páguenme!" El tiempo retrasó nuestra llegada a Washington, pero el presidente Calvin Coolidge y todo su gabinete nos esperaron tres horas bajo la lluvia para darnos la bienvenida. Mientras regresábamos zigzagueando a Seattle, entusiastas recepciones marcaban cada aterrizaje. En Los Ángeles, donde todo el campo de aterrizaje estaba cubierto de rosas, la multitud me oprimió tanto que me fracturó dos costillas. ¿Cuáles eran mis sentimientos? Tensión nerviosa y física, una vida entera de extraordinarios panoramas, reuniones memorables, momentos de terror, gran exaltación, seis meses de inolvidables aventuras. Pero sobre todo sentí una jubilosa sensación de alivio. ¡Estábamos a punto de terminar la empresa!

El 28 de septiembre, a la 1:28 de la tarde, volamos en formación cerrada sobre Sand Point del lago Washington, para que cada avión terminara el viaje a la misma hora. Habíamos recorrido 42.398 kilómetros en 371 horas y 11 minutos. Rara vez volamos a más de 300 metros de altura. La velocidad media fue de unos 115 k.p.h., y debimos detenernos casi dos veces más de lo calculado. Entre todos utilizamos 21 motores nuevos y perdimos dos aviones, pero nadie se mató ni sufrió heridas graves. No obstante el algodón que siempre nos metíamos en los oídos, estábamos casi sordos.

Pero por primera vez habíamos paseado por aire la bandera de nuestra patria alrededor del mundo. Los Estados Unidos habían ganado un valioso prestigio. Habíamos aprendido mucho sobre logística y posibilidades de los vuelos globales, y dejamos preparado el escenario para la aviación comercial, que llegaría a todas partes. Y la resistencia de nuestros aviones puso al país a la cabeza de la industria aeronáutica internacional, lugar que desde entonces no ha perdido.

Habíamos abierto un camino que las generaciones seguirían. ¡Todavía me enorgullece recordarlo!

HAY TRES clases de hombres con quienes es imposible discutir: los siquiatras norteamericanos, los aduaneros ingleses y los *maîtres d'hotel* franceses.

—Catherine Sauvage

El amor y la pasión pueden subsistir en todo matrimonio, con tal que sepamos vencer los siguientes obstáculos, muy comunes.

El encanto conyugal puede perdurar

POR EL DR. DAVID REUBEN

SI HUBIERA que resumir la cultura moderna en una sola palabra, "desechable" vendría bastante bien. Cada día son más los objetos materiales que permanecen sólo unos momentos en manos de la gente en su rápido viaje desde el distribuidor a la basura. En estos últimos tiempos se han visto señales de que la doctrina que enseña a desechar algún objeto tras de usarlo una sola vez se propaga también a las relaciones humanas.

En el juego matrimonial, por ejemplo, cada día es mayor el número de hombres y mujeres dispuestos a dar a su cónyuge el mismo destino que a la lata de cerveza; es decir, apúrese, tritúrese y deséchese. Y esto presenta algunos problemas.

En cierto sentido, el disolver un matrimonio equivale a un duelo a balazos entre hermanos siameses: pase lo que pase, ambos resultarán víctimas. Las mismas dos personas que antes se estrechaban entre sí en mitad de la noche, se convierten entonces en asesinos legales empeñados en destrozar violentamente su matrimonio.

No tiene por qué ser así.

Desde luego, algunos matrimonios son verdaderos desastres desde el principio. En tales casos lo único más destructivo que una separación es seguir unidos. Pero supongamos el caso habitual: el de dos personas inteligentes, mutuamente enamoradas, que van al matrimonio con los ojos semicerrados y alentadas por todo género de esperanzas. Entre ellas y la felicidad se levanta buen número de graves obstáculos. He aquí seis de los más comunes:

Olvidarse de su respectivo papel. Una extraña paradoja hace de los primeros meses del matrimonio algo especialmente traumático. Mientras marido y mujer pueden haber pasado años como individuos, solteros e independientes, forzosamente se encuentran hoy, como en la infancia, en un papel de dependencia del que creían haberse librado para siempre. Por ejemplo, el recién casado puede encontrarse nuevamente atenido a una mujer para que le prepare sus platos favoritos, lo despierte por la mañana y lo cuide cuando pille un resfriado. Y su esposa se muestra aun más susceptible a las quejas que la madre del marido. "No podía yo creerlo, doctor. Sólo porque aconsejé a mi mujer que tomara algunas clases de cocina, arrojó la comida por el fregadero y se encerró en el cuarto de baño. Mi madre nunca hizo eso".

Oigamos ahora a la recién casada: "Doctor, lo que más me molesta como esposa es tener que pedirle dinero a mi marido para el gasto. Es como si dependiera otra vez de mi padre. ¡Hasta voz de niña estoy sacando!"

No puede negarse que hay semejanza entre las relaciones esposo-esposa y padre-hijo, pero parte de la buena estrategia matrimonial estriba en subrayar las semejanzas positivas y suprimir las negativas. Conviene demostrar amor y afecto, desprendimiento y generosidad. Las actitudes dominantes y despóticas son el toque nostálgico que en nada beneficia la relación conyugal.

Esperar demasiado. Un gran mito de nuestra cultura es el que tiene al matrimonio por una solución. Por el contrario, el casamiento no hace sino cambiar los problemas viejos por nuevas pruebas. La única ganancia posible es la oportunidad que nos brinda de alcanzar una felicidad duradera.

Una de mis pacientes expone el problema de esta manera: "Para mí, doctor, el matrimonio ha sido como el cuento de la Cenicienta leído al revés. El día de mi boda lucí un fantástico vestido de seda blanca y un hermoso ramo de orquídeas. Diez días después estaba levantada a las 6 de la mañana, tratando de que mi príncipe saliera a tiempo a trabajar".

¿Cuál es la solución del problema? Más que nada, consiste en no esperar demasiado de la vida conyugal. Todo tiene su precio, y el de un matrimonio duradero es bastante alto, aunque no necesariamente exorbitante.

Es cuestión de intercambio: libertad personal completa, por apoyo mutuo; libertad sexual a cambio de seguridad sexual; independencia a trueque de interdependencia; dinero para gastar, canjeado por satisfacción emocional.

Desde luego, eso no es todo. El matrimonio duradero proporciona satisfacciones intangibles que están más allá de cualquier descripción. El hombre inseguro de sí mismo puede encontrar ilimitado apoyo en brazos de su esposa. La mujer puede hallar la expresión total de su

talento y de su feminidad con la ayuda y la cooperación de su esposo.

El eco de los padres. El mejor matrimonio está constituido por dos personas: marido y mujer. Y sin embargo, desde el día de la boda, hay generalmente otros cuatro individuos tratando de participar en él, al menos indirectamente. La cosa es así: durante la infancia, la madre (y en menor grado el padre) suele estar al lado del niño, aconsejando, corrigiendo, instruyendo e interpretando las situaciones vitales. Cuando la criatura se convierte finalmente en adulto, ha acumulado ya una abundante reserva de actitudes y reacciones que vio en sus padres. En los momentos más difíciles de la vida pueden surgir estos recuerdos y asociaciones, y dominar las reacciones o la conducta de cada cónyuge.

"No te molestes preparándole esos platillos complicados", dice el eco de la voz de la madre. *"Le bastará algo con què llenar el estómago"*. O la voz del padre: *"Dile de una vez por todas: Nada de ropa interior ni sostenes colgando en la bañera"*.

La solución más fácil de este problema consiste en recordarse mutuamente que, cuando dos personas se casan, deben dejar a un lado a los demás (incluso a papá y a mamá) y cuanto a ellos se refiera.

La cuestión de la igualdad. La igualdad en el matrimonio es una teoría bella, pero difícil de realizar; y en esto el problema fundamental estriba en la "natural" actitud defensiva del varón. Antes que aceptar la lógica asociación que puede resultar del matrimonio, gran número de hombres trata de establecer un inalcanzable ideal masculino. Al intentarlo, y para compensar lo que consideran como defectos personales, se vuelven dominantes, altaneros o condescendientes. Se ha creado toda una mitología acerca de la esposa que estropea la comida y se pasa el tiempo chismorreando con las amigas. Pero, ¿y la mujer que no hace tales cosas, sino que cumple siempre con sus obligaciones, prepara excelentes platillos sin mayor esfuerzo y, llegada la noche, sabe ser atractiva compañera?

La solución a tal problema es sencillísima: el hombre debe aprender a despreocuparse y a disfrutar de las muchas gracias de su esposa.

Testigos de cargo. La característica que, más que ninguna otra, distingue a las uniones duraderas de las que no lo son, es la buena disposición de marido y mujer para testimoniar el uno en favor del otro. Lamentablemente, vivimos en un mundo en que todo individuo se topa continuamente con acusaciones externas e internas que menoscaban su valía como ser humano. La única manera eficaz de defenderse contra estos reproches consiste en encontrar a alguien que nos asegure (y a todos los que estén escuchando) que somos competentes, que él (o ella) nos quiere, que, ocurra lo que ocurra, está de nuestro lado. Si esposo y esposa pueden depender constantemente el uno del otro para atestiguar en favor mutuo,

nada realmente perjudicial podrá ocurrirles. En cambio la persona cuyo cónyuge está dispuesto a hablar contra ella pronto se lanzará a buscar un remplazante.

Comparaciones con el pasado. Cuando alguno de los esposos persista en juzgar la relación matrimonial por los mismos cánones utilizados al comienzo del matrimonio, las dificultades serán inevitables. Muy pocas mujeres son tan atractivas, y de igual modo, a los 40 años que a los 25. Raro es el hombre que, después de compartir el mismo dormitorio, el mismo cuarto de baño y el mismo comedor con su esposa durante años o aun decenios, pueda seguir siendo tan intensamente fascinador como algún idealizado compañero tratado en sueños. Pero recordemos también que en el matrimonio muchos cambios son favorables; con el paso de cada año marido y mujer se irán adaptando y respondiendo mejor a sus respectivas necesidades. No es sensato, y a menudo es indeseable, esperar de ninguna relación que permanezca inmutable indefinidamente.

Un buen matrimonio ofrece lo mejor de todo al hombre y a la mujer: un leal aliado contra el mundo, una compañía amable y encantadora, satisfacción sexual y un asociado en el deslumbrante milagro de crear nuevos seres humanos. Es claro que no todas las parejas lo logran en su totalidad, pero casi todo matrimonio da al hombre y a la mujer la ocasión de unirse más estrechamente entre sí, de amarse más con cada año que pasa y de encontrar el uno en el otro la satisfacción de todas las necesidades humanas.

Hoy es el discípulo de Ayer. —T.F.

Humorismo militar

Nuestra flota de la OTAN estaba compuesta por barcos de muchos países. Cada día se mandaban los partes a determinada hora, todos juntos, en una clave siempre distinta. Estaba en vigor un silencio estricto de la radio y no se permitía ninguna comunicación fuera de aquel grupo de mensajes.

Un día, después de la trasmisión única, la radio quedó cerrada, como de costumbre. En seguida interrumpió el silencio, sin dar ninguna sigla ni cifra de identificación, una voz que exclamó:

—¡Caramba! ¡Qué desconcertado estoy!

Al instante el oficial de la Sección de Control tomó en mano el micrófono y dijo:

—Emisora desconocida: aquí Control. Exijo el nombre, grado y número de serie de la persona que hizo la última trasmisión. Cambio.

La respuesta no se hizo esperar:

—Control: estoy desconcertado, pero no tanto. (Clic.) —N.R.B.

Este verano, una vez más, se olvidarán todas las preocupaciones mientras Francia concentra su atención en el drama de la Vuelta, que dura tres semanas.

Épica prueba del ciclismo

Por Claude Bobin

"¡Ya vienen!" grita un muchacho al ver dos motociclistas que salen, tocando las sirenas, de una curva en la falda del Puy de Dôme, en Clermont-Ferrand. Detrás de ellos pasan unos ciclistas formando un tapiz moviente con sus camisetas de todos los colores y combinaciones. Los espectadores alientan a sus favoritos con entusiasmo: "¡Adelante, Poupou! ¡Ánimo, Merckx! ¡Viva Thévenet!"

Los "gigantes del camino" pasan tan cerca que se distinguen los tensos músculos bajo la piel tostada y abrillantada por el sudor. Pero ellos nada oyen, nada ven: están solos en su esfuerzo final hacia la cima.

En ese momento, uno de cada tres franceses tiene el oído pegado a su radio de transistores, mientras otros millones observan la escena en la televisión. Que Thévenet vaya cinco segundos adelante o atrás de Merckx pasa a ser la preocupación nacional. Según las palabras del cronista deportivo Max Favalelli, ese es el momento, como ocurre todos los veranos, en que, "la Vuelta ofrece su espectáculo anual y Francia se coloca en la primera fila".

En realidad, esta lucha de unos 140 campeones organizados en 14 equipos aproximadamente es muchísimo más que una famosa carrera ciclista. Es el espectáculo deportivo más grande del mundo, con un circuito de 4000 kilómetros por carreteras nacionales y locales de todas las provincias.

Ningún otro acontecimiento deportivo anual atrae tantos espectadores. El año pasado, cuando se corrió por vez número 62, la Vuelta a Francia atrajo a las orillas de las carreteras más de 15 millones de entusiastas. Mientras tanto, millones de televidentes en nueve países seguían ávidamente el desarrollo de cada una de las 22 etapas a través de Eurovisión.

La idea de esta prueba, dividida en muchos tramos, nació el 20 de noviembre de 1902 de una conver-

sación que tuvieron, mientras almorzaban, Henri Desgrange, entonces director de la revista *l'Auto*, y Géo Lefèvre, uno de sus jóvenes redactores. En un muro de la fonda parisiense "Le Madrid" hay una placa conmemorativa que señala el lugar donde estuvieron sentados ambos. Al año siguiente se corrió por primera vez la Vuelta a Francia, y sólo durante las dos guerras mundiales dejó de efectuarse.

Los competidores, que son los mejores corredores profesionales de bicicleta en Europa Occidental, están acordes en que esa competición de tres semanas no sólo es la más larga, sino también la más agotadora. Todos los años desisten en alguna de las etapas del 35 al 40 por ciento de los ciclistas.

"Correr en bicicleta 200 o 300 kilómetros en un día no es en sí una proeza extraordinaria", explica el Dr. Pierre Dumas, del Instituto Nacional de los Deportes, que fue médico de la Vuelta durante 20 años; "pero repetir ese esfuerzo durante 21 días y, aun más que eso, las velocidades que se alcanzan, convierte a la competición en una verdadera hazaña deportiva". El promedio es de casi 45 k.p.h. en terreno llano y de más de 30 en la montaña; las velocidades cuesta abajo llegan a veces a los 100 k.p.h.

El entrenamiento y las competiciones exigen a los campeones recorrer en bicicleta un promedio de 50.000 kilómetros al año. Merckx por ejemplo, originario de Bélgica, donde no hay cuestas, practica a menudo en los pasos montañosos de los Alpes. El español Luis Ocaña, famoso por su pedaleo en la montaña, hace largas excursiones por caminos llanos y por las calles adoquinadas del norte de Francia. "Para competir en la Vuelta", asegura Jacques Anquetil, cinco veces ganador de ella, "hay que saber sufrir".

También intervienen las condiciones del clima. En unas cuantas horas el corredor suele pasar por el sol, la lluvia, el viento y el frío, trepando desde el nivel del mar hasta una altitud de 2500 metros; o quizá encuentre una ola cálida que dura varios días.

El verano de 1957 fue tan caluroso que las ruedas de las bicicletas dejaban profundos surcos en el pavimento ablandado del camino. Varios corredores padecieron quemaduras en el rostro y en las piernas por el asfalto derretido que les salpicaba. Sin embargo, con pocos días de diferencia, las máquinas quitanieves tuvieron que despejar el camino de Izoard (que está a 2361 metros sobre el nivel del mar), donde la temperatura era de varios grados bajo cero.

En 1971, en el paso de Mente, Luis Ocaña llevaba asegurada la delantera cuando un vendaval lo arrancó de su bicicleta y lo arrojó a un precipicio. Padeció lesiones tan serias que no pudo seguir la carrera.

Los accidentes graves son raros, pero la gente recuerda todavía la caída que tuvo en 1960 Roger Rivière, de Francia, en el paso de Perjuret; se fracturó dos vértebras

y quedó incapacitado durante varios años. En 1967 el gran corredor inglés Tom Simpson murió de un síncope cuando se esforzaba en ascender el monte Ventoux bajo un sol abrasador.

Este fin trágico, atribuible en parte a los estimulantes que Simpson había tomado, fue causa de la campaña emprendida contra las drogas. Ahora deben someterse a un reconocimiento médico al fin de cada etapa los tres primeros corredores y otros dos más, escogidos al azar. El competidor que acuse el menor vestigio de droga en la orina sufre un castigo la primera vez, y se le expulsa de la carrera si reincide.

Por haber seguido la "Gran Vuelta" en automóvil desde 1962 hasta 1975, puedo dar fe del extraño influjo que ejerce la carrera, tanto en los pueblos como en las ciudades.

En Bretaña los sacerdotes han cambiado las horas de los servicios religiosos para que los feligreses vean a sus héroes pasar por el lugar; en Saboya, los gerentes de fábricas llegan a darles el día de asueto a todos sus empleados. Entre Eaux-Bonnes y L'Aubisque tropecé con una cuadrilla de peones camineros que habían trabajado toda la noche gratuitamente para dejar en buenas condiciones un tramo por el que pasarían los corredores de la Vuelta. Pero mi recuerdo más conmovedor es el de los rostros radiantes de una veintena de ciegos alineados a la orilla del camino, en Limoges: Apuntaban con sus bastones blancos hacia adelante, como antenas, para "sentir" mejor el paso de los corredores, mientras una monja les gritaba los nombres de los ciclistas a medida que pasaban.

¿Qué tiene la Vuelta a Francia para desatar semejante ola de sentimientos? Es el último de los grandes espectáculos gratuitos y responde al anhelo de hazañas épicas que devora a las muchedumbres. Además, casi cualquiera puede juzgar la pericia de un ciclista, pues virtualmente todos hemos sudado alguna vez subiendo una cuesta en bicicleta. Lo que es más: la Vuelta llega muy de cerca a todos, pues, en efecto, *va al público*.

Quizá la razón más profunda del éxito de la Vuelta se halle en la atmósfera de festival popular y patriotero que genera en las 500 a 600 poblaciones por las que atraviesa. Como un 14 de julio sin fin, serpentea entre banderas y fanfarrias.

El festival se inicia con un pintoresco desfile de unos 150 automóviles de la caravana publicitaria. Se electrifica el aire con el paso de los corredores, acompañados por 600 automóviles y motocicletas en que viajan 1200 funcionarios de la Vuelta, y alcanza su punto culminante cuando llega el cortejo al terminar cada tramo.

Con el ruido ensordecedor de los altavoces, las principales plazas de Burdeos, o Valence, o Clermont-Ferrand, semejan un campamento en el desierto. Mucho después de haber firmado los corredores su último autógrafo y de haberse ido a la cama, sus imágenes siguen pre-

sentes ante el público en una gigantesca pantalla sobre la cual se proyecta la película de la etapa. Los juegos de feria atraen por igual a jóvenes y viejos, y los más conocidos artistas del país se presentan en escenarios montados al aire libre.

Actualmente el organismo de la Vuelta a Francia, que ya es una compañía por derecho propio, pasa por ser modelo en su clase. Doscientas personas que llevan el distintivo amarillo y blanco de la Vuelta se encargan durante la carrera exclusivamente de las tareas de organización y administración. Cinco cronómetros toman el tiempo a los corredores, y 20 comisionados y un jurado internacional de seis individuos vigilan el cumplimiento de las reglas de la competición. Hay un servicio médico ambulante, una oficina de correos y un banco, también ambulantes, muy bien instalados en cómodos vehículos. Al día siguiente de la terminación de la carrera 18 peritos empiezan a preparar la Vuelta del siguiente año.

"El alojamiento es uno de nuestros más grandes problemas", revela Marcel Dernoncourt, vicecomisionado general de la Vuelta. "Necesitamos 1500 camas por noche y más de 20.000 habitaciones durante el período de tres semanas".

Las minutas se deciden con anticipación, pues nada tienen en común con los alimentos que se sirven normalmente en los hoteles. Cuando despierta, el hambriento ciclista tal vez devore sopa, huevos con jamón, carne picada, arroz o tallarines, queso o yogur, fruta, pan y mantequilla, miel, todo ello acompañado de café o té, aparte de un litro de leche.

La comida de mediodía, que se toma en marcha, es en sí misma un atractivo en aquellos lugares escogidos como "puntos de avituallamiento". El paquete que se arroja al corredor suele contener un cuarto de pollo, bocadillos de jamón ahumado, manzanas, naranjas, duraznos, ciruelas, mermeladas y azúcar en terrón. Si hace frío se añaden carne cocida y budín de arroz, que suministran calorías adicionales. Del manillar penden dos botellas que contienen líquidos (jugos de frutas, té o agua mineral) para reponer el agua que pierden los ciclistas durante la agotadora prueba.

En la cena figuran grandes cantidades de carne asada y de arroz. Pero descansar bien por la noche es tan indispensable como el alimento. Después de un aliviador masaje, los atletas duermen nueve horas todas las noches. No obstante, el corredor puede perder dos kilos en un solo tramo, y al llegar a la meta final no es raro descubrir que algunos han adelgazado hasta diez.

Nada más fácil que encontrar la ruta de la Vuelta. El circuito está marcado en cada etapa por 300 señales especiales de camino y los organizadores tienen su propia red de estaciones de radio, llamada "Radio-Tour", que les permite intercambiar datos del avance de la columna. A lo largo del camino mantienen el orden 20.000 gendar-

mes, agentes de la Fuerza Republicana de Seguridad contra motines, la policía de las ciudades y 40 guardias republicanos acompañan en motocicleta a los corredores.

El costo de organizar y llevar a cabo la Vuelta a Francia equivale a algo más de dos millones de dólares al año. Sin embargo, no puede esperarse que los espectadores paguen por estar de pie al lado del camino. Los ingresos proceden principalmente de la publicidad: de compañías cuyos nombres adornan el enorme cartelón de dos vistas que va con la caravana de la Vuelta y que pagan a los corredores profesionales un sueldo anual. Además, los municipios por donde pasa la Vuelta contribuyen con una suma acordada, desde unos centenares de francos, correspondientes a una aldea por la que simplemente transitan los corredores, hasta 150.000 francos o más en el caso de las ciudades-etapa, esto es, aquellas en que termina cada jornada. No obstante el costo, las ciudades compiten entre sí para que las escojan, pues la ola de visitantes inyecta vida a los negocios del lugar. (El 19 de julio del año pasado, por ejemplo, se triplicó la población en la ciudad de Senlis, fin de etapa).

Gracias a la Vuelta, muchos extranjeros han llegado a conocer a Francia, y los franceses, a su vez, a conocer algo de los países vecinos. Al cruzar las fronteras para establecer los puntos de partida en Amsterdam, Colonia, Charleroi, o la meta final en Turín, Barcelona o Plymouth, la Vuelta a Francia ha hecho una fecunda labor en favor de la amistad internacional.

Este año, en mayo, cruzó el Atlántico cuando 90 corredores y algunos elementos del organismo de la Vuelta acompañaron al presidente Giscard d'Estaing en su visita para contribuir a celebrar el bicentenario de la Independencia de los Estados Unidos. Se corrieron tres etapas entre Nueva York, Filadelfia y Washington; la meta estaba en los jardines de la Casa Blanca.

Así pues, se abren a la Vuelta nuevos horizontes. No obstante todo su glorioso pasado, es un personaje vigoroso y juvenil con sus 73 veranos; y todavía tiene futuro, pues los atletas jóvenes siguen lanzándose en sus bicicletas por la carretera en pos de la gloria.

La nave del Estado

La República norteamericana tenía unos cuantos años de existencia cuando Fisher Ames, diputado por Massachusetts, hizo lo que resultó una declaración profética acerca de la democracia. Comparó la monarquía con un buque grande: "Viajamos a favor del viento y la marea, con seguridad e ímpetu, pero de pronto damos contra un arrecife y zozobramos. La democracia es como navegar en balsa: nunca se hunde, pero también, desgraciadamente, en ella vamos siempre con los pies mojados".

—M.W.



Portavoz de los palestinos

EN LOS concilios del mundo aparece ahora una nueva fuerza política: la de los palestinos, cuyo portavoz es Yasser Arafat, de 47 años, conocido por su rostro sin afeitar y su guerrera arrugada.

Ese aspecto no es impropio del representante de un pueblo formado por los sobrevivientes de la guerra de 1948 entre árabes y judíos, de la que nació el Estado de Israel. En aquel entonces huyeron de los campos de batalla centenares de miles de personas a quienes no se permitió regresar a sus hogares al terminar la contienda. Ahora tres millones están dispersos por toda Europa, en América del Norte y del Sur, y en los miserables campamentos de refugiados de Jordania, Siria y Líbano. Ricos y pobres alientan el sueño de volver alguna vez a su lugar de origen. La mayoría tiene puestas sus esperanzas en el Organismo de Liberación de Palestina (O.L.P.) y en su jefe Arafat, quien, de lograr sus propósitos,

Después de muchos años de dirigir ataques terroristas contra los israelíes, el líder del Organismo de Liberación de Palestina parece dispuesto a transigir.

Por Edward Hughes

será el presidente de la nueva nación palestina.

La lucha de Arafat en pos de ese fin le ha atraído hasta ahora muchos enemigos, lo cual no es extraño, pues ha sido personalmente responsable de docenas de crueles incursiones asesinas y atentados de dinamiteros. Sin condolerse de las víctimas de esas atrocidades, el jefe terrorista sostiene que el derramamiento de sangre es tan necesario para su causa como lo fue para las demás naciones nuevas del siglo XX (Kenia, Chipre, Argelia, Israel misma) que recurrieron a la violencia para obtener su independencia.

Por lo menos en dos ocasiones Arafat ha estado a punto de ser asesinado, una vez por israelíes y otra por fedayines árabes extremistas, que lo consideran demasiado moderado. Como resultado, tiene la obsesión del sigilo. Muchos de sus ayudantes, incluso, saben poco de su vida diaria o la ignoran por completo; no tiene despacho propio entre las destartaladas oficinas del O.L.P. en diversos lugares de Beirut y Damasco. Cambia de automóvil dos o tres veces al día y nunca duerme dos noches en la misma casa en el curso de una semana. Hombre de baja estatura y rechoncho, no fuma ni bebe, ni ha tenido mujer conocida. "Me he casado", asegura, "con el pueblo palestino".

Semillas del caos. Al decir eso, Arafat se refiere a los palestinos árabes, quienes, al igual que los judíos, tienen profundas raíces históricas en ese jirón del Mediterráneo oriental considerado sacrosanto tal vez por la cuarta parte del género humano. Palestina y su pueblo estuvieron en paz hasta la primera guerra mundial, cuando los ingleses arrebataron el territorio a los turcos. Después, en forma muy vaga, ofrecieron esa zona, primero a los árabes y poco después a los judíos. Durante los dos decenios siguientes estallaron cruentas luchas en repetidas ocasiones, pues los lugareños árabes se alarmaban por la creciente inmigración de los judíos y la compra de tierras que estos hacían. A mediados del decenio de 1930 a 1939 la inmigración se convirtió en un torrente, al llegar los judíos que huían de los nazis, y estalló entonces en el campo una revuelta árabe de proporciones mayores.

En aquellos años se desató una

oleada de terrorismo entre árabes y judíos por igual. El adolescente Yasser Arafat, nacido en Jerusalén, se unió al organismo de los guerrilleros árabes que atacaban las colonias establecidas por los judíos, quienes, por su parte, organizaron grupos, como la Banda Stern y el Irgun, para asaltar a los campesinos árabes. Después, cuando Gran Bretaña trató de limitar la admisión de refugiados judíos que escapaban de la devastación hitleriana, los terroristas judíos acometieron contra los militares y civiles al servicio del gobierno inglés. Ya en 1947 los muy hostigados ingleses se habían dado por vencidos y decidieron salir de Palestina. La última propuesta que hicieron, dividir la región en Estados separados, fue rechazada por los árabes, que confiaban en ganar toda Palestina por la fuerza de las armas.

Sin embargo, perdieron la batalla, y, al terminar la guerra entre árabes y judíos, el nuevo Estado de Israel fue admitido en las Naciones Unidas. Eso sucedió en marzo de 1949, y cuando los humillados ejércitos árabes se retiraron a sus propios países, la tragedia de la derrota comenzó a pesar sobre los verdaderos vencidos, que eran los palestinos árabes. Entre ellos figuraban Yasser Arafat y su familia, que había buscado refugio en la faja costera de Gaza, parte de Palestina que las Naciones Unidas habían puesto bajo la protección de Egipto. Los victoriosos israelíes no permitieron el regreso de la familia de Arafat, como hicieron también con centenares de miles de palestinos.

"El Fatah". Cuando estudiaba en la Universidad del Cairo, en los primeros años del decenio de 1950, Arafat fundó la Federación de Estudiantes Palestinos. Para esos jóvenes decididos a trazar su propio futuro (un futuro palestino), lo más importante era averiguar si los dirigentes árabes combatirían para reconquistar su patria perdida. Y en caso de que combatieran, ¿podrían ganar? Ambas incógnitas se resolvieron en 1956, cuando la desunión árabe y la mediocridad del Ejército egipcio quedaron de manifiesto en la invasión de Suez por Gran Bretaña, Francia e Israel.

Después del episodio de Suez, Arafat se convenció más todavía de que los palestinos no debían depender ya de otros árabes, sino contar con una fuerza combatiente propia, una fuerza que adoptara tácticas de la guerra de guerrillas. Y dieron a su organismo un nombre resonante: *El Fatah* (victoria).

Habrían de trascurrir ocho años antes de la primera incursión de *El Fatah* contra Israel, pues Arafat y sus colegas empezaban casi desde la nada y necesitaban hombres, armas y adiestramiento. Cuando tuvo a sus reclutas, Arafat se apresuró a aprovechar todas las oportunidades. Se le presentó una al triunfar Israel sobre los árabes en 1967. Hubo entonces una corriente de simpatía hacia los vencidos por la pérdida de la ribera occidental del río Jordán, zona perteneciente al reino de

Jordania, pero habitada principalmente por palestinos. El mundo árabe prestó atención cuando *El Fatah* trató de despertarlo: "¡Oh, árabes! ¡Levantaos y seguidnos! ¡La espada del pueblo vengará esta ignominia!" Y casi de la noche a la mañana Arafat y su movimiento se convirtieron en causa panárabe.

Empresa desesperada. En 1969 la energía de Arafat y la fuerza creciente de *El Fatah* dieron al caudillo las riendas del O.L.P., asociación que unía a todos los grupos palestinos. Aunque Arafat tuvo algunos problemas en sus tratos con los grupos de extrema izquierda, conocidos como fedayines, las dificultades mayores le venían de su propio *El Fatah,* cuyas operaciones contra Israel iban de mal en peor, pues descubrían a sus hombres que operaban en el Estado judío y frustraban sus planes con mayor frecuencia.

Como resultado de esos reveses, los guerrilleros desalentados empezaron a abandonar las zonas peligrosas y a buscar refugio en los poblados de Jordania, donde levantaban barricadas con la mayor arrogancia, sin molestarse siquiera en pedir permiso a las autoridades jordanas. Por simple distracción en las horas de ocio, disparaban sus armas sin ton ni son. Finalmente, en septiembre de 1970, cuando los palestinos parecían aprestarse a derribar al gobierno mismo de Jordania, el rey Hussein ordenó a su Ejército que persiguiera a los guerrilleros. Mataron más de 1000 y a la postre expulsaron al resto de Jordania. Fue un castigo demoledor, un septiembre negro, pues el O.L.P. perdía así el valle del Jordán, única frontera extensa a través de la cual se podía atacar a Israel.

Para Yasser Arafat, evidentemente, había llegado el momento de hacer algo que remediara la pérdida de impulso de *El Fatah* y de su popularidad personal. En tal situación, unos cuantos colegas suyos formaron un nuevo grupo, al parecer "independiente", aunque en realidad parte de *El Fatah*. Se llamó a esa facción "Septiembre Negro", banda de terroristas que asesinó al primer ministro jordano en el Cairo y perpetró la horripilante carnicería de atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich.

¿Segundo premio? Esas incursiones sanguinarias provocaron enormes titulares en la prensa mundial, mas no perjudicaban al principal enemigo, que era Israel. Esto deprimió a Arafat, que empezó a reconsiderar con algunos de sus principales lugartenientes los fines y los métodos de su lucha. El propósito original de *El Fatah* había sido remplazar a la nación judía por un "Estado democrático secular" que se llamaría Palestina y en el cual árabes y judíos disfrutarían de los mismos derechos. Así terminaría el predominio mayoritario de los judíos, y, junto con él, la actual nación de Israel.

El arreglo que Arafat comenzó a considerar posteriormente fue un Estado palestino, no en sustitución de Israel, sino al lado de él. Esa

nueva nación ocuparía principalmente los 5700 kilómetros cuadrados que Israel tomó de Jordania en 1967: la llamada Ribera Occidental. Es una región ondulada, de fincas de olivos, naranjos y verduras que da el sustento a unos 750.000 palestinos. Al no haber podido establecer por la fuerza un "Estado democrático secular" en todo Israel, los palestinos tendrían que conformarse con ese "segundo premio"... al menos por el momento.

Arafat tuvo que tomar con mucho tiento ese nuevo rumbo, pues la mayoría de los seguidores del O.L.P. se oponían enérgicamente a cualquier transacción. La guerra de octubre de 1973, desatada por Siria y Egipto, llevó la controversia a su culminación. Esa guerra tomó por sorpresa a Israel y al mundo entero, y también infundió nueva confianza en los árabes: Egipto recuperó parte del territorio que había perdido en la península del Sinaí. Arafat vio la oportunidad de aflojar el puño israelí en la Ribera Occidental; quería a toda costa evitar que esa región cayera nuevamente en manos del rey Hussein. Al redoblar sus esfuerzos para que el O.L.P. aceptara el minúsculo Estado palestino, Arafat arguyó: "Debemos enfrentarnos a la realidad. Nuestro propósito definitivo sigue siendo el mismo, pero quizá se encuentre todavía a medio siglo de distancia. ¿No daremos ningún paso hasta entonces?"

Después que se discutió la idea del "Estado en miniatura" en sesión plenaria del Consejo Nacional del O.L.P, en junio de 1974, Arafat salió triunfante: el Consejo resolvió apoyar la idea de un gobierno palestino "en cualquier parte liberada de Palestina". La frase fue cautelosa, pero, por vaga que fuera, permitió a Arafat intentar su "segundo premio".

Necesitaba por el momento convencer a los árabes y al mundo entero de que el legítimo heredero de la Ribera Occidental era el O.L.P. más que el rey Hussein de Jordania. El triunfo llegó cuando la Asamblea General de la ONU, por 105 votos contra cuatro, acordó invitar al O.L.P. a que participara en el debate sobre Palestina. Poco después, en noviembre de 1974, Yasser Arafat ocupó triunfante la tribuna de la Asamblea General, donde abogó por la causa de su pueblo. Los delegados de los países del Tercer Mundo le tributaron una ovación cerrada cuando declaró: "He venido con una rama de olivo y el fusil de los que combaten por la libertad. No permitáis que caiga de mi mano la rama de olivo". Desde entonces ha comenzado el viraje desde las tácticas terroristas hacia las tácticas políticas. Los árabes moderados han reducido discretamente el terrorismo durante el año pasado.

Sombría alternativa. Así pues, Yasser Arafat se ha acercado más a su meta. ¿Pero qué posibilidades existen realmente de formar un "mini-Estado" palestino? El gobierno de Israel se ha opuesto a esa idea, pues considera que no sería económicamente viable, y que daría a los

terroristas una magnífica oportunidad de atacar las ciudades más importantes del país. Preferiría devolver ese territorio al rey Hussein de Jordania, que inspira mayor confianza a los israelíes.

Sin embargo, los economistas palestinos creen que con un capital de mil a dos mil millones de dólares donados por los pudientes Estados petroleros árabes, y con la fuerza combinada de trabajadores especializados, constituida por la enorme comunidad de emigrados palestinos, se daría impulso a la nueva nación. Pero ese proyecto jamás prosperaría sin la garantía absoluta de respetar la integridad política y material de Israel. Arafat tendría que reconocer públicamente a Israel, renunciar al terrorismo y compartir la responsabilidad de contener a sus disidentes. A la postre, una federación jordano-palestina, bajo el dominio conjunto del rey Hussein y del O.L.P., quizá sea la única solución posible.

Naturalmente, el argumento más convincente en favor de alguna forma de Estado palestino es esta sombría alternativa: guerra y caos continuo. Pero si tanto el O.L.P. de Arafat como los israelíes empiezan a inclinarse a una transacción en el problema palestino, tal vez eviten una nueva racha de violencia, lo que posiblemente producirá un rayo de esperanza de paz entre los árabes y los judíos.

DESPUÉS de varias semanas de observar una rigurosa dieta, no me parecía haber adelgazado, por lo que decidí ensanchar mis vestidos. Los comentarios que entonces oí fueron estupendos. "Estás *adelgazando*", me dijeron mis amigas. "La ropa ya te queda grande". —J.W.

ESTÁBAMOS alojados en un hotel de primera durante una gira de *Chansionniers* (cancioneros satíricos) en Francia. Una noche, al regresar de un paseo por el centro de la ciudad, se nos ocurrió sacarle unos tornillos a la placa fijada a la puerta del retrete y atornillarla diestramente a la de la habitación vecina, donde uno de nuestros colegas estaba ya durmiendo.

Durante toda la noche nuestro pobre amigo fue molestado por gente que daba vuelta al picaporte sin poder abrir la puerta, se marchaba y luego volvía, exclamando más impaciente cada vez:

—¿Qué diablos hace usted ahí?

—¡Cómo que qué estoy haciendo aquí! ¿Qué cree usted? —respondía soñoliento nuestro amigo.

Un pasajero, furioso, al fin se puso a dar golpes en la puerta, preguntando a gritos:

—¿Qué demonios pasa ahí adentro? ¿Está usted durmiendo?

—Claro que estoy durmiendo. ¡Déjeme usted en paz! Ya bastante caro me está costando esto. —Jean Rigaux

Proverbio chino:

La vida comienza cuando cultivamos un jardín

POR JOHN KINGS

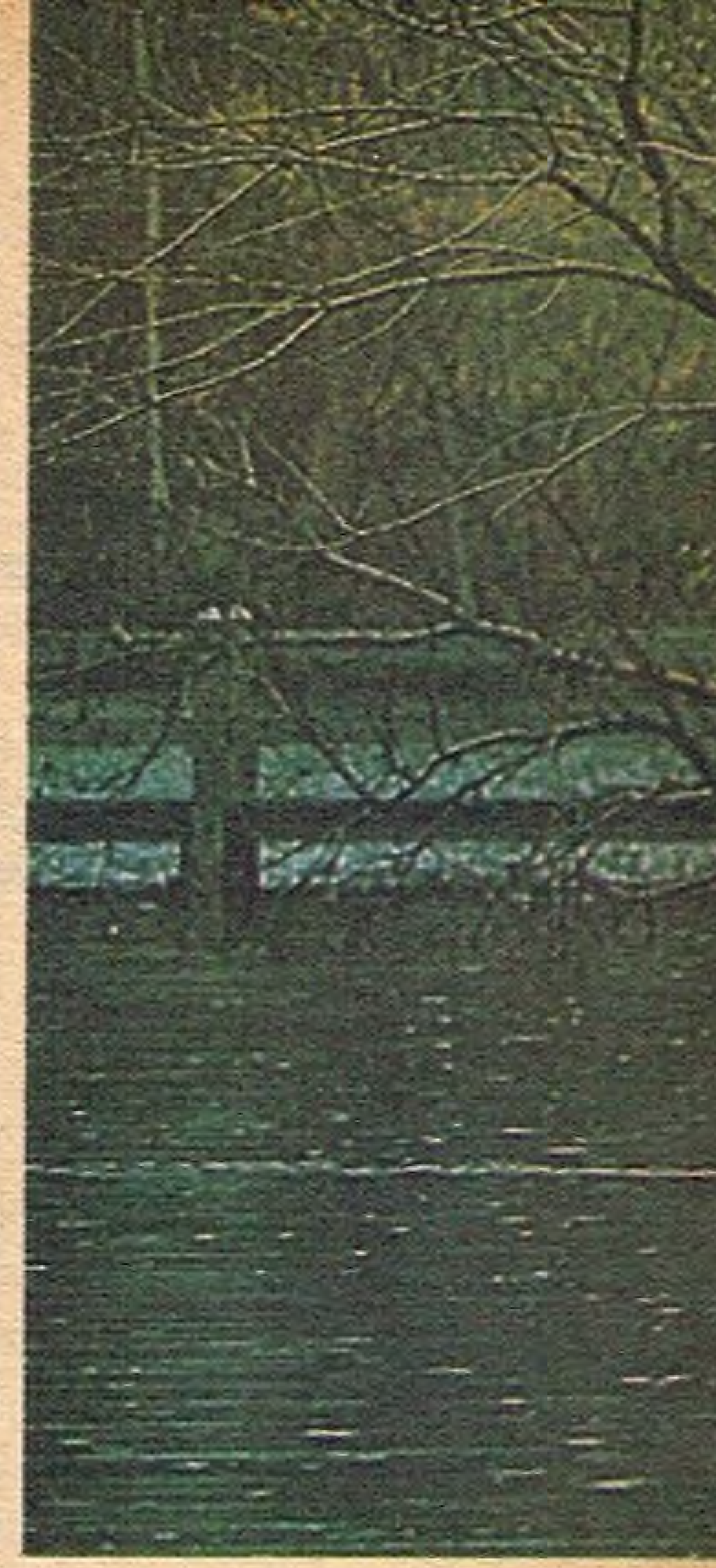
AL CUMPLIR Cason Callaway los 40 años de edad, ya había amasado una fortuna. No obstante, hasta que cedió la dirección de su vasto imperio algodonero, en 1938, no halló el máximo sentido a su vida.

Paseando cierto día por un apartado valle, al pie de la montaña del Pino, 120 km al sur de Atlanta (Georgia), Callaway cortó una flor para él desconocida. Su esposa Virginia, entusiasta horticultora por afición, reconoció en la flor un ejemplar de la rarísima *Rhododendron prunifolium* o azalea de hojas de ciruelo, exclusiva de aquella región y en peligro de extinguirse. Decidido a proteger esta azalea en su ambiente natural y para siempre, Cason adquirió en propiedad la tierra donde la había encontrado.

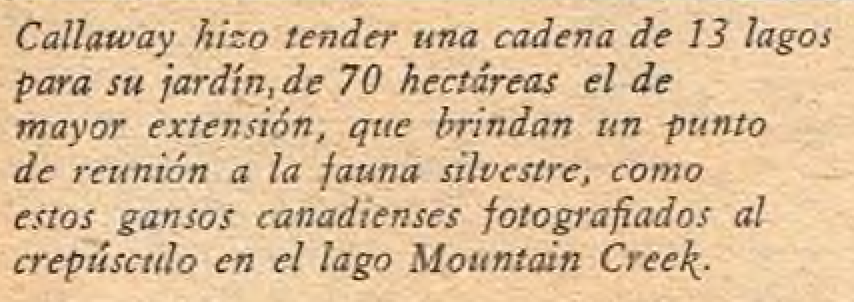
El abandono del hombre y varias generaciones de arrendatarios habían despojado a aquella buena tierra de Georgia de sus elementos nutricios. Resuelto a proteger las zonas verdes que aún quedaban en la montaña y a restaurar los campos extenuados, Callaway se propuso en 1950 dedicar el resto de su existencia a cultivar un jardín que sería "el más hermoso visto en el mundo desde que Adán era niño". Hoy casi un millón de personas visitan cada año el lugar para disfrutar de la vasta extensión boscosa, los prados cubiertos de césped aterciopelado, los campos de golf y otros servicios recreativos. Cason Callaway falleció en 1961, pero su apacible triunfo sobrevive bajo la solícita dirección de un equipo y la dulce influencia de Virginia Callaway.

En los jardines Callaway proliferan 600 especies de azaleas, entre ellas éstas, "Alegría navideña" y "Nieve" Kurume, que crecen en las orillas del lago Mockingbird.









Callaway hizo tender una cadena de 13 lagos para su jardín, de 70 hectáreas el de mayor extensión, que brindan un punto de reunión a la fauna silvestre, como estos gansos canadienses fotografiados al crepúsculo en el lago Mountain Creek.



Un ánade silvestre bajo una azalea Piedmont, a la vera de un sendero de flores rústicas, donde el lirio trucha, el de los bosques, la pajarilla, la flor cardenal y otras muchas tímidas especies tapizan el suelo del bosque.

Para las contadas ocasiones en que afuera hay pocas flores, los jardines Callaway ofrecen todo el año un espectáculo floral a lo largo de los senderos, como éste del gran invernadero.

Azalea de hojas de ciruelo, la rara flor que movió a Callaway a iniciar su jardín y que hoy crece aquí en abundancia.



El agua es una de las bendiciones del jardín Callaway, cuyo acervo aumenta cada año con 20.000 nuevas plantas que reciben seis veces más agua de la que proporcionaría la naturaleza en esta región.

Durante siglos nadie supo qué hacer con este metal, hoy tan útil.

Precioso y práctico platino

POR RONALD SCHILLER

SI EL lector es aficionado a los acertijos, trate de resolver éste: ¿Qué tienen en común empastes dentales, anillos de compromiso, gafas y tostadores eléctricos con la gasolina, las cortinas de fibra de vidrio y los abonos sintéticos?

Pues bien, todos los productos mencionados utilizan uno de los metales más caros y que reciben menos publicidad: el platino.

La mayoría de la gente supone que el platino se emplea ante todo en joyería. En realidad más del 75 por ciento de la producción mundial se aprovecha en la industria. Este metal ha aumentado las existencias y abaratado el costo de muchos alimentos, textiles y combustibles. Se utiliza en aviones, buques, utensilios eléctricos domésticos y computadoras. Sin él, el vehículo espacial Apolo no habría llegado a la Luna. La supervivencia de los enfermos cardiacos puede muy bien depender del platino, ya que es el metal común más aceptado como seguro para que forme parte de los minúsculos electrodos de los marcapasos.

Durante siglos nadie supo qué hacer con este mineral de fantástica aplicabilidad. Si bien los egipcios del siglo VII a. de J. C. lo utilizaban en ornamentos, y los sudamericanos prehistóricos hacían dijes con él, sólo en los tiempos modernos se descubrió la manera de refinarlo. Los españoles que andaban en busca de oro en los ríos de Colombia, generalmente desechaban las pepitas de platino cuando las encontraban. Los indígenas de la región lo consideraban "oro inmaduro", y lo volvían a arrojar al agua con la esperanza de que madurara y se tornara amarillo. En el siglo XIX los rusos acuñaban rublos de platino. En otros países su importación era un delito merecedor de la horca, porque, recubierto de oro, solía pasar por este metal. Pero hoy muchas industrias se paralizarían, o poco menos, si no lo pudieran conseguir.

Las cualidades que han elevado al antes postergado platino a la categoría de estrella de la tecnología son

CONDENSADO DE "MECHANIX ILLUSTRATED"

únicas, y hasta cierto punto contradictorias. Su resistencia a los ácidos volátiles y productos químicos es fenomenal, y tiene un índice de fundición astronómico: 1769° C. contra 1300° del acero. Por esta razón se puede utilizar en la fabricación de telas artificiales, como el rayón y la fibra de vidrio, cuyos hilos se obtienen haciendo pasar una mezcla fundida por orificios microscópicos abiertos en el platino. Casi todo el cristal óptico de alta calidad para gafas, lentes de cámaras y válvulas para televisión en color, se elabora en crisoles de platino, lo mismo que los cristales utilizados en los aparatos de láser. Cualquier otro material se desintegraría en poco tiempo por el intenso calor y la atmósfera corrosiva.

Combinado con algo de iridio o de rutenio, el platino se convierte en uno de los metales más duros que existen. En hojas de afeitar e instrumentos quirúrgicos proporciona los filos más delgados y duraderos conseguidos hasta la fecha. Sin embargo, puro es maleable y dúctil. Con sólo 28 gramos se podría hacer una lámina de 25 micras (.025 mm) de espesor lo bastante grande para cubrir un campo de tenis, o un filamento de 116 kilómetros de longitud y de finura casi invisible.

La posibilidad de sellar con este metal recipientes de vidrio al vacío fue lo que permitió a Edison perfeccionar la lámpara incandescente, y a Röntgen fabricar el aparato de rayos x. Los primeros ingenieros de la telefonía sin hilos lo usaron en las válvulas de radiorreceptores. Desde entonces se han encontrado sustitutos más baratos para estos fines, pero el platino no tiene todavía rival cuando se exigen ante todo seguridad y duración, como ocurre en los microcircuitos de computadoras de alta velocidad. Los imanes de platino y cobalto proporcionan energía para los relojes de pulsera más exactos y para instrumentos diminutos. Unos ánodos platinados dispuestos en el casco de acero de los navíos producen una corriente de bajo voltaje que mantiene la quilla y las tuberías de aspiración libres de la corrosión durante varios años e impide que se adhieran crustáceos y otros organismos marinos.

También la aviación es hoy más segura gracias al platino. Los accidentes que ocurrían a los primeros aviones de reacción cuando el encendido dejaba de funcionar en la frígida estratosfera, terminaron al inventarse dispositivos incandescentes de platino que permanecen al rojo vivo, encendiendo el combustible en cualquier condición.

Pero actualmente el platino tiene sus más vitales aplicaciones en los campos de la alimentación y la energía, donde desempeña su papel de "rey de los catalizadores". Prácticamente todo el ácido nítrico (ingrediente básico de los abonos sintéticos) se produce hoy combinando amoniaco y oxígeno sobre una fina tela de alambre de platino y rodio cuyo espesor es sólo un tercio del de un cabello. "Si todavía fabricáramos nitratos sin platino,

como lo hacíamos hace medio siglo, la producción sería tan escasa y el costo tan elevado que el número de hambrientos sería todavía mayor", dice un industrial.

Los químicos especializados en petróleo descubrieron hace 26 años que el platino también podía aumentar el rendimiento de la gasolina, y hoy el corazón de toda refinería es un aparato lleno de un material cerámico en forma de fideos revestidos de platino. El catalizador, al extraer hasta el último vestigio de energía del petróleo crudo vaporizado que pasa por él, eleva el octanaje hasta un 300 por ciento con un costo adicional de 25 centavos de dólar por cien litros.

Los purificadores catalíticos colocados en el tubo de escape de la mayoría de los nuevos automóviles norteamericanos funcionan basados en un principio muy semejante. Son recipientes de acero inoxidable que contienen bases de cerámica revestidas de una mezcla de platino y paladio, que convierten el monóxido de carbono y los hidrocarburos sin quemar en inofensivo anhídrido carbónico y vapor de agua.

Si bien cada purificador catalítico requiere sólo una pizca de platino, se necesitarán más de 15 millones de gramos únicamente para los automóviles que se venden anualmente en los Estados Unidos. Esto es casi igual al total utilizado actualmente en toda la industria norteamericana. ¿Será posible satisfacer la demanda?

En muy pocos lugares se encuentra platino en cantidad comercial, y en total se obtienen menos de 78 millones de gramos por año (poco más o menos dos tercios provienen de África del Sur, y un tercio de la Unión Soviética). Afortunadamente el metal es tan indestructible que más del 95 por ciento del platino empleado en crisoles, catalizadores y otros dispositivos desgastados se puede recuperar y aprovechar una y otra vez. Los economistas calculan que mediante esta recuperación del metal se puede satisfacer la mitad de las crecientes necesidades del mundo, y esperan que la mayor parte del resto se obtenga de algunos yacimientos de África del Sur y la Unión Soviética no explotados aún.

Se vislumbra ya otra estupenda innovación técnica que dará mayor ímpetu a la demanda mundial de platino: centrales eléctricas compuestas de células energéticas, que dentro de pocos años acaso proporcionen una buena parte de la energía requerida en el mundo.

El principio no es nuevo. En 1807 el científico inglés sir Humphry Davy descubrió que el platino finamente dividido, expuesto a la acción del oxígeno y del hidrógeno, producía calor sin combustión ni llama. Treinta años más tarde se vio que la misma técnica generaba una corriente eléctrica. Las enormes posibilidades del fenómeno comenzaron a apreciarse sólo cuando la Administración de Aeronáutica y del Espacio de los Estados Unidos empleó pequeñas células energéticas para proporcionar electricidad al

Géminis y al Apolo, naves espaciales tripuladas.

Debido a la escasez de energía, los técnicos se apresuran ahora a preparar células en escala comercial. Ya se ofrece una unidad de 15 vatios, aproximadamente del tamaño y peso de un cartapacio, que proporciona bastante electricidad para faros aeronáuticos y boyas marítimas luminosas.

Hay en proyecto unidades mucho mayores, desde generadores del tamaño de una caldera de calefacción doméstica para edificios de apartamentos y centros comerciales hasta otros de 5,50 metros de altura, capaces de satisfacer las necesidades de una localidad de 20.000 personas.

El concepto de la célula energética es asombrosamente simple: consta de poco más de una pila de finas obleas de plástico o de papel carbón cubiertas con polvillo de platino. El propano entubado, gas natural, queroseno vaporizado o gasolina proporcionan el hidrógeno para la reacción. El oxígeno se toma del aire. Cuando los gases pasan sobre los catalizadores de platino de las obleas, producen una corriente eléctrica que circula por conductores ordinarios. No hay tolerancias precisas de que preocuparse, ni piezas móviles, salvo un ventilador para impulsar el aire.

Los dispositivos son virtualmente silenciosos y sin vibraciones, emiten escaso calor y no contaminan el ambiente, pues los escapes sólo despiden inocuo bióxido de carbono, agua y aire. Funcionarán durante varios años sin mantenimiento, proporcionando electricidad en cualquier parte. Y lo mejor de todo es la economía de su operación: puesto que no se usan turbinas, vástagos ni ruedas que rocen, como en los sistemas generadores actuales, que desperdician de un 60 a un 80 por ciento de la energía del combustible, las células pueden producir un tercio más de electricidad por unidad de combustible utilizado.

Se ha presentado otra interesante posibilidad para el uso del platino, en el campo de la medicina. En 1970 los biofísicos Barnett Rosenberg y Loretta Van Camp, de la Universidad del Estado de Michigan, descubrieron que las inyecciones de un compuesto de platino inhibían los tumores malignos en ratas y ratones, y a veces los curaban por completo. Ciertas pruebas hechas en unos 40 hospitales ingleses y norteamericanos han demostrado que se obtienen efectos beneficiosos en algunos casos de cánceres humanos, especialmente en tumores duros de las vías genitourinarias y en algunos tipos de leucemia. Puesto que esta preparación en particular no da buenos resultados con todos los enfermos, y pudiera causar reacciones tóxicas en los riñones, se están probando otros compuestos de platino para hallar alguno que cure sin provocar indeseables efectos secundarios.

Pero, según Rosenberg, "pocas sustancias prometen tanto como el platino". No está mal para un metal que antes se desechaba por inútil.

Vista de cerca del rastro encontrado en diciembre de 1972 a 3650 metros de altitud



EDWARD CRONIN, HIJO

POR EDWARD CRONIN, HIJO

Tras el rastro del abominable hombre de las nieves

Un hombre de ciencia volvió del Himalaya convencido de que esta criatura existe realmente

TODOS los años nos llegan del Himalaya, como un alud, relatos sobre el *yeti*, popularmente conocido por el abominable hombre de las nieves: monstruoso hombre-mono que vaga por aquellas ingentes montañas. Declaraciones de testigos oculares, fotografías y moldes de yeso de las huellas de la criatura se acumulan en una masa de confusas informaciones.

¿Por qué interesa tanto la hipotética existencia del *yeti?* En parte, el interés se puede atribuir a la misma confusión y al misterio que rodea a la bestia. En una época en que la ciencia, con despiadada tenacidad, ha resuelto tantos enigmas de la vida, hay uno que no se puede aclarar fácilmente. Para muchos, el *yeti* es una simbólica piedra que lanzar a la ciencia. "Un enorme hombre-

CONDENSADO DE "THE ATLANTIC MONTHLY" (NOVIEMBRE DE 1975). EL MATERIAL DE ESTE ARTÍCULO SE ADAPTÓ DEL LIBRO DEL AUTOR, "ARUN VALLEY JOURNAL", DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN.

mono vive en nuestro congestionado planeta, ¡y ni siquiera lo podemos encontrar!" proclaman con entusiasmo sus creyentes.

También proviene el interés de la criatura misma, que puede ser nuestro pariente cercano, sobreviviente de un pasado distante y olvidado. El *yeti* podría resultar el descubrimiento zoológico y antropológico más significativo del siglo, y ofrecernos la posibilidad de establecer comparaciones con nuestro propio desarrollo, comportamiento y sociedad prehistórica.

De 1972 a 1974 estuve en la cordillera del Himalaya como jefe de una expedición encargada de estudiar la vida silvestre y llevar a cabo el primer reconocimiento ecológico del remoto valle de Arun, en el extremo oriente de Nepal. El de Arun es uno de los valles fluviales más profundos del mundo, aislado refugio de la flora y fauna salvajes, situado entre los inmensos macizos del Everest y el Kanchenjunga, primero y tercero entre los picos más altos de la Tierra. Antes de nuestra expedición el valle estaba relativamente inexplorado, por su áspera topografía, su inaccesibilidad y su densa vegetación. Su fauna y flora no se estudiaron críticamente.

Huellas en el hielo. De esta región se han estado recibiendo noticias sobre el *yeti* desde hace unos 200 años. Los aldeanos cuentan historias acerca de él que datan de varias generaciones, y algunos afirman haberlo visto recientemente. El primer occidental que publicó una información sobre el *yeti* fue B. H. Hodgson, en 1832. De entonces acá más de 40 occidentales, incluyendo individuos de sólida reputación, han afirmado haber visto al *yeti* o sus huellas.

Los informes de testigos oculares, que concuerdan notablemente entre sí, nos lo describen en detalle: Es una criatura corpulenta, parecida por su forma a un mono antropoide, de 1,65 a 1,80 metros de estatura, cubierta de pelo corto, áspero, de un color que va del pardo-rojizo al negro, y a veces con manchas blancas en el pecho. El pelo es más largo en los hombros. El *yeti* tiene el rostro lampiño y más bien plano, la mandíbula robusta, los dientes muy grandes, la boca ancha. La cabeza termina en punta y los largos brazos le llegan casi hasta las rodillas. Los hombros son pesados y encorvados. No tiene cola.

Que en realidad haya quienes lo han visto, es cuestión de fe; pero las fotografías de sus huellas suministran datos concretos. El descubrimiento más notable de tales huellas lo hicieron Eric Shipton y Michael Ward en 1951. Las encontraron en una delgada capa de nieve en polvo sobre hielo bien firme, lo cual indicaba que tenía poco desgaste o deshielo. Las fotografías que tomaron son excepcionalmente claras y precisas, y muestran un pie de unos 32 centímetros de longitud por 13 de anchura, con el talón casi tan ancho como la parte anterior del pie. No se observa el arco que es conspicuo en el hombre. El dedo gordo es


DR. HOWARD EMERY

El autor examina las presuntas huellas del yeti *cerca del campamento de la expedición*

muchos investigadores en una área relativamente pequeña? Nuestros hallazgos parecen indicar que tal criatura no habita en las inhóspitas nieves, sino que, como los montañeses que han descubierto sus huellas, utiliza los pasos nevados para ir de un valle a otro. Preferiría las zonas de altitud media, donde densos bosques de robles, magnolias, rododendros, abetos, alisos y hayas, entre otros árboles, le suministrarían una increíble diversidad y abundancia de plantas, y también un lugar donde ocultarse. Y allí tiene otros escondites: las muchas quebradas y cañones de la región, los riscos, las cuevas en las rocas y la multitud de vertientes del sistema orográfico.

muy grande, el segundo es el más largo y relativamente delgado; los otros tres, cortos y regordetes. Parece que anda en dos pies y no en cuatro.

Escondites. Todo ser actualmente vivo debe tener antecesores, y puede que los del *yeti* se encuentren entre las formas fósiles de monos ya conocidas. El tamaño y la estructura de uno de estos fósiles en particular (el gigantopiteco) permiten considerarlo como un posible antecesor, porque se parece mucho a las descripciones del *yeti* hechas por los testigos oculares. En las estribaciones del Himalaya se han encontrado restos del gigantopiteco, no lejos de donde muchas veces se ha visto al *yeti* en los tiempos modernos.

¿Pero cómo ha podido un primate del tamaño del yeti-gigantopiteco eludir durante tanto tiempo a sus

Aumenta la dificultad del descubrimiento el hecho de que el *yeti* quizá sea nocturno. Lo mismo que otros muchos mamíferos grandes que sufren por la perturbación de los bosques a manos del hombre, quizá ha desarrollado el hábito de esconderse y dormir de día, y andar y comer de noche.

Así pues, la suma total de indicios hace pensar que no hay razón alguna, paleontológica, zoológica ni ecológica, para afirmar que no existe en el Himalaya un antropoide desconocido. Por el contrario, disponemos ya de suficientes datos sig-

nificativos para justificar una más cuidadosa investigación.

Encuentro personal. En diciembre de 1972 el Dr. Howard Emery, médico de la expedición, y yo hicimos nuestra primera exploración en zonas de gran altitud en torno a la montaña Kongmaa La para investigar las condiciones de invierno del ecosistema. El día 17 de ese mes, acompañados por dos ayudantes *sherpas,* llegamos a una alta collada, en la cual se extendía a casi 3700 metros de altitud una depresión llana cubierta de nieve firme, buen lugar para establecer nuestro campamento. El espacio era pequeño, de menos de 2000 metros cuadrados, pero formaba un campo de nieve virgen, donde no había dejado huellas ningún animal.

A una y otra parte de la collada caían las laderas en precipicios de varios centenares de metros de profundidad. Armamos dos tiendas de campaña, cenamos en torno a una fogata y nos acostamos apenas oscureció. La noche era tranquila.

Poco antes de amanecer salió el Dr. Emery de nuestra tienda y nos llamó con gran excitación. Mientras dormíamos, alguna criatura había pasado precisamente entre nuestras tiendas. Sin vacilar, los *sherpas* identificaron las huellas como propias del *yeti.*

Inmediatamente hicimos un registro fotográfico completo de las huellas, antes de que el sol las tocara, y más tarde moldes de yeso. Pusimos en ello especial atención para asegurarnos de que no fueran un engaño de nuestros *sherpas.* Como ocurrió a Shipton en 1951, encontramos que la superficie era nieve en polvo, excelente para registrar el rastro en detalle. Cada huella medía unos 23 centímetros de largo por 12 de ancho. El paso o distancia entre dos pisadas consecutivas era asombrosamente corto: a veces menos de 30 centímetros, y parecía que la criatura se había movido con paso lento y cauteloso. Nos impresionó la gran semejanza de estas huellas con las que encontró Shipton.

Por la dirección de los dedos de los pies, deduje que la criatura había subido por la falda norte. Investigué primero estas huellas siguiendo el rastro ladera abajo. La nieve era muy profunda y las huellas estaban formadas por grandes agujeros que mostraban pocos detalles. Descendí algunos centenares de metros, pero la densa capa de nieve me impedía andar, de manera que me vi obligado a regresar a lo alto de la loma. Nuestro visitante tiene que haber sido excepcionalmente vigoroso para ascender por aquella cuesta en tales condiciones. Ningún humano hubiera podido recorrer durante la noche la extensión cubierta por las pisadas que alcanzaba yo a divisar desde la cumbre.

Desde nuestro campamento el rastro continuaba hasta la vertiente sur, pero allí el sol ya había derretido la mayor parte de la nieve y era difícil seguirlo. Anduvimos un poco más adelante por la cordillera y descubrimos lo que parecían ser huellas de la misma criatura, que

volvían a la cima y la cruzaban en uno y otro sentido varias veces. Luego el rastro descendía de nuevo hasta la ladera sur, donde finalmente lo perdimos en la roca viva y entre los matorrales. Durante las 72 horas siguientes vigilamos de día y de noche, pero no volvió el *yeti*.

Mayor conocimiento. Varios aspectos de este incidente dan una valiosa información adicional:

1. Las circunstancias eliminan la hipótesis de algunos escépticos, de que todas las huellas de *yeti* son función del deshielo causado por el sol o de la erosión producida por el viento. Nosotros las fotografiamos antes de que saliera el Sol. Sabíamos que el viento no las había afectado, porque una comparación de nuestras propias huellas hechas en la mañana del 18 con las que dejamos el día 17 mostraba poca deformación o ninguna.

2. Durante la expedición nos esforzamos especialmente en examinar todas las huellas de mamíferos grandes que encontramos en la nieve. Como biólogos profesionales, con larga experiencia en el Himalaya, creemos imposible que las encontradas entre las tiendas hayan sido producidas por cualquier mamífero normal conocido.

3. Las huellas apoyan la hipótesis de que los diversos informes sobre el *yeti* se refieren a una misma especie animal. Son parecidas a las fotografiadas por Shipton y sólo difieren en ser más pequeñas, lo que podría indicar un ejemplar joven o una hembra de *yeti*.

4. Las circunstancias apoyan la hipótesis de que el *yeti* es nocturno; y mostró curiosidad, puesto que se desvió a lo largo de la cordillera para entrar en nuestro campamento.

5. El rastro refuerza la suposición de que el *yeti* vive en las regiones boscosas. Venía de un valle abundante en espesos bosques, y en vez de seguir en la dirección de los campos de nieve a mayores altitudes, cruzaba la collada y parecía continuar bajando hacia el bosque.

BASÁNDOME en tal suceso, creo que actualmente hay una criatura viva en el Himalaya que plantea un legítimo interrogante zoológico. Posiblemente se trata de una especie conocida en condición deformada o anormal, aun cuando los indicios hacen pensar en una nueva forma de primate bípedo. O quizá una vieja forma: una forma que el hombre en otro tiempo conoció y con la cual compitió, y a la cual obligó al fin a buscar refugio en la soledad de la cordillera del Himalaya.

Aun cuando me intriga el *yeti*, me entristecería profundamente que lo capturaran. Ganaríamos otra posesión, otro ejemplar que exhibir en el mundo de hormigón del parque zoológico, otro nombre latino que anotar en nuestros libros científicos. Pero, ¿cuál sería la suerte de esa criatura salvaje que hoy vaga libre por los bosques del Himalaya? Cada vez que el hombre afirma su dominio sobre la naturaleza, gana algo en conocimientos, pero pierde no poco en lo que atañe al espíritu.

"No basta el amor"

Nuestra hija era inteligente, cariñosa, popular, bien vista de todos; en fin, a nuestro juicio era una criatura "perfecta". Pero una noche terrible trató de quitarse la vida.

Por Margaret Stern Mattisson

INSTALADOS en la tercera fila del auditorio, Mike (mi esposo) y yo esperamos oír llamar a Katie, nuestra hija, que se gradúa. Mike me oprime la mano, sonriendo. Ambos nos sentimos tan orgullosos como reconocidos a la vida. Hubo un tiempo en que no me habría cruzado por la imaginación que Katie se titulara en la universidad. Viene a mí el recuerdo de esa época...

EL ENSAYO general de la ópera inglesa que presentaría nuestra parroquia iba muy adelantado. Yo formaba parte del coro, y ese día, luciendo mi tieso vestido de seda rosa estilo imperio, aguardaba con otras nueve señoras, todas amas de casa que nos habíamos ofrecido como voluntarias para cantar en aquella obra, cuya representación se preparaba con fines benéficos. En eso entró una de las secretarias de la parroquia, me hizo una señal para atraerme la atención y, moviendo apenas los labios, me dijo: "Teléfono". Me dirigí a su oficina, cierta de que sería Mike para decirme que iba a trabajar horas extraordinarias, o Joe, nuestro primogénito, que estudiaba en la universidad, o bien Jimmy, retenido tal vez por sus prácticas de fútbol, o si no Katie, nuestra concienzuda hija de 16 años de edad, para preguntarme qué debía sacar del refrigerador para disponer la cena.

—¿Sí? —inquirí al teléfono, sin obtener respuesta— Diga —insistí; y escuché una voz débil, apagada:

—Ven a casa, mamá.

—¿Qué sucede? —exclamé.

—Ven en seguida... Te lo ruego.

Con dificultad reconocí la voz de Katie, que no dijo más.

—Ya voy hija... Pero, ¿de qué se trata? ¿Qué ocurre?

—Tomé unas tabletas somníferas... Tabletas... somní...

Oí que el teléfono caía al suelo. Y fue todo.

Pasó un momento fugaz, espantoso, durante el cual no me moví,

paralizada por el miedo. Luego empecé a hurgar en mi bolsa en busca de las llaves del automóvil. Por fin conseguí decirle a la secretaria: "Por favor, pida usted una ambulancia que vaya a mi casa. Encárguele que lleve a Katie al hospital". Y corrí a tomar el coche.

Llegué al hospital inmediatamente después que la ambulancia. Me dijeron que no podía ver a mi hija.

Temblando de miedo llamé a la oficina de mi marido. Con voz ahogada le pedí: "¡Ven en seguida al hospital, Mike! A Katie le pasa algo terrible". Y por primera vez rompí en sollozos.

La enfermera de la oficina de recepción me quitó el teléfono de la mano y me condujo hasta una salita de espera, desde la cual podía ver la puerta de la habitación donde estaba Katie. Yo vestía aún mi traje de época, pero eso me tenía sin cuidado.

A medida que trascurrían los lentos minutos me iba percatando de la realidad. Mi hija había ingerido tabletas somníferas. *Tabletas somníferas*. Y de propósito. Cierta palabra tomaba forma en mi pensamiento. Trataba de desecharla, pero me daba vueltas en la cabeza y no conseguía descartarla. *Suicidio*. ¡Katie había intentado suicidarse! No, no, Katie sería incapaz de eso. ¡Imposible!

Era la niña más querida en el mundo y esperamos su nacimiento con especial ternura; era una criatura perfecta, fuente de orgullo y gozo para nosotros. Tenía el pelo rizado del color de la miel y ojos de azul celeste. Encantaba a sus maestras desde el día en que ingresó en la escuela de párvulos, aunque a veces nos parecía que la ensalzaban algo más de la cuenta. Cuando otros chicos incurrían en la caprichosa conducta propia de los inicios de la adolescencia y que tanto confunde a los padres, Katie jamás dejó de ser nuestra alegría. No reía maliciosamente hablando con sus amigas de temas sexuales, ni corría detrás de los muchachos; nunca se adueñaba de nada en las tiendas, ni fumaba mariguana. Todos los años ocupaba un sitio de honor en su clase, y tres años seguidos obtuvo el trofeo extraordinario de civismo.

Mike y yo jamás la empujamos a destacar en lo que hacía; destacaba por propio impulso. Obtenía excelentes calificaciones y por lo general figuraba en el cuadro de honor; tocaba el piano, escribía versos y cumplía puntualmente sus tareas escolares. ¡La adorábamos de modo entrañable!

Vino a romper el hilo de mis recuerdos la ansiosa llegada de Mike al hospital. Corrí a su encuentro y nos tomamos de las manos con fuerza. En ese momento un médico abrió la puerta de la habitación de Katie. Pudimos distinguir, tendida sobre una mesa de operaciones, la forma inmóvil de nuestra hija cubierta con una sábana. Tenía tubos metidos por todo el cuerpo, parecidos a los cables de un conmutador telefónico. El médico se nos acercó. Habían aplicado a Katie una bom-

ba estomacal, nos dijo. Aún seguía inconsciente, pero saldría bien del paso. Uno de nosotros tendría que permanecer a su lado. Mike y yo asentimos con un movimiento de cabeza, seguros de que ambos nos quedaríamos.

—¿Conocen ustedes algún siquiatra? —nos preguntó el facultativo.

Mi marido y yo cambiamos una mirada incrédula, y él repuso:

—No conocemos ninguno.

—Entonces les mandaré al siquiatra de planta —añadió con naturalidad el médico—. Pasen ustedes al cuarto de su hija. Quizá nos cause problemas cuando despierte.

Katie estaba ya acostada sobre una cama angosta. Mike tomó asiento a los pies de la cama, y yo a la cabecera. Cogí la mano de mi hija: fría, insensible. Pasó una hora. Dos horas. Una muda interrogación se cruzaba perturbadoramente entre mi esposo y yo: *¿Por qué?*

¿Por qué, en efecto? Katie era una chica muy buena, afortunada; gozaba del cariño de todos; se entendía a la perfección con sus amigos y maestros, con sus hermanos, e incluso (¡maravilla de maravillas!) con sus padres. Entonces, ¿por qué había hecho eso?

No cabía respuesta a tal pregunta.

Habíamos perdido ya toda idea del tiempo cuando Katie empezó a gemir. A medida que aumentaban sus gemidos, principió a agitarse de un lado a otro.

"Katie", murmuré, "somos tus padres. Aquí estamos los dos". Sus quejidos aumentaron; los labios trataban de formar palabras; todo su cuerpo se sacudía con violencia.

Le limpié el sudor de la frente y apoyé el rostro contra una de sus mejillas. "Aquí estamos, mamá y..." Antes de que pudiera terminar la frase, le saltó de la boca un torrente de epítetos que me obligó a volver a mi asiento tambaleándome, atontada. Katie nunca había hablado así.

Mike salió a buscar a la enfermera y no tardó en volver con ella, que traía unas correas de color gris semejantes a los cinturones de la milicia. Ató en seguida las muñecas y los tobillos de Katie, con calma, sin decir palabra. La niña jadeaba, luchando contra tales trabas, tenso y contraído el semblante, y arqueaba la espalda en sus esfuerzos para librarse de sus ataduras. La enfermera pasó un lienzo húmedo por las mejillas de mi hija, que le tiró una dentellada como un animal furioso y le mordió la muñeca. Y luego soltó un nuevo torrente de maldiciones.

Así trascurrió la noche. Katie descansaba en períodos breves, pero tenía otros, más largos, en que se retorcía, se agitaba, chillaba y escupía por la boca el odio que la devoraba. Cuando llegó un interno que le desató los brazos para examinarla, ella le asestó un puñetazo que lo hizo sangrar por la nariz. Y de un puntapié le arrancó los anteojos a otra enfermera que vino a cambiar las sábanas de la cama. Por fin, alrededor de las 6 de la mañana, se quedó dormida.

Cuando despertó, más entrada la mañana, intentó hablar, pero tenía la boca demasiado seca. Le llevé a los labios un vaso de agua y en seguida le solté las correas que la sujetaban. Katie sonrió. Mike y yo nos volvimos uno hacia el otro haciendo un esfuerzo para reprimir las lágrimas.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

—En el hospital —le respondió su padre.

Katie se frotaba las magulladuras de las muñecas.

—Soñé... Creí soñar —y se interrumpió fruncido el rostro por la confusión—... No puedo creer... todas esas cosas... Me parece recordar... Odiaba a todo el mundo... cuanto hay...

—¿A nosotros también, Katie? —le preguntó Mike— ¿A nosotros más que a nadie?

—No. Más que nada, a mí misma —respondió, y cerró los ojos.

Poco más tarde se presentó el Dr. Mathews, siquiatra de planta. Nos pidió a mi marido y a mí que abandonáramos la habitación y él permaneció con la chica durante una hora. Cuando salió, nos condujo hasta un despachito.

—Katie es una joven bastante perturbada —nos dijo—. No tiene muy buena opinión de su persona. Por eso tomó los narcóticos.

—Es que... es una muchacha magnífica —repliqué en actitud defensiva—. Siempre lo ha sido. Y tiene que estar consciente de ello.

El Dr. Mathews no se alteró.

—Ella sabía que ustedes la juzgaban así y se esforzaba en serlo; se creía obligada a ser como la suponían. Eso es lo que anoche quiso decirnos con su arrebato.

—¿Por qué de ese modo? —inquirí— ¿Por qué no nos lo dijo antes con franqueza? Nada nos ocultábamos.

—No quería desengañarlos... No quería que nadie descubriera que no era tan encantadora como la suponían. Bien saben ustedes que todos aspiramos a hacernos querer, y ella creía que su buena conducta le ganaba el afecto de los demás... incluso el de sus padres. Se imagina estar privada de individualidad, así que no le importa morir. Y eso es lo que ahora me preocupa.

—Entonces, ¿podría intentar lo mismo otra vez, doctor? —le preguntó mi esposo.

—Precisamente. Por eso quisiera mandarla a un hospital de siquiatría durante algún tiempo.

Mike y el Dr. Mathews seguían hablando, pero yo no los escuchaba ya. La mente se me nubló. Volví al fin a la realidad, aturdida, incrédula, y oí que él y mi marido acordaban a qué hospital debería ir Katie.

—Comprenderá usted que el caso de su hija no es el primero —decía el Dr. Mathews—. Allí estarán ya otros jóvenes—. Dejó su mesa de trabajo se acercó a nosotros y añadió—: Katie los adora, les aseguro.

—Nosotros la hemos idolatrado siempre —repuso Mike.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué hizo esto? —inquirí, suplicante.

—No basta el amor. Nadie puede existir como reflejo del amor ajeno. Todos necesitamos una personalidad propia —siguió un largo silencio—. Y Katie la tendrá también.

Regresamos al cuarto de nuestra hija: acostada boca arriba, tenía vuelta la cabeza y la cabellera tendida sobre la almohada. Exteriormente mostraba aspecto tranquilo... el que siempre creímos conocer en ella. En lo íntimo de su ser (adonde nuestra mirada no había penetrado nunca) se agitaban el rencor y la repugnancia de sí misma, ceñidos por la imagen de nuestro cariño tan dolorosamente como las muñecas que tuvo atadas durante la noche.

Katie estuvo cinco meses en el hospital. Ese año no asistió a la escuela, y resolvió no regresar tampoco en el otoño. En vez de ello se buscó un empleo de dependiente en una tienda de la ciudad. Mike y yo nada decíamos; estábamos aprendiendo a comprender.

Llegado diciembre, se sintió en buenas condiciones. Volvió a la escuela preparatoria y un año y medio después terminó sus estudios. En septiembre de ese mismo año ingresó en la universidad.

Mike se vuelve a mirarme y me da una palmada en la mano. Acaban de anunciar el nombre de Katie. Mientras llega hasta el estrado, el maestro de ceremonias da a conocer los logros de nuestra hija: se le otorga el título de bachiller *magna cum laude,* y ha sido elegida para ingresar en la sociedad académica más distinguida de la nación. Katie nos descubre con los ojos al volver a su sitio. Sonríe y se encoge levemente de hombros.

Terminado el acto, todo el mundo viene a felicitarnos. Mike y yo sonreímos y damos las gracias cortésmente. Sólo él, Katie y yo sabemos que en el fondo de aquel rito dictado por la educación está la verdadera gratitud que sentimos: la de algo que nuestra hija ganó por su gran esfuerzo y que está muy por encima de los honores recibidos al graduarse. Por la lucha que ha reñido, Katie tiene ya su recompensa.

Su propia personalidad.

Invitaciones irresistibles

Los socios de cierto club recibieron una carta en que se anunciaba la fecha, hora y propósitos de la próxima reunión. También se daban las señas para llegar a él desde el sur. "Si usted viene del norte", decía una posdata explicativa, "le bastará volver esta carta de cabeza y leer así las señas". —F.W.

En una invitación para un baile a la antigua que iba a celebrarse en cierta comunidad rural, se advertía: "El que no esté dispuesto a divertirse, que no venga". —J.H.R.

Enriquezca su vocabulario®



POR CARLOS F. MACHALE,
catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología.

EN ESTOS tiempos de dura lucha por la vida no basta ya que la persona sociable sepa contar, leer y escribir. Bueno es, indiscutiblemente, conocer algunos de los importantes idiomas extranjeros, pero primero es necesario saber bien el propio. A su mejor conocimiento tienden estos ejercicios mensuales que ofrecemos a nuestros lectores. En la página siguiente se le dirá si es correcta o no la elección que haga al considerar las palabras de abajo.

1) **arrimo** — A: muralla. B: amparo. C: guardia. D: soporte.

2) **bochorno** — A: calor sofocante. B: boato. C: hurón. D: bohordo.

3) **buril** — A: parte del escudo. B: cierto punzón. C: color rojizo. D: especie de lima.

4) **cañariego** — A: que va con el ganado. B: que trabaja en un cañaveral. C: que vive en una cañada. D: que cultiva cañamones.

5) **chistera** — A: burla. B: majo. C: chiste. D: sombrero.

6) **doblar** — A: aumentar. B: tocar a muerto. C: exagerar. D: fenecer.

7) **epónimo** — A: que es rico. B: que da nombre. C: que lo sabe todo. D: que ejerce autoridad imaginaria.

8) **góndola** — A: gola sin almidonar. B: cierta embarcación. C: gorra. D: tranvía.

9) **hacer buena una cosa** — A: pagarla. B: verla. C: probarla. D: no desmentirla.

10) **inercia** — A: envidia. B: inacción. C: vigilia. D: insidia.

11) **lamprea** — A: lona. B: lápida. C: loa. D: pez.

12) **obnubilarse** — A: sobreseerse. B: ofuscarse. C: perfilarse. D: entenebrecerse.

13) **pilar** — A: cernir. B: cortar. C: cerner. D: descascarar.

14) **quinqué** — A: tubo. B: luz. C: lámpara. D: farol.

15) **rapaz** — A: rorro. B: pícaro. C: rapé. D: muchacho.

16) **salmodia** — A: guiso de salmón. B: canto. C: mujer sabia. D: salsa.

17) **terciar** — A: poner en tercer lugar. B: hacer tercetos. C: poner atravesado. D: tropezar.

18) **tópico** — A: tema importante. B: lugar común. C: tópica. D: purgante.

19) **ungir** — A: signar. B: unir. C: asolar. D: usucapir.

20) **zumaya** — A: árbol. B: ave nocturna. C: hierba. D: cesto.

Respuestas a

"ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **arrimo** — B: amparo, protección. "Decís que muy temprano quedasteis sin *arrimo*". (J. Vicuña Cifuentes)
2) **bochorno** — A: calor sofocante, aire muy caliente. "Las plantas tienen, tras el *bochorno* de la tarde, el rocío de la noche". (Constancio C. Vigil)
3) **buril** — B: punzón, instrumento agudo que usan los grabadores. "Tanta maravilla rara / que el *buril* / de artista ignorado y pobre / graba en sándalo o en cobre / o en marfil". (Julián del Casal)
4) **cañariego** — A: que va con el ganado trashumante. "Los zagales *cañariegos* / dan al aire su tonada". (Enrique de Mesa)
5) **chistera** — D: sombrero de copa alta. "Luego, una *chistera* pequeña, como de amazona". (Luis Bonafoux)
6) **doblar** — B: tocar las campanas a muerto. "¿Por quién *doblan* y se quejan y suplican las campanas?" (J. Santos Chocano)
7) **epónimo** — B: que da nombre a un pueblo, período, época, etcétera. "Cervantes es justo *epónimo* de nuestra lengua". (Fernando Lázaro)
8) **góndola** — B: embarcación de recreo usada principalmente en los canales de Venecia. "Azul *góndola* rauda, conducida / por blancos cisnes de sedosas plumas". (Julián del Casal)
9) **hacer buena una cosa** — C: probarla, justificarla. "... y os lo *haré bueno* en el campo / cuerpo a cuerpo y lanza a lanza". (Moratín, padre)
10) **inercia** — B: inacción. "La *inercia* frente a la vida es cobardía". (José Ingenieros)
11) **lamprea** — D: pez ciclóstomo, comestible, que vive asido a las peñas. "Don Pedro sabía hasta seis recetas para adobar la *lamprea*". (Luis Moure Mariño)
12) **obnubilarse** — B: ofuscarse (también nublarse la vista) "... esa fe en la razón vacila, se *obnubila*". (José Ortega y Gasset)
13) **pilar** — D: descascarar los granos en el pilón. "Cerca dos esclavos *pilaban* maíz con movimientos acompasados". (Arturo Uslar Pietri)
14) **quinqué** — C: especie de lámpara con tubo de cristal. "... ahumaba un *quinqué* que tenía el tubo roto". (Valle Inclán)
15) **rapaz** — D: muchacho. "Yo era *rapaz* / y conocía la O por lo redondo". (R. López Velarde)
16) **salmodia** — B: canto monótono. No se diga *salmodía.* "En la selva agitada se oían extrañas *salmodias*". (R. Jaimes Freyre)
17) **terciar** — C: poner una cosa atravesada diagonalmente. "Braulio, la escopeta *terciada,* vadeó el raudal". (Jorge Isaacs)
18) **tópico** — B: lugar común; expresión vulgar o trivial. "Es necesario hacer la guerra al *tópico*". (J. J. López Ibor)
19) **ungir** — A: signar con óleo sagrado. Figuradamente: "*Ungido* para el bien, se irguió en la vida". (Salomé Ureña de Henríquez)
20) **zumaya** — B: búho, lechuza. "¡Cómo canta la *zumaya!* / ¡Ay, cómo canta en el árbol!" (Federico García Lorca)

Calificación

20 respuestas acertadas ... sobresaliente

15 a 19 acertadas .... notable

12 a 14 acertadas .... bueno

9 a 11 acertadas .... regular

Ahorrar puede ser un juego

En estos tiempos es necesario conocer los amortiguadores indispensables para situaciones de apuro. He aquí diversos métodos a que recurren con éxito los ahorradores perseverantes.

Hay muchas familias que no tienen cuenta de ahorros, y la mayoría de los ahorradores se sienten insatisfechos de lo que logran economizar. Pero también es evidentemente más fácil aconsejar a "ser ahorrativo" y "ahorrar a intervalos regulares" que poner en práctica esos consejos.

Sin embargo, al hablar con ahorradores que logran su propósito suele descubrirse que han ideado algún "juego" para vivir con menos de lo que ganan. Por supuesto, los ahorradores óptimos son aquellos que, cualquiera que sea su ingreso, primero depositan determinada cantidad en un fondo de ahorros antes de pagar sus cuentas, y después viven en condiciones que les permitan dejar en el banco lo que allí metieron. Si el lector no aprueba el sistema de ahorrar primero y después pagar, a continuación se describen otras técnicas que emplean ahora algunas personas, o que en lo pasado les han dado buenos resultados como ayuda para ahorrar más.

Dinero marcado. Este plan es una variante de la antigua costumbre de poner en una alcancía el dinero menudo. Nos dice una bibliotecaria: "Cuando tengo demasiado cambio en mi bolsa, pongo lo sobrante en mi joyero. Al cabo de unos dos meses veo que he acumulado una cantidad considerable de monedas. Deposito entonces ese dinero en mi cuenta de ahorros, que de esa forma va en aumento".

Cierta modista explica: "Cuando Juan y yo nos casamos, poníamos

Condensado de "Consumer Views"

en una alcancía de barro de buen tamaño las monedas que habíamos reunido durante el día. Así juntamos 200 dólares, y nos compramos un espejo y un cubrecama. Llevábamos cuenta de lo que cada uno ponía por la noche, para determinar quién había aportado la mayor parte, y la cosa nos resultaba divertida".

Las gangas. Una que otra vez nos llega algo como caído del cielo: un dinero inesperado, una herencia. Pero existen otras posibilidades de obtener ingresos fortuitos que quizá no haya considerado el lector.

Por ejemplo, cuando hemos pagado el último plazo de un automóvil, de unos muebles, de algún aparato doméstico o de una hipoteca, podríamos continuar haciendo esos mismos "pagos" depositándolos en la cuenta de ahorros. Si hemos podido vivir sin ese dinero, bien podemos seguirlo haciendo durante algún tiempo más.

Cuantas veces ganemos en la canasta, en el póquer o en alguna apuesta (elecciones, golf, lotería), destinemos la ganancia a la cuenta de ahorros.

¿Y los rembolsos por la mercancía devuelta a la tienda o por cuentas de gastos? Un viajante de una distribuidora de artículos para oficina deposita en su fondo de ahorros todos los cheques que recibe como rembolso de sus gastos de viaje. "Es dinero que ya gasté", explica. "No lo echo de menos".

¿Obtuvo el lector un aumento de sueldo? Si ha salido adelante bastante bien sin él, agréguelo a lo que suele ahorrar los días de pago. Lo mismo puede hacer con su gratificación de Navidad y con lo que le produzca un segundo empleo.

Un hábito por otro. Pensemos en alguna tentación a la que quisiéramos resistir. Vénzala el lector, y deposite lo que así ahorre.

Un economista ha dejado de fumar dos cajetillas al día y todas las tardes guarda con llave el dinero que se ahorra en esa forma. Cuando termine el año habrá reunido una bonita suma.

Autoservicio. El lector tendrá alguna tarea por la que ahora paga a quien se la hace. ¿Cuánto da para que le laven el auto? ¿Por poner fundas a los muebles? ¿Pintar una habitación? ¿Cambiar el empaque de un grifo? Aprenda a hacer por sí mismo ese trabajo. Ponga en su cuenta de ahorros lo que tendría que pagar a quien se lo hiciese.

La mujer podrá hallar un peinado que ella misma se haga, omitir la visita semanal a la peluquería y destinar el precio de ese servicio (con inclusión de propina, trasporte, etcétera) a la cuenta de ahorros.

Escondites. Un adolescente pone un billete de su asignación semanal en algún libro de su anaquel, sin ver el título de la obra. Al terminar el año escolar busca en todos los volúmenes y en ellos halla su fondo de ahorros. (Nota: Si recurre el lector a esta técnica, ¡no vaya a prestar sus libros!)

Ahorro intenso, para contingencias. Pongamos por caso que uno decide comprar sólo lo absoluta

mente esencial durante un período de 13 semanas. Eliminará o reducirá sus asistencias al cine o a los conciertos, los viajes de fin de semana, los taxis, las comidas en restaurantes, los postres, las copas, etcétera. Llevará su almuerzo al trabajo, hará a pie cualquier recorrido menor de un kilómetro, no se dejará tentar por ninguna tienda en que haya venta especial. Continuará llevando consigo la cantidad acostumbrada para gastos, pero depositará en una nueva cuenta de ahorros el 30 o el 35 por ciento economizado por los medios descritos.

Al cabo de tres meses dése el lujo de celebrar su éxito, pero sin gastar más del 15 por ciento del total ahorrado, y después reanude su vida acostumbrada. Tendrá una buena suma en su cuenta de ahorros, además de los intereses.

En la economía actual, todos necesitamos dinero en efectivo disponible como fondo de urgencia que nos ayude a salir adelante en caso de perder el empleo, de una enfermedad grave o de alguna otra crisis económica. El amortiguador que recomendamos deberá ser de una suma igual a unos seis meses de sueldo neto. (Los que trabajan por su cuenta tal vez necesiten más, pues sus ingresos generalmente no son fijos.) Aparte de eso, vaya el lector formando un fondo especial para fines determinados: un viaje de vacaciones, un automóvil, la trasformación de la cocina, cualquier cosa que proporcione incentivo.

Anualmente mueren millares de patos por envenenamiento de plomo. Al escarbar los fondos de los pantanos en busca de alimento, estas aves no distinguen entre las semillas, las municiones de plomo y los granos de arena. Se dice que todos los años caen unas 6000 toneladas de perdigones en los sitios frecuentados por las aves acuáticas. El grano de plomo ingerido por el pato va a dar a la molleja del animal. Este órgano obra como un molino pequeño de trituración, y el metal finamente molido que resulta va siendo disuelto lentamente por los jugos digestivos y se introduce en la sangre. Se cree que un solo perdigón puede ser mortal.

—W. G. Schneider, en el Informe anual para 1967-1968 del *National Research Council*, de Canadá

Un señor impecablemente vestido se encontró con una dama exquisitamente elegante en los Campos Elíseos de París. Acercándose a ella le susurró:

—Tengo hambre.

Atónita, la joven se volvió a mirarle, pensando en aquella miseria oculta de que se oye hablar y de que uno jamás sospecharía. Perturbada y conmovida, preguntó:

—¿Cómo podría ayudarle yo?

—Acompañándome a Maxim's a cenar —repuso él.

ANDORRA, paradoja en miniatura

Por Nicolás Poulain

Este minúsculo principado, escondido en el corazón de los Pirineos, ha logrado adaptarse al ritmo de nuestro tiempo sin perder su encanto multicentenario.

Entré en el principado de Andorra por una carretera abierta entre enormes montañas y cubierta de nieve. No había trascurrido media hora cuando penetré en un verde valle bañado por el sol, donde crecían espléndidas matas de tabaco trasplantadas de los trópicos. Mi destino era Andorra la Vieja, diminuta capital del Estado, ciudad con sólo 2500 habitantes y en la que edificios de cristal y aluminio se disputan el espacio con antiguos chalés de techo de pizarra. Casi al llegar, observé el primer incidente curioso: ante mí pasaba un hombre que, envuelto en su amplia capa de terciopelo negro y tocado con un sombrero de dos picos, conducía un enorme automóvil norteamericano. ¿Se trataba acaso de un actor que iba a representar una obra clásica? "Nada de eso", me dijeron. "Es el jefe del gobierno, de camino a una reunión ministerial".



Escudo de armas de la ciudad

Andorra es pequeñísima, pero incomparable. Situada en el corazón de los Pirineos, ocupa una superficie de 464 kilómetros cuadrados y tiene 24.800 habitantes. En tamaño es, pues, la quinta parte del ya pequeño ducado de Luxemburgo y 14 veces menos populosa. Sin embargo, dentro de estos estrechos horizontes la naturaleza y el hombre se han conjugado para producir una abundante cosecha de contrastes.

Desde el más elevado picacho andorrano, el Pla de l'Estany, de 2951

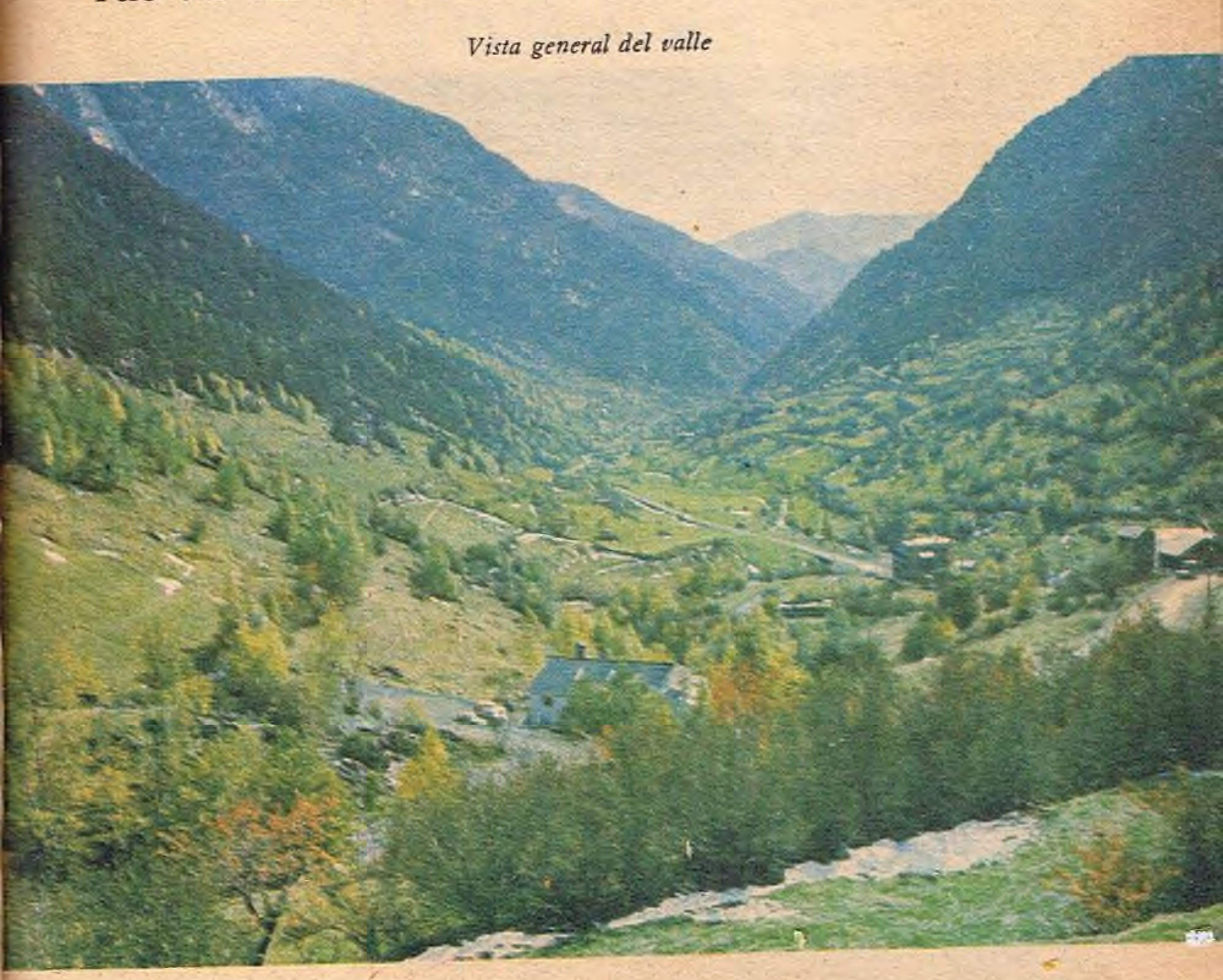
FOTOS: S.R.D./J.P. GERMAIN

metros de altitud, la mirada abarca la totalidad del minúsculo país, que semeja una rueda cuyos radios son los valles y cuya circunferencia dibujan 65 altos picos. El nombre de Andorra, palabra celta que significa "el viento de las alturas", procede de esas montañas azotadas por los vientos. Sus tres impetuosos ríos (los tres Valiras) y sus incontables arroyos turbulentos discurren por valles maravillosamente cultivados, mientras las desoladas alturas dan abrigo a 180 lagos cuya superficie parece de zafiro.

Pero son aun más notables las paradojas económicas, lingüísticas y políticas del país. Cuando fui a un banco para adquirir dinero andorrano, me dijeron que no existe tal moneda. En esta nación, territorio enclavado entre Francia y España, tienen curso legal tanto el franco como la peseta.

A pesar de ello, los andorranos a quienes me dirigía en solicitud de información no me contestaban en francés ni en español, sino en catalán, su idioma oficial. Étnicamente, los habitantes de Andorra son catalanes, de la misma estirpe de que proceden el músico Pablo Casals, el

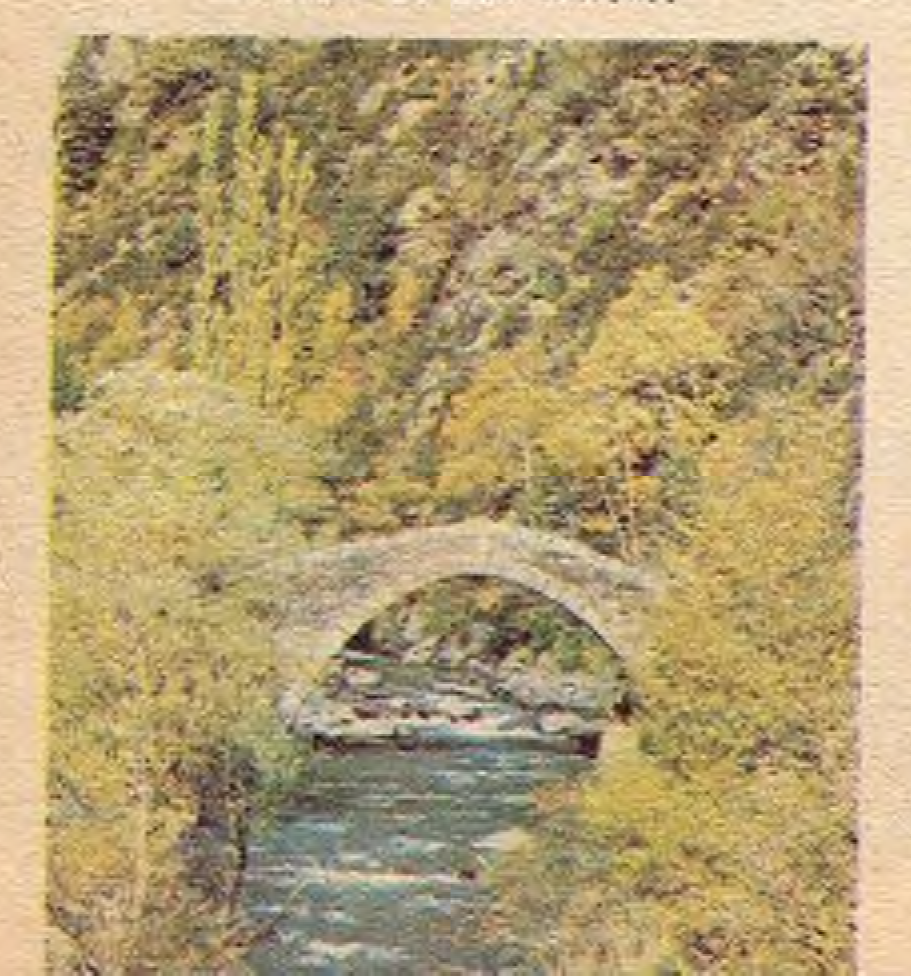
Vista general del valle



pintor Salvador Dalí y el escultor Arístides Maillol. El catalán es obligatorio en la escuela, y, además, se encargan de la difusión del idioma un diario, tres revistas, cinco editoriales y 50 asociaciones culturales. En consecuencia, los andorranos, con ser pocos, representan a los seis millones de catalanes dispersos en varias regiones de Francia y de España, donde su cultura no tiene reconocimiento jurídico.


Aldea de Canillo




Puente de San Antonio

"El viajar por Andorra", me dijo Joseph Fontbernat, el escritor más popular del país, "equivale a recorrer el tiempo más que el espacio. Nuestra gente parece vivir simultáneamente en todos los períodos históricos que van de la edad media al siglo xx".

En el minúsculo principado hay 17.000 automóviles, dos por cada tres habitantes. Sin embargo, los pastores continúan guiando a sus rebaños por la centenaria vía que pasa por las calles de Andorra la Vieja. Las instituciones que rigen

al Estado nacieron de un tratado feudal concertado hace 700 años, pero el país es el único entre los de Europa Occidental intacto por la crisis económica actual. Allí no se conoce el desempleo y el ingreso anual por habitante crece al satisfactorio ritmo de cinco por ciento cada año.

Una de las curiosas circunstancias del principado es que está gobernado por dos príncipes extranjeros: español uno, el obispo de Seo de Urgel (en la actualidad monseñor Joan Martí Alanís, nacido en Cataluña); el otro, nada menos que Valéry Giscard d'Estaing, Presidente de la República francesa.

Andorra quedó bajo la doble protección de sus poderosos vecinos en 1278, cuando el conde de Foix y el obispo de Urgel, que desde hacía mucho tiempo se disputaban la soberanía del país, convinieron en dividirse el gobierno. Posteriormente, cuando los derechos de la antigua Casa de Foix pasaron al Estado francés, las funciones de copríncipe de Andorra recayeron en el Presidente de Francia.

Los andorranos siguen pagando puntualmente su antiguo tributo a los príncipes: la *questia*, que se entrega al Obispo los años pares y a Francia los impares. La *questia* asciende a 960 francos para Francia y 900 pesetas para el obispo, además de un presente de varios jamones y gallinas: simbólico fragmento del presupuesto anual del país, que en la actualidad asciende a 171 millones de francos.

Los copríncipes ejercen efectiva e igual autoridad sobre los sistemas escolar y postal. Francia estableció el telégrafo y España electrificó a Andorra. Una empresa española está encargada de Radio Andorra y una compañía francesa dirige Radio Sur, cuya emisora, situada a 2650 metros sobre el nivel del mar, es la más alta de Europa.

Cada uno de los príncipes nombra un preboste que reside en Andorra y los representa. El preboste francés, Claude-François Rostain, es diplomático de carrera; el español, Francisco Badía, abogado. Ambos tienen a su cargo el mantenimiento de la ley y el orden, y son jueces del Tribunal de las Corts, que entiende en los casos penales y tiene un presidente vitalicio. El tribunal es muy benévolo: son raras las penas de prisión, que, como en Andorra no hay cárcel, se cumplen en un penal francés o español, a elección de los mismos condenados.

El tribunal se reúne en la venerable Casa de la Vall o Casa de los Valles, donde también celebra el Consejo sus asambleas mensuales. Cuando entré en aquella imponente fortaleza construida con piedra ocre y en cuya fachada ondeaba la bandera azul, amarilla y roja con las armas de Andorra, tuve la sensación de retroceder a la edad media. "Aquí es donde deliberan los Consejeros de Andorra desde el año 1419", me explicó el guía. "Para nosotros, la Casa de la Vall es tan sagrada como para los ingleses la abadía de Westminster".

El Consejo General de los Valles es una singular combinación de parlamento, gobierno nacional y ayuntamiento, y lo integran 24 individuos, elegidos a razón de cuatro por cada una de las seis parroquias en que se divide el país.

En la Cámara del Consejo vi un hermoso y antiquísimo armario de madera tallada, cerrado con seis candados, cada uno de los cuales tiene grabado el nombre de una parroquia: Canillo, Encamp, Ordino, La Massana, Andorra la Vella (o Vieja) y Sant Julià. "Aquí es donde se guardan los archivos del país", me explicó el guía, "y cada uno de los seis consejeros principales tiene una llave, por lo que es imposible abrir el armario si no están todos presentes".

Los laboriosos consejeros se reúnen en sesión permanente hasta resolver algún problema importante, y en ocasiones han permanecido encerrados varios días en la Casa de la Vall, sin comer otra cosa que *rostos de mel,* trozos de jamón fritos con miel y vinagre. Pero si no pueden ponerse de acuerdo sobre alguna cuestión que afecte a los intereses vitales de la nación, se convoca a la Gran Asamblea. Cada parroquia envía a sus dos *consols* o alcaldes, además de varios delegados, que se reúnen con el Consejo en asamblea abierta. Cualquier ciudadano puede asistir también y expresar su opinión antes de que se proceda a la votación definitiva. "Esto es una especie de democracia ateniense", me aseguraron, "e incluso los asuntos de Estado se tratan en el mismo ambiente familiar".

Antes de la segunda guerra mundial los turistas que pasaban por esta Arcadia no llegaban a un millar por año. La invasión de esta fortaleza natural por avión o ferrocarril resultaba imposible, y la única forma de llegar a ella era por el Camí Real, construido en el siglo XII. Ahora atraviesa a Andorra una espléndida carretera que se terminó en 1953 y va por un lado a Hospitalet, en Francia, y por otro a la Seo de Urgel, en España. "En la actualidad", dice Lluis Muñoz, presidente de la Asociación Hotelera, "nos vemos inundados por oleadas de turistas. Cuatro millones cruzaron nuestras fronteras en 1975, entre ellos un millón de esquiadores".

Privada de productos básicos y siendo su territorio cultivable apenas un cinco por ciento, Andorra jamás fue un país rico. Producía únicamente algo de ganado, madera y tabaco. Pero sus ciudadanos han tenido siempre por sagrado el principio del libre comercio y durante varios siglos el contrabando fue el deporte nacional. Todavía sigue siendo un héroe del folklore local el *paquetaîre,* que, cubierto por su gorro de estilo frigio, se dedicaba a vender ganado en el norte y tabaco en el sur, burlando a los aduaneros franceses y españoles. Sin embargo, los andorranos, ante el torrente de turistas que los inunda, están comprobando que cada día es más provechoso vender dentro de sus propias fronteras los productos

de la libre empresa. Son bastantes los antiguos contrabandistas que ahora tienen comercios totalmente legales en los que ofrecen gangas virtualmente francas de impuestos.

En las calles de Andorra la Vieja hay tantos comercios como casas. Así pude comprar una botella de whisky escocés por diez francos y una cámara fotográfica japonesa por 250. Todos los productos franceses se venden libres del impuesto al valor agregado que se cobra en Francia. Andorra (que hasta hace poco estaba sumida en extrema pobreza) se ha convertido hoy en un escaparate de la sociedad de consumo, como un Hong Kong europeo en miniatura.

Aunque los impuestos a la importación son mínimos (nada más un tres por ciento), proporcionan por sí solos el 90 por ciento de la renta pública, y como los negociantes naturales del país no pagan ningún derecho ni impuesto sobre la renta, son gente próspera. "Sueño con obtener algún día el pasaporte andorrano", me decía cierto vendedor de inmuebles alemán, uno de los 16.000 forasteros que han adquirido carta de residencia en el país después que terminó la segunda guerra mundial.

Pero la nacionalidad andorrana se concede con cuentagotas. Solamente pueden aspirar a ella los hijos de personas que hayan nacido en el principado. Los extranjeros residentes tienen anualmente unos 700 hijos, y si se concediese a todos la carta de naturaleza, la nación andorrana, que hoy sólo suma 7500 ciudadanos, en diez años no sería más que un recuerdo.

Andorra, a pesar de su minúsculo tamaño, no se revela al visitante inmediatamente. El país ha de ser descubierto paso a paso. La primera impresión que causa es la de ser apenas el escenario para una opereta romántica. Después captan el interés los espléndidos paisajes. El visitante querrá penetrar en la gruta de Margineda, donde el hombre del neolítico almacenaba sus utensilios, o descubrir las rocas de Bruixes, con sus ornamentos de la edad del bronce. Su curiosidad le llevará a alguna de las 60 iglesias románicas de Andorra, probablemente a San Juan de Casellas, donde admirará frescos del siglo XII mundialmente célebres. Y por último empezará a conocer a la gente del país, de carácter orgulloso y al mismo tiempo hospitalario. Cuando los andorranos nos abren sus puertas no saludan: "Buenos días", sino que dicen: "Esta es su casa".

Los andorranos tienen plena conciencia de ocupar merecidamente un lugar especial en Europa y les molestan las bromas relativas al tamaño de su país. Durante un congreso internacional de turismo, un delegado canadiense preguntó con sarcasmo a un andorrano:

—¿Cuántos habitantes hay en su provincia?

Su interlocutor le contestó mordazmente:

—Por kilómetro cuadrado, 50 veces más que en su país.

La mayor parte de los naturales de Andorra que viven en el exterior sienten profunda nostalgia de su patria y suspiran por volver a sus lagos y montañas. Jaume Escuder tenía, a los 34 años, un magnífico puesto en Francia como director de la sucursal de un gran banco en Orleans; se había casado con una francesa y adquirió un apartamento. Ahora está de nuevo en Andorra como simple empleado del Crédit Andorran, y también su esposa tiene que trabajar. "No ganamos tanto como antes", confiesa, "pero somos cien veces más felices. Quien ha nacido en este país, no puede apartarlo jamás de su corazón".

El primer comerciante que empleó "hombres-sandwich" (esos que llevan carteles colgados al pecho y a la espalda) los contrató por medio de un agente, quien se comprometió a vestirlos decentemente. Al día siguiente el agente llegó furioso a la oficina de su cliente.

—¡No puedo continuar trabajando en estas condiciones! —protestó— ¡Esos sinvergüenzas no fueron a cobrar su salario!

—¡No me diga!

—Prefirieron quedarse con los trajes.

Como precaución contra incidentes similares, los agentes que siguieron el ejemplo del precursor decidieron vestir a sus "hombres-sandwich" con colores chillones, de manera que no se atrevieran a fugarse con aquellos adefesios. —*Le Constitutionnel*, en *Le Hérisson*, de Francia

Guerra contra el ruido

En una bocacalle de Nueva York habían colocado una plancha de hierro para tapar un bache muy hondo. Una noche se corrió la plancha, y cada vez que un automóvil le pasaba por encima, hacía un escándalo que turbaba el sueño de los vecinos ... y aun llegaba a interrumpir las conversaciones.

A eso de las 11 de la noche alguien llamó a la policía. No tardaron en llegar dos autos de patrulla con cinco agentes. Entre todos se esforzaban, a tirones y empujones, en volver la plancha a su lugar, pero nada conseguían. Cuando pasaba un coche, los policías se apartaban, cubriéndose los oídos por el estruendo.

Por fin, de un edificio de apartamentos, salió una dama vestida con un largo traje rosa y con una linterna de queroseno en la mano. Fue hasta donde estaba un burro de madera que unos albañiles habían dejado en la calle, lo cogió y lo llevó hasta el bache. Sin decir palabra, colgó la linterna del burro y puso este sobre el bache. El siguiente automóvil que apareció, pasó a un lado para evitar el obstáculo, como era natural, y todos los demás hicieron otro tanto.

Cuando la señora del vestido rosa se volvió a su apartamento, los policías, reconociendo que aquella era la mejor solución, se marcharon también.

—J.C.

Unos cuantos minutos invertidos en llenar este cuestionario podrán redituar la mejor de las ganancias: conservarse sano.

Compruebe usted mismo su salud

Por Stanley Englebardt

Tras de publicarse la noticia de que Betty Ford, esposa del Presidente de los Estados Unidos, había sido operada de cáncer mamario en septiembre de 1974, y al saberse, tres semanas después, que también Margaretta ("Happy") Rockefeller, esposa del Vicepresidente norteamericano, se había sometido a cirugía por la misma causa, llovieron a los facultativos peticiones de reconocimiento médico. "Felicito a todos los que quieren hacerse reconocer inmediatamente", comenta el Dr. Daniel Miller, director del Instituto de Medicina Preventiva de la Clínica Strang, de la Ciudad de Nueva York. "El diagnóstico oportuno y el tratamiento inmediato del cáncer de mama (como ocurre en otras muchas enfermedades) pueden significar la curación o el control del 50 al 100 por ciento de los casos".

Sin embargo, el diagnóstico oportuno depende precisamente de un reconocimiento clínico practicado antes de que el mal se declare por completo. Muchas de las personas que pidieron una exploración después de darse a conocer los casos de las señoras de Ford y de Rockefeller no habían visto al médico en algunos años, y bastantes hubieron de esperar varios meses antes de que un facultativo las pudiera reconocer. Lo cierto es que, según se ha calculado, si todos los habitantes de Estados Unidos decidieran someterse al recomendado reconocimiento médico anual, en vez de la tercera parte que ahora lo hace, todos los galenos que actualmente ejercen en el país necesitarían trabajar día y noche durante tres años sólo para recibirlos en primera consulta.

¿Significa acaso lo anterior que debamos renunciar a los beneficios de la medicina preventiva? "De ninguna manera", asegura el Dr. Miller. "Pero sí que debemos dedicar nuestros esfuerzos a las personas más expuestas a enfermar de gravedad".

¿Pero cómo saber que se está en

peligro de contraer ciertas enfermedades? La Clínica Strang ha preparado un cuestionario de salud al que cualquier adulto puede responder sin ayuda ajena. Hay que insistir, sin embargo, en que no fue ideado para sustituir al reconocimiento médico. "Si una persona participa en algún programa de medicina preventiva", advierte el Dr. Miller, "puede asegurarse que ya está haciendo lo más conveniente para cuidar de su salud". Mas entre todas aquellas que no se han sometido regularmente a exploración por un facultativo, la versión resumida del cuestionario de la Clínica Strang, que damos a continuación, puede contribuir a salvar más de una vida. Hay que responder a todas las preguntas afirmativa o negativamente. Para valorar el resultado, véase la última página de este artículo.

Piel y nódulos linfáticos. La exploración cutánea es un medio diagnóstico de gran utilidad para el médico, pues en ella se reflejan muchos trastornos internos que se manifiestan en manchas, erupciones y nódulos linfáticos. Casi todo cáncer cutáneo es curable si se descubre y trata en su fase inicial.

A. ¿Tiene usted comezón cuya causa desconoce? .... ¿Sudoración o fiebre nocturna que haya durado más de dos semanas? .... ¿Aumento de volumen de los ganglios linfáticos? .... ¿Llagas o tumoraciones que no hayan curado en más de un mes? .... ¿Lunares que hayan cambiado de color o de tamaño, que se hayan ulcerado o sangren periódicamente? ....

B. ¿Hay en su familia antecedentes de cáncer de la piel? .... ¿De linfosarcoma o enfermedad de Hodgkin (nódulos linfáticos malignos, a menudo curables)? ....

C. ¿Alguna vez le han extirpado un lunar? .... ¿Se ha sometido a radioterapia? .... ¿Ha sufrido quemaduras que dejan cicatriz? ....

D. ¿Se quema usted fácilmente con la radiación solar? ....

Cabeza y cuello. Más del 80 por ciento de los tumores malignos en estas dos regiones del cuerpo son curables si se descubren y tratan a tiempo.

A. ¿Tiene usted llagas o manchas blancas en la boca que hayan persistido más de un mes? .... ¿Padece de ronquera o de cambios en el tono de voz? .... ¿Experimenta dificultad para deglutir que haya durado más de un mes? .... ¿Tiene algún bulto en las regiones del cuello? ....

B. ¿Alguien de su familia ha padecido cáncer localizado en cabeza o cuello? ....

C. ¿Ha tenido usted alguna vez un tumor en la garganta o en el cuello? .... ¿Algún padecimiento de la glándula tiroides? ....

D. ¿Fuma cigarrillos, cigarros puros o pipa? .... ¿Acostumbra beber inmoderadamente? .... ¿Se hace examinar mensualmente la cavidad bucal, por si hubiera úlceras, manchas o irritaciones? ....

Aparato respiratorio. Casi todo el mundo sabe bien que el pulmonar

es uno de los menos curables entre todos los cánceres. Sin embargo, mucho antes de que este tipo de cáncer empiece a desarrollarse, se presentan señales de irritación crónica de las vías respiratorias. Si se descubre en su fase precancerosa, tal condición es curable casi en el cien por ciento de los casos.

A. ¿Sufre usted de tos con expectoración que haya durado más de un mes? .... ¿Presenta el esputo estrías de sangre? .... ¿Padece catarros bronquiales más de tres veces al año? ....

B. ¿Ha padecido de tuberculosis alguien de su familia? ....

C. ¿Alguna vez enfermó usted de tuberculosis? .... ¿De bronquitis crónica? .... ¿De asma bronquial? .... ¿De pulmonía (más de una vez)? ....

D. ¿Fuma más de una cajetilla de cigarrillos al día? .... ¿Ha trabajado alguna vez con materiales radiactivos, con asbesto, carbón en polvo, níquel, piedra u otros minerales? ....

Aparato cardiovascular. Aunque es difícil predecir con certeza quiénes son los más predispuestos a sufrir una crisis cardiaca, hay, sin embargo, ciertos antecedentes familiares y formas de vida cuya corrección a buen tiempo puede reducir el riesgo a que una persona está expuesta.

A. ¿Le falta a usted el aliento sin razón perceptible? .... ¿Experimenta a veces sensación de estrechez u opresión en la parte media del tórax? .... ¿Se le hinchan los dos tobillos? .... ¿Sufre desvanecimientos que no se puedan explicar? ....

B. ¿Ha sufrido alguien de su familia de hipertensión arterial? .... ¿De ataques al corazón antes de los 60 años? .... ¿De apoplejía? ....

C. ¿Ha padecido usted fiebre reumática, escarlatina o soplos cardiacos? .... ¿Ha sufrido hipertensión? .... ¿Ha tenido niveles anormalmente altos de colesterol en la sangre? ....

D. ¿Fuma cigarrillos? .... ¿Es obeso? .... ¿Come a diario huevos, mantequilla y carnes rojas? ....

Aparato urinario. Las infecciones repetidas de las vías urinarias se deben frecuentemente a tumores, benignos o malignos. Cuando se descubren oportunamente, estos padecimientos se pueden curar.

A. ¿Tiene usted deseos más frecuentes de orinar que hace años? .... ¿Siente dolor o ardor al orinar? .... ¿Hay muestras de sangre en la orina? ....

B. ¿Alguna persona de su familia ha tenido cáncer del riñón o la vejiga? ....

C. ¿Ha tenido usted alguna vez sangre en la orina? .... ¿Cálculos renales? .... ¿Alguna enfermedad crónica del riñón? ....

D. ¿Trabaja diariamente con líquidos quitamanchas, con pinturas, tintes o benzidina? ....

Aparato gastrointestinal. Muy pocas personas escapan de sufrir alguna vez en la vida trastornos digestivos, como son las molestias estomacales, la indigestión, las dia-

rreas y el estreñimiento. Sin embargo, cualquiera de estas manifestaciones debe ser tratada por el médico en caso de que persista.

A. ¿Sufre usted desde hace más de un mes acedía, mala digestión o dolor abdominal? .... ¿Ha tenido náuseas o vómitos durante más de una semana? .... ¿Ha perdido más de cinco kilos de peso sin causa justificada en tres meses o menos? .... ¿Ha advertido sangre en las heces fecales o que éstas muestren un color negro de alquitrán? ....

B. ¿Padeció algún familiar suyo cáncer del estómago? .... ¿Anemia perniciosa? .... ¿Cáncer del colon o del recto? ....

C. ¿Ha padecido usted alguna vez de la vesícula biliar? .... ¿De ictericia, hepatitis, cirrosis del hígado? .... ¿De colitis ulcerosa o trastornos intestinales crónicos? ....

D. ¿Acostumbra usted ingerir más de cinco copas de alguna bebida alcohólica por día? ....

Aparato genital masculino. El cáncer prostático es un padecimiento tan frecuente que en la actualidad los médicos recomiendan a todo hombre que haya pasado los 50 años de edad someterse anualmente a una exploración médica de la próstata. El diagnóstico temprano de este padecimiento aumenta considerablemente las probabilidades de curación.

A. ¿Sufre usted de tumefacción, dolor o molestias persistentes de un testículo que hayan durado más de dos semanas? .... ¿Se le dificulta empezar a orinar? .... ¿Ha tenido últimamente problemas en su actividad sexual? ....

B. ¿Tuvo alguna vez un testículo que no descendió de la cavidad abdominal (o sea, un solo testículo en el escroto)? .... ¿Inflamación de la próstata? ....

Aparato genital femenino. La prueba diagnóstica de mayor eficacia para el temprano descubrimiento del cáncer es, sin duda, la de Papanicolau, procedimiento que permite descubrir alteraciones malignas del cuello uterino cuando aún son curables en más del 80 por ciento de los casos. Toda mujer entre los 25 y los 45 años debería someterse a una prueba de Papanicolau cada dos o tres años; y pasados los 45, una vez al año por lo menos.

A. ¿Se presenta en usted sangrado genital entre dos períodos menstruales? .... ¿Sangra después del acto sexual? ....

B. ¿Tuvo alguna familiar suya, por la línea materna, cáncer del cuello uterino, de la vagina, la matriz o el ovario? ....

C. ¿Alguna vez le resultó anormal a usted la prueba de Papanicolau? .... ¿Ha padecido de quistes o tumores del ovario? .... ¿Le han operado algún órgano del aparato genital? ....

Glándula mamaria. El cáncer de mama es actualmente la principal causa de muerte entre las mujeres. Contra estos tumores malignos no hay mejor protección que autoexaminarse regularmente los senos y acudir al médico al más leve signo de anormalidad.

A. ¿Sufre usted actualmente de algún dolor en los senos que no tenga relación con la regla? .... ¿Ha advertido algún bulto en cualquiera de los senos? .... ¿Ha tenido alguna secreción por los pezones? .... ¿Ulceraciones, pliegues, descamación, o algún cambio extraño en el color o la contextura de la piel de los pechos? ....

B. ¿Ha tenido alguna familiar cáncer mamario? .... ¿Quistes o tumores en los senos? ....

Cómo valorar las respuestas. En cada una de las categorías de este cuestionario, las preguntas de la fracción A se refieren a síntomas que están en curso. Si a cualquiera de ellas se responde afirmativamente, habrá que consultar al médico lo más pronto posible. Las preguntas de la fracción B tienen relación con los antecedentes patológicos de la familia; las correspondientes a la C se refieren a los antecedentes patológicos personales. De todo lo que haya contestado usted afirmativamente en las fracciones B y C, deberá informar al facultativo en su próxima consulta. Las preguntas de la fracción D tienen por finalidad poner al lector sobre aviso respecto a los riesgos a que, en ciertos casos, está expuesta su salud; las respuestas afirmativas son, pues, una advertencia de que conviene modificar algún hábito arraigado.

En ningún caso deberá darse a las respuestas afirmativas un significado que no tienen. La mayoría de ellas quizá no acusen sino algún trastorno pasajero. Sin embargo, tal vez denuncien la fase inicial de una enfermedad importante, y entonces el atenderse sin tardanza podría ser la salvación de la muerte.

De aquí, de allá y de todas partes

Los PERIODISTAS que han visitado a China informan que una de las ocupaciones más difíciles allí es la de secretaria. La máquina de escribir china consta hasta de 7100 caracteres. Si una empleada logra mecanografiar 20 palabras por minuto, se le considera excelente. —F.F.W.

EN EL Ecuador, el juego "Hacienda", que trascurre sobre un tablero, ha resultado más educativo para la gente del pueblo que la palabra escrita o hablada. Muchos campesinos aprenden con este juego a organizarse en cooperativas y a adquirir su propia tierra. En Hacienda los jugadores comienzan como en la vida real: como cultivadores arrendatarios. Por cada diez fichas que recibe el "dueño" de la hacienda, los demás obtienen sólo una. Los arrendatarios no tardan en comprender que la única forma de ganar es mancomunando sus recursos y comprando su propia tierra. Desempeñando otros papeles (propietario de la hacienda o funcionario local) llegan a comprender cómo piensa el terrateniente. Están ensayando normas de conducta que no se atrevían a poner en práctica. —C.S.M.

POR ANDOR FOLDES

Béla Bartók,

Menospreciado en su amada Hungría, este compositor innovador se convirtió en uno de los gigantes de la música moderna.

OÍ POR primera vez el nombre de Béla Bartók a la edad de ocho años, cuando mi madre lo mencionó una noche de invierno, en nuestra caldeada sala de música de Budapest. "¡Ese bárbaro!" exclamó. "¡Ese anarquista!" Como mi madre era tímida y de voz dulce, aquel exabrupto delataba una indignación excepcional. En este caso, había sido producida por un artículo acerca del "chico malo" en el ambiente musical ultraconservador de Hungría.

Mi madre era concertista y fue mi primera maestra de música. Naturalmente, como Bach, Beethoven y Mozart eran nuestros dioses, me uní a ella en el odio contra aquel compositor "moderno", cuya música había sido descrita como "pausas llenas de choques brutales, resonantes y discordantes". Por supuesto, yo no podía saber que un día ese hombre figuraría entre los gigantes de la música de nuestro siglo.

Lo conocí ocho años más tarde, en 1929. Entonces yo era un adolescente lo suficientemente rebelde para considerar una tentación el que un amigo pianista, mayor que yo, me pidiera volver las páginas

LIPNITZKY-VIOLLET

anarquista del teclado

de la partitura en un recital a cuatro manos que iba a dar con Bartók. Aunque controvertido como compositor, Bartók era muy apreciado como ejecutante, y acepté con una mezcla de azoramiento y emoción.

Mi amigo me presentó a un hombre delicado, de cara extraordinariamente hermosa y ascética, enmarcada por cabellos blancos. En el momento de estrecharme la mano, sus ojos pardos parecieron atravesarme: "¿Conoce usted la *Fantasía en Fa menor* de Schubert?" preguntó. Me avergonzaba confesar que no la conocía y callé. "Pues le espera una maravillosa sorpresa", añadió suavemente, y se puso a tocar. ¡Y de qué modo!

Como casi todos los músicos jóvenes, yo creía que Schubert era alegre, pero sentado junto a Bartók, mientras volvía las páginas, descubrí bajo la risueña superficie oscuros abismos donde palpitaba la angustia interior de Schubert. Su interpretación estaba animada por una especie de ansiedad volcánica, pero su ritmo seguía siendo férreo. Su lirismo no era el sentimental a que yo estaba acostumbrado, sino contenido, viril, casi seco.

Andor Foldes, concertista de renombre internacional, es afamado intérprete de Mozart, Beethoven y Bartók. Nacido en Hungría, se naturalizó norteamericano y vive en Suiza.

Salí del concierto verdaderamente emocionado y me precipité a la tienda de música a comprar todas las partituras para piano de Bartók. Después corrí a casa y empecé a tocar su *Sonatina*. ¡Qué explosiva vitalidad! ¡Qué endiablado jugueteo! Aquella obrita, tan diferente de lo que yo solía tocar diariamente, era música escrita para mí. Sentí como si de pronto alguien me hubiera abierto la puerta del porvenir.

Nacido en 1881, Bartók demostró una vocación temprana por la música. Empezó a componer a los nueve años. Su madre, viuda, enseñaba música para mantener a Béla y a su hija más joven, por lo que la familia vivía modestamente. Paula Bartók, sin embargo, nunca escatimó al pagar los mejores maestros de piano para su hijo. Su devoción dio frutos cuando Béla, a los 18 años, entró en la prestigiosa Academia de Música Franz Liszt, de Budapest.

Béla hizo brillantes progresos en la Academia y se labró un nombre como virtuoso del piano. Durante casi dos años no compuso nada, pero en aquella época los artistas, los escritores y los músicos de Hungría estaban sacudiéndose siglos de influencia germánica, reconquistando su herencia étnica, y Bartók respondió con vigor a esa tendencia. Su primer trabajo importante fue un

poema sinfónico sobre Lajos Kossuth, caudillo de la malograda revuelta de 1848 contra Austria.

Sin embargo, descubrió por accidente la verdadera naturaleza de la música húngara. Un día de verano de 1904, estando de vacaciones en una aldea de la llanura de Hungría, oyó a una joven campesina cantar mientras trabajaba en los campos. Al instante se enamoró, pero no de la muchacha, sino de la música.

La canción era sencilla y tosca; la melodía, inocente; el ritmo, irregular. Bartók escuchó arrebatado, y luego pidió a la chica que le cantara otras. Trascribió las melodías y más tarde recordaba: "No tenía un centavo. Sin embargo, sentí que volvía a Budapest con un gran tesoro: el alma de los campesinos húngaros".

En 1906 colaboró con otro compositor, Zoltán Kodály, para recopilar la primera antología de canciones folklóricas. En el curso de los 30 años siguientes pasó meses enteros recogiendo canciones en remotos lugares campestres. Iba dando tumbos sobre caminos de tierra suelta, en un carrito tirado por un caballo, y llevaba consigo una provisión de frágiles cilindros de cera y un engorroso aparato de grabar sonido, rematado por una imponente corneta dentro de la cual se pedía a los recelosos campesinos que cantaran. En ocasiones perdía horas rastreando a la aldeana capaz de recordar las viejas canciones que había escuchado de labios de su abuela. Luego regresaba a casa para empezar la tarea de trascribir y clasificar.

Terminó convirtiéndose en un músico-etnólogo de renombre internacional, pero la música del pueblo influyó sobre todo en el Bartók compositor. Aunque otros antes que él (Beethoven, Brahms, Liszt) habían utilizado temas populares, pulían las melodías originales y adornaban las armonías, incrustándolas en obras tradicionales y estructuradas con elegancia. En las manos de Béla Bartók las melodías populares mantenían su línea angular, sus ritmos cambiantes, sus ásperas armonías; y las aprovechó para desarrollar variaciones igualmente disonantes. Se convirtió en un escultor musical que utilizaba cada forma escabrosa, cada filo mellado para crear un lenguaje fresco y potente que terminaría influyendo en toda una generación.

Bartók era profesor de piano en la Academia de Música Franz Liszt, donde yo estudiaba cuando me enamoré de su *Sonatina*. Me armé de valor y le pregunté si me permitiría tocarle la obra. Me invitó a su casa y, cuando terminé la composición, sonrió y dijo: "La toca usted con mayor virtuosismo que yo, pero resulta muy convincente". Sus palabras me emocionaron porque sabía que no elogiaba fácilmente.

A esa primera visita siguieron otras muchas, sobre todo cuando vencí la oposición de mi familia y empecé a incluir obras de Bartók en mis conciertos. Durante esas visitas hablábamos profesionalmente: del significado de ciertos pasajes en una sonata de Beethoven, de cómo

configurar una frase de Mozart. Sus sugerencias influyeron profundamente en mi modo de tocar.

Bartók vivía en un apacible barrio de Budapest con su segunda mujer, Ditta, antigua discípula, con la que había contraído matrimonio en 1923, y el hijo de ambos, Péter. La casa estaba llena de recuerdos de sus viajes en busca de canciones populares. Muchas veces me dijo: "Mis años más felices fueron los que pasé con los campesinos en sus aldeas".

Y era natural, pues, como compositor, Bartók estaba virtualmente excluido del centro de la vida musical en su país, aun cuando su música tenía cada vez más aceptación en Francia, Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos. En 1935 se anunció que le concederían un galardón por una obra compuesta 30 años antes. Bartók lo consideró un insulto y rechazó el premio.

Su reacción fue característica de su incorruptible integridad. Muy frecuentemente abrazaba causas impopulares sin temor a las consecuencias. En 1928 el director de orquesta Arturo Toscanini se negó a tocar el himno fascista antes de un concierto en la Italia de Mussolini, y le cubrieron de insultos por su actitud "antipatriótica". Bartók reunió firmas para una protesta contra el mal trato a Toscanini. Indiferente a la pérdida de ingresos, se negó a autorizar la trasmisión de sus obras por radio cuando hubiera la posibilidad de que llegaran a Italia y más tarde a Alemania.

Mientras los nubarrones de la guerra se acumulaban sobre Europa, Bartók se tornaba cada vez más sombrío. Antes, cuando salía al extranjero en giras de concierto, volvía siempre alegre a su amado país. Ahora debía hacer un esfuerzo sobrehumano para decidirse a salir de Hungría, pero por otro lado estaba consciente de que perecería sofocado bajo el yugo nazi. Por eso, en el mes de octubre de 1940 emprendió un largo y accidentado viaje con su familia a Nueva York, donde estaba yo hacía un año.

Sería un amargo exilio. Aunque Béla Bartók había realizado con éxito dos giras de conciertos por Norteamérica, ahora llegaba como refugiado, sin dinero, delicado de salud y ya no joven. Al principio él y su mujer dieron conciertos para dos pianos; pero a medida que se instauraba en el país un clima de austeridad bélica, los contratos empezaron a escasear. Se suspendieron los pagos de los derechos europeos y los directores de orquesta de los Estados Unidos olvidaron la música de Bartók.

Sin embargo pudo ganarse modestamente la vida dando algunas conferencias y haciendo lo que más le gustaba: analizar melodías populares. La Universidad de Columbia le pagó una modesta subvención para que trascribiera un conjunto de canciones servocroatas grabadas en disco. En el año de 1941, la compañía de discos Columbia le pidió que grabara una selección de su *Microcosmos,* encantadora colección de piezas para jóvenes pianistas.

Con excepción de estas satisfacciones, la vida de Bartók era precaria y no le daba la paz de espíritu necesaria para componer. Además de sus preocupaciones económicas, tenía el problema de su salud. A principios de 1942 empezó a sufrir misteriosos accesos de fiebre que lo dejaban deprimido y le restaban energía. Por fin surgió la triste verdad: tenía leucemia. Cada vez que iba yo a visitarlo me sorprendía su creciente debilidad. Sólo los ojos conservaban el antiguo fuego inextinguible.

En 1943, cuando yacía gravemente enfermo en un hospital de Nueva York, Serge Koussevitzky, director de la Sinfónica de Boston, fue a pedirle que compusiera una obra para su orquesta. La salud de Bartók pareció mejorar de la noche a la mañana. En tres años no había escrito una nota, pero entonces, en 55 días, terminó el *Concierto para orquesta,* una de sus obras maestras. Desatendiendo las exhortaciones de sus médicos, se trasladó a Boston para asistir al estreno mundial, y el triunfo de la obra fue quizá el punto culminante de sus años en los Estados Unidos. A este siguieron otros encargos: una sonata para violín, un cuarteto de cuerdas, una obra para viola. Norteamérica descubría a Béla Bartók... pero ya era demasiado tarde, pues la enfermedad lo estaba venciendo.

La última vez que lo vi tenía extendido ordenadamente sobre la cama el manuscrito de su *Tercer concierto para piano.* Miraba hacia adelante, seguro todavía de su rumbo. "He estado varias veces al borde de la muerte, pero ignoro si volveré a salvarme", manifestó de repente. "Sin embargo, estaré listo. Sólo lamento irme con una mochila repleta de ideas". Diez días después, el 26 de septiembre de 1945, falleció. De su último concierto sólo quedaron sin terminar 17 compases.

Aunque Bartók nunca dudó que su música acabaría gustando, ni siquiera él podía haber previsto la popularidad que ha alcanzado entre los melómanos. Su única ópera, *El castillo de Barba Azul,* ha sido presentada 500 veces. Su *Concierto para orquesta* figura continuamente en los programas. Y Budapest, que antes lo menospreció, hoy ostenta una escuela de segunda enseñanza, una avenida y una plaza que llevan el nombre de Béla Bartók.

En cierta ocasión, alrededor de 1935, después de que toqué tres conciertos para piano de Beethoven con la Orquesta Filarmónica de Budapest, Bartók vino a verme detrás del escenario.

—Algún día tocaré tres conciertos suyos en una sola noche —le prometí efusivamente.

—No sea absurdo —replicó sonriente—. Usted sabe muy bien que sólo he compuesto dos. Además sería imposible hallar un público que aguantara semejante programa.

Una de mis mayores penas ha sido que 20 años después, cuando cumplí en Bruselas mi promesa, Béla Bartók no estuviera allí para escuchar la ovación.

La foto de unos huérfanos, publicada en la primera plana de un importante diario, cayó como un reproche en Nueva York . . .

y se ablandó el duro corazón de la gran urbe

POR JIM BISHOP

AL SALIR del ascensor en el quinto piso del Hospital de San Vicente, Frank Walker, que iba apoyado en muletas y con el pie derecho calzado con un zapato de espuma de plástico, parecía uno más entre los pacientes que deambulaban por los corredores de la clínica. Corpulento, de 28 años de edad, sufría fractura del tobillo. Hombre muy apegado a la familia, había prometido visitar a su prima Patricia Walker.

Los Walker son muchos. Casi todos nacen o mueren en el Hospital de San Vicente, situado en la parte baja del West Side (lado occidental) de la Ciudad de Nueva York. Las mujeres saben muy bien lo que es cocinar para ejércitos de chiquillos en viviendas sofocantes; los varones trabajan en los muelles.

Ya en la habitación 525-W, Frank Walker dejó las muletas apoyadas contra la pared, debajo de un crucifijo grande y doliente, se acercó renqueando a la cama y dio un beso a su prima. Patricia se reponía de una operación relativamente sencilla: la extirpación de un quiste.

Afuera estaba ya oscuro y hacía frío, aunque eran apenas las 5:30 de la tarde. Un borrascoso viento del oeste había elegido el 29 de enero de 1975 para azotar la dura fachada del hospital. En el interior imperaba el olor del fenol que empapaba la bayeta de limpieza. Frank se quitó el abrigo y lo puso a los pies de la cama. Salió luego al pasillo y preguntó a un mozo dónde estaba el lavabo para señores. El mozo le dijo que el tocador de aquel piso estaba reservado a las señoras; por consiguiente, Frank tendría que bajar un piso.

Dejó allí las muletas y, cojeando, con el pie derecho metido en su bota de espuma sintética, echó por el corredor hacia la escalera.

EN EL cuarto número 426 del Hospital de San Vicente, el juez John Reilly firmó una orden judicial pa-

ra que trasladaran a Raymond Tubar, muchacho flaco de 19 años de edad peinado al estilo africano, al Hospital de Bellevue, donde le harían un reconocimiento siquiátrico. Lo habían arrestado una semana antes por un supuesto asalto a transeúntes en el barrio de Greenwich Village. La policía dijo que varias veces se dejó caer de rodillas para besar los pies a algún peatón, tras de lo cual se levantaba y le pegaba con una tabla en la cabeza. Según el informe, al ser detenido por dos agentes de la policía, dio un golpe a uno, y en vista de ello el segundo sacó el revólver y disparó.

Después de curar a Tubar las heridas que había recibido en una oreja y en una de las mejillas, lo mandaban a Bellevue, donde el muchacho sabía que los presos iban a una sala-prisión muy bien custodiada. (En el Hospital de San Vicente no había tal cosa.)

—¿Puedo ir al excusado? —preguntó el joven delincuente.

El agente de la policía John Dicembre, hombre moderado y afable, encargado de llevar a Tubar a Bellevue, asintió con un movimiento de cabeza. El muchacho y Dicembre se dirigieron al tocador del cuarto piso, que estaba entonces desocupado.

—Entra —ordenó el agente—. Yo te espero aquí.

Jim Bishop es columnista de una agencia periodística norteamericana; autor de *El día que nació Jesucristo, El día que Kennedy fue asesinado, El último año de Franklin D. Roosevelt*, etcétera.

Patricia Cavagnet, también visitante, morena y muy bonita, aguardaba el regreso de Frank Walker en la habitación 525-W. Frank había dado a la familia la noticia de que se iba a casar con ella. Los Walker no tenían nada contra la joven Cavagnet, pero en su opinión la boda era un poco precipitada. Hacía apenas 13 meses que había muerto Eleanor, la esposa de Frank.

Para ser sinceros, Frank Walker era un joven de mala suerte, y la familia lo sabía. Con toda su estatura y sus 105 kilos, era un bonachón siempre dispuesto a parar cualquier riña que estallara en las tabernas del barrio. Y sin embargo, si pasamos revista a su vida, tendremos que concluir que la suerte le había sido adversa.

A los diez años (decimos bien: a los diez) se enamoró perdidamente de una compañera de escuela, Eleanor Capone. Era una niña de tez color de aceituna, de negros cabellos, con un concepto de la vida amable y sencillo. A una edad en que ninguno de los dos habría sabido si amor se escribe con hache o sin ella, Frank y Eleanor se hicieron novios.

A los 16 se casó con Elly, y a los 23 ya eran padres de seis hijos: Raymond, Linda, Frank, Theresa, Danny y Kelly. Frank trabajaba en los muelles metiendo mercancía en cajas y también como portero de un edificio. He aquí, pues, a un hombre joven, con dos empleos y con ocho bocas que alimentar. Pero él y Elly vivían como si fueran suyas todas

las riquezas del mundo. Para ambos, todos los días eran de San Valentín . . . hasta que llegó el 9 de diciembre de 1973.

Esa noche Frank y Elly fueron a una fiesta. Era una noche glacial y caía un fuerte aguacero; y cuando la pareja regresaba a casa, Frank chocó con su camioneta contra la puerta de hierro y hormigón del cementerio del Sagrado Corazón. Eleanor murió en el acto. Frank perdió el sentido; sufrió cinco fracturas en la pelvis, y la pierna izquierda se le clavó en el abdomen.

Estuvo en cama en el hospital durante semanas enteras, revolviéndose, gimiendo sin cesar y pidiendo ver a Elly. Por fin su padre y su tío, Dinny Walker, tras de hablarle de la voluntad de Dios, le hicieron saber la dolorosa verdad.

La muerte de Elly llevó a Frank al borde de la locura. Durante el día embalaba mercancías en los muelles, pensativo, meditabundo. Por la noche se entregaba con devoto cariño a sus hijos y a fregar los pasillos y pulir los buzones del edificio. A veces uno de los Capone o de los Walker iba a hacer compañía a los niños.

En esa época Frank empezó a salir con Patricia Cavagnet, de quien se enamoró. La joven mostraba gran cariño por los chicos y los trataba como si fueran suyos; y ellos le correspondían. El despreocupado Frank, que vivía poco menos que en la pobreza, anunció a los Walker y a los Capone que se casaría con Pat cuando el médico del sindicato le autorizara a prescindir del zapato de espuma de plástico.

"¡Vámonos!" gritó el agente Dicembre. "Ya has tardado bastante". Y abrió la puerta del lavabo del cuarto piso. Parece ser que Tubar estaba esperando. Según la reconstrucción de los hechos que practicó la policía, el muchacho le dio un fuerte golpe en la cabeza con los puños cerrados, e inmediatamente le saltó encima, luchando para arrebatarle la pistola.

En el momento en que Frank Walker llegó por la escalera y se dirigía al tocador de hombres, se oyó una detonación. Hubo gritos y carreras de las personas que estaban en el pasillo y escapaban. Pero Frank no corrió. Vio que un agente de la policía se tambaleaba y se apoyaba contra la pared con las manos chorreando sangre y que un muchacho, cubierto con una bata del hospital, blandía una pistola. Walker pudo haber escapado, pero en vez de ello se adelantó cojeando y gritó: "¡Basta! ¡Ya no dispares!"

Frank Walker, con riesgo de su vida, pensó que lograría arrebatar el arma al joven antes de que pudiese disparar de nuevo. No lo consiguió. La bala lo alcanzó en la barbilla, se desvió hacia abajo y fue a alojársele en un pulmón.

El herido se alejó lentamente y, cruzando el pasillo a trompicones, entró en una habitación con dos camas y se desplomó boca arriba en el suelo. Según el informe de la policía, Tubar disparó allí contra

Walker, a quien entró una bala por el bajo vientre con recorrido hasta la parte superior del tórax.

EN EL barrio de Jackson Heights, en la sección neoyorquina de Queens, Raymond Walker, de 12 años de edad, hacía temporalmente de jefe de la casa. Ordenó a sus hermanos menores que guardaran sus juguetes y se lavaran las manos para sentarse a la mesa; Linda, de 11, había preparado la comida. Uno de los pequeños se rebeló y Ray le dijo: "Muy bien. Papá volverá pronto y te castigará".

Entre tanto, en la habitación 525-W, George Walker, padre de Frank, que también había ido a visitar a Patricia, oyó sonar las sirenas de la policía. Pensó que su hijo tardaba mucho en volver. "Iré a buscar a Frank", declaró.

Al bajar al cuarto piso, George Walker se encontró con una multitud de agentes de policía. Abriéndose paso entre ellos, vio sangre en el suelo. Y en seguida descubrió la bota acojinada de su hijo.

George, hombre ya de edad madura, rompió a llorar. "¿Adónde se lo han llevado?" clamaba. "¡Díganme adónde!" Los agentes le indicaron que fuera al quirófano del octavo piso. Así lo hizo, y allí se detuvo viendo entrar y salir médicos y enfermeras. Pero aún ignoraba qué le había sucedido a Frank. "No es un cuadro muy agradable, señor", fue lo único que le dijeron.

EN EL segundo piso varios policías, pistola en mano, sometieron al asaltante en la sala de rayos x, donde se había ocultado.

De algún modo corrió por el Hospital de San Vicente la noticia del hombre que se moría por haber tratado de salvar la vida a un agente de policía. En el vestíbulo, un agente se quitó la gorra del uniforme y, extendiéndola, pedía contribuciones para "el paisano". Ni siquiera sabían el nombre del herido. Varios agentes dieron dinero; otros se remangaban la camisa y preguntaban: "¿Dónde está el banco de sangre?" Michael Codd, director de la policía, anunció: "Si ese hombre muere, tendrá funerales de inspector" (honor que nunca se había concedido a un civil).

En el séptimo piso, John Dicembre, que tenía una bala alojada en el hígado, se debatía entre los sombríos límites de la vida y los confines luminosos de la muerte. Permanecería suspenso entre ambas por espacio de tres meses, balbuciente, lloroso, cayendo en estado de coma, volviendo en sí sólo para recaer. Su mujer, Nancy, pasó un centenar de días sumida en el llanto. Cuando ya no le quedaban lágrimas, miraba el rostro de su esposo, moreno y agraciado, hundido en la almohada; y rezaba por sus dos hijos.

A LAS 8 de la noche Raymond Walker apagó el televisor y ordenó a sus hermanitos que se fueran a la cama: ya era hora de acostarse, les dijo. En aquel mismo momento fallecía el padre de los niños.

Las prensas del periódico *Daily News* imprimían la crónica del suceso a las 9 de esa misma noche. El jefe de información gráfica llamó al fotógrafo Tom Middlemiss y le dijo: "Vaya en seguida a Jackson Heights y tome unas fotos de los chicos Walker".

Poco después de las 9, el padre Frank McDonough, de la iglesia de Santa Juana de Arco, se presentó en la vivienda de los Walker y encontró allí a dos agentes de la policía. El sacerdote es hombre apuesto y de cabeza blanca, a quien los niños de Walker conocían bien, porque les daba lecciones de doctrina cristiana. Y tuvo la penosa impresión de que los chicos sabían qué iba a decirles.

Llegó luego el tío Ralph Capone. Nadie hablaba. A la memoria de los niños venía aquella noche glacial de hacía 13 meses. En aquella ocasión llegó un agente de policía; después un clérigo; y en seguida el tío Ralph. Los cuerpecitos se iban poniendo más tensos a cada momento. El sacerdote les dijo al fin:

—Papá ha tenido un accidente.

Los más pequeños comenzaron a negar, incrédulos, con la cabeza. Sólo Raymond pudo hablar.

—¿Papá está herido... o ha muerto? —inquirió.

El padre McDonough, con un nudo en la garganta, repuso:

—Está ya en la gloria, al lado de tu madre.

Era la segunda vez que la muerte venía a sumir a aquellos niños en la desolación. Y rompieron a llorar. El tío Ralph les pidió que recogieran su ropa y se fueran con él.

Los chicos Walker estaban junto a una cama cuando entró Tom Middlemiss, que tomó la fotografía de aquellos rostros infantiles, tristes, rencorosos... El sacerdote y el tío Ralph quedaban detrás de ellos.

Para el *Daily News* aquel fue un buen reportaje: un episodio de dolor humano y de heroísmo. La foto de los huérfanos salió en la primera página del diario, y en ella los niños parecían mirar a la población de Nueva York acusadoramente. Y la ciudad debió encararse con su propia conciencia.

Nadie es capaz de predecir cómo se puede despertar la compasión de una gran urbe. En aquel caso lo logró una fotografía. A las 3 de la madrugada empezaron a llegar unas cuantas personas por alguna de las estaciones de policía de toda la ciudad, a dejar dinero y prendas de ropa "para los huérfanos Walker". Hacia las 9 de la mañana los donantes llegaban ya en ríos.

El conmutador telefónico del *News* estuvo funcionando toda la noche, recibiendo llamadas de lectores deseosos de prestar auxilio, y el diario abrió un Fondo para los Niños Walker. Howard Rubenstein, de la Sociedad por un Nueva York Mejor, se comunicó por teléfono con Rexford Tompkins, presidente del Banco de Ahorros de los Muelles, quien en el acto ordenó al gerente de cada sucursal que fijara en sus vitrinas un letrero, diciendo: Ayude

USTED A LOS CHICOS WALKER. AQUÍ SE RECIBEN DONATIVOS.

Abraham Beame, alcalde de la ciudad, hizo entrega de un cheque personal. Una pandilla de jóvenes vagabundos echó sobre el escritorio de una estación de policía la suma de 22,30 dólares, y escapó a todo correr. La Asociación Benévola de Tenientes de la Policía votó en favor de que dieran a los huérfanos Walker 5000 dólares y el Fondo de Auxilio de la Policía donó 2500.

Un médico expresó los sentimientos de millares de neoyorquinos al escribir: "Queridos hijos de Frank Walker: El padre de ustedes fue un verdadero héroe, digno de la más bella tradición. Todos los ciudadanos de este país nos enorgullecemos de su noble sacrificio. Además del cheque que aquí envío, les ofrezco gratis mis servicios profesionales de ortopedista a todos ustedes (si alguna vez llegan a necesitarlos) hasta que cumplan 21 años de edad. Tengan fe y cuídense unos a otros..."

Cierta mujer escribió: "No estoy en situación económica para dar dinero, pero sé cocinar..." Otra tocó una cuerda sensible: "Tal vez los Frank Walker que haya en el mundo contribuyan a devolvernos la fe en la humanidad". Los informes de la policía conservaban tóda su gravedad: "Del oficial de operaciones de la Estación número 5: A las 11:00, aproximadamente, un varón hispanoamericano depositó aquí un sobre con 40 dólares. El donante se negó a proporcionar su nombre o su dirección".

El Consejo de la Ciudad de Nueva York votó para reformar la Ley del Buen Samaritano y otorgó a los huérfanos Walker 8582 dólares anuales hasta que Kelly (entonces de cuatro años de edad) cumpliera los 18. Los huérfanos asistieron a los funerales, y por las ventanillas de un gran automóvil reluciente vieron que 2500 agentes de la policía (allí presentes por propia voluntad) saludaban militarmente al pasar el féretro en que conducían el cadáver de su padre.

LOS DONATIVOS, que a principios de febrero del año pasado constituían un torrente, cesaron por completo a fines de junio, pero el total recibido llegó a 440.000 dólares. Los Walker y los Capone se dividen el cuidado de los niños. Cuando Raymond se enteró de la cantidad, pareció que no comprendía tanto. Preguntó muy serio: "¿Creen ustedes que bastará —es decir, no lo sé— para comprar una casa, de modo que mis hermanos y yo podamos estar juntos otra vez?"

El agente John Dicembre estuvo cinco meses en el hospital. Aunque su recuperación ha sido notable, aún requiere hospitalización de vez en cuando.

ME PARECE muy apropiado que al comienzo de una cacería se dé a las liebres y a los faisanes debida advertencia con acostumbrados toques de trompeta.

—Gustav Heinemann



El verdadero propósito de los libros es cautivar el entendimiento e inducirlo a sus propios raciocinios. —Christopher Morley

Nos consolamos con pequeñeces porque son menudencias las que nos afligen. —Blaise Pascal

La gente que deja el hábito de fumar, suele remplazarlo por otro . . . como el de jactarse. —B.W.

Tacto: El arte de ganar una discusión sin haber ganado un enemigo. —H.W.N.

Lo que sabemos no importa; lo que cuenta es qué pensaremos de ello más adelante. —L.A.

Maduramos el día en que reímos francamente por primera vez . . . de nosotros mismos. —Ethel Barrymore

Agradecimiento: La memoria del corazón. —B.B.

Mientras tengamos una ventana, la vida es emocionante. —G.T.

A veces el triunfo está a la misma distancia que una idea. —F.T.

Proponte ser benévolo con los jóvenes, compasivo con los ancianos, comprensivo con los que se esfuerzan, tolerante con los débiles y los equivocados. Alguna vez en la vida habrás sido todo esto. —D.L.

Los mapas de caminos explican al automovilista todo lo que necesita saber, pero nunca le dicen cómo hay que plegarlos de nuevo. —Anónimo

Para no ahogarse en el mar

POR PETER BENCHLEY,
autor de "Tiburón"

Los accidentes que cuestan la vida a tantos bañistas obedecen casi siempre a la ignorancia o al exceso de confianza. Evitémoslos observando estos consejos.

EL 21 de agosto de 1973, por la mañana, varias docenas de personas estuvieron a punto de perder la vida frente a la playa de Nauset, en el cabo Cod (Massachusetts). A las 11:23 el guarda Lee Anderson vio un muchacho que se debatía entre las olas, e inmeditamente se arrojó al agua, esperando que su jefe, Gary Guertin, lo siguiera con una cuerda. Pero este último ya se esforzaba en salvar a una pareja de ancianos que luchaban débilmente para mantenerse a flote. Y pronto hormigueaban en el agua 50 o 60 personas en apuros que, arrastradas súbitamente mar adentro por una violenta corriente, se entregaron al pánico y empezaron a pedir auxilio a gritos. "El agua se retiraba velozmente de la playa", explicó luego Guertin a un periodista. "Fue como si alguien hubiera quitado un tapón en el fondo del océano y éste se precipitara por el desaguadero".

Inmediatamente se solicitó la ayuda de equipos de salvamento de otros pueblos vecinos, y el Servicio de Guardacostas despachó un vehículo anfibio y dos helicópteros. Gracias al esfuerzo en masa pereció solamente una mujer cuyo corazón falló en el Hospital de cabo Cod; pero la ironía del caso fue que la corriente, aunque súbita y violenta, no hubiera puesto en serio peligro la vida de quien de verdad supiese nadar en el océano. Pero son muy pocas las personas que lo saben.

Lo esencial para nadar sin riesgo en el océano es comprender el agua. El mar jamás está inmóvil. Por mucho que semeje un lago, no nos fiemos de su apariencia: *bajo esa superficie de espejo hay un mundo en constante movimiento.*

Los vientos predominantes, por ejemplo, podrán impulsar las olas en ángulo hacia la playa (rara vez la baten de frente), produciendo una corriente paralela a la costa. No hay que temerla, a menos que sea muy impetuosa. Bastará mirar un

objeto o punto de referencia en la playa y observar con qué velocidad nos aparta la corriente de él: cuanto más rápidamente nos lleve, más cerca de la orilla debemos quedarnos. No le hagamos frente nunca; si deseamos regresar al punto de partida, nademos cruzándola o *en diagonal* hasta la arena y volvamos a pie por la playa. (Esto de no nadar jamás contra la corriente es esencial, y hay que repetirlo. Si al lector le gusta el mar, aprenda a nadar a su favor; nunca luche contra él.)

En su mayoría, los conocedores suponen que el pánico provocado a los bañistas de Nauset por la brusca retirada del agua tuvo el siguiente origen: en algún punto frente a la playa se había formado un banco de arena, por encima del cual pasaron millones de toneladas de agua hacia la costa. En un momento dado el nivel del mar entre el banco y la playa fue ligeramente superior al del resto del océano, y naturalmente el agua tuvo que fluir hacia adentro. Entonces cedió una parte débil de la barra de arena y se produjo un efecto de embudo. La corriente se precipitó hacia la abertura, arrastrando con ella a los nadadores que, asustados, trataron de vencerla y pronto quedaron exhaustos.

Esta clase de corriente es común y podemos descubrirla desde la costa. Se advertirá una faja diferente de agua de 15 a 50 metros de anchura que se dirige hacia alta mar. Quizá esa diferencia esté en que el agua se ve extraordinariamente arenosa, sucia u oscura, o en que se forman en la superficie olas pequeñas, encrespadas y revueltas. Además, arrastrará consigo espuma, trozos de madera o hierbas. (La fuerza de esta corriente es sumamente débil muy cerca de la orilla, de modo que no encierra peligro para los niños que juegan al borde del mar.)

El nadador arrastrado por una de estas corrientes tiene dos posibilidades para elegir: nadar paralelamente a la costa, cruzando la faja hasta que salga de su influencia, o dejarse llevar por ella. En este caso pasará a través de la abertura del banco; unos 25 metros más allá la corriente se extingue, y entonces podrá rodearla y regresar a la playa. (Si el banco no está razonablemente cerca de la costa, el nadador común elegirá probablemente la primera solución.)

Otro peligro serio son ciertas corrientes de resaca que se inician en la playa y pueden derribar a un niño y llevárselo en unos segundos a aguas profundas o agitadas. Su causa puede ser alguna depresión formada en la arena entre olas que rompen. El agua, al volver, se dirige a esta depresión y pronto fluye hacia el mar con fuerza irresistible. (Otra causa es la corriente paralela a la playa que se desvía mar adentro por un muelle, un rompeolas o un cabo.) El radio de acción de estas corrientes puede ser muy estrecho en su origen, de uno o dos metros hasta 15 o 20, y nunca se internan tanto en el mar como la corriente ocasionada por un banco. Generalmente se disipan unos cuantos me-

tros más allá de donde rompen las olas. Pero el nadador desprevenido que se vea arrastrado por esta especie de resaca puede muy bien asustarse y perecer.

El aspecto de tales corrientes es semejante al de las producidas por un banco: una faja de agua turbulenta y descolorida, y una línea de espuma que se retira directamente de la orilla. La forma de librarse de ellas es también parecida: nadar paralelamente a la costa hasta ponerse fuera de su alcance, o dejarse llevar más atrás de las olas, hasta que su efecto disminuya. No nos esforcemos en volver directamente a la playa; sería inútil.

Al llegar a una playa desconocida, la mayor parte de los bañistas inexpertos preguntan si hay resaca, que, por cierto, es más fuerte en las playas estrechas y muy pendientes. La resaca es el agua que, después de arrojada contra la costa, vuelve rápidamente al mar ayudada por la gravedad. El nadador suficientemente experto para no resistir, se dejará arrastrar unos cuantos metros hacia aguas más profundas; luego, al romper la nueva ola, la corriente cesará y él será llevado hacia la playa por la siguiente ola. En cambio, si opone resistencia, se arriesga a que la nueva ola rompa sobre él. El golpe del agua, que pesa algo más de un kilo por litro, puede atontarle, quitarle el aliento y hasta, si el oleaje es fuerte, romperle la columna vertebral.

Hay un gran número de nadadores que saben muy poco acerca de las olas. Éstas no viajan en grupos de tres (ni de cinco o siete, como otros creen), sino que forman "trenes" que pueden pasar unos sobre otros. Antes de entrar en el mar conviene observar el oleaje durante unos minutos. Acaso veamos cuatro olas pequeñas, luego una grande, después cuatro pequeñas, y otra vez una grande. Se trata de un tren que pasa a otro: el tren de olas grandes tiene entre sus crestas una distancia de cuatro pequeñas aproximadamente. Después de hacer esa observación, si queremos que nos lleve una de las olas mayores, sabremos que debemos esperar el paso de cuatro pequeñas para reponernos antes de que nos alcance la más próxima de las grandes.

Si tomamos mal una ola y nos revuelca entre espuma y arena, no obedezcamos a nuestro instinto de luchar para salir a la superficie. (El agua revuelta está llena de burbujas y no mantendrá a flote a un nadador.) Relajemos los miembros y adoptemos una postura encogida o fetal (el brazo o la pierna rígidos pueden romperse como ramas secas al chocar contra el fondo). Dejemos que la ola juegue con nosotros. La corriente nos llevará a un lugar tranquilo donde podremos volver a sacar la cabeza.

Para evitar un mal rato, tomemos algunas precauciones previas:

- Arrojemos al agua un trozo de madera y observemos lo que le ocurre. Si avanza rápidamente en una u otra dirección a lo largo de la costa, será señal de que hay fuerte corriente lateral.

• Si deseamos volver en la cresta de una ola, observemos romper a lo menos una docena antes de intentarlo, para asegurarnos de que no daremos con una demasiado grande.

• Si nos acompañan niños que no sepan nadar, asegurémonos de que juegan en la arena, lejos de la marca humedecida por la ola más grande. El arrastre que el oleaje puede ejercer es mucho más fuerte de lo que parece, y los que jueguen a su alcance deben saber mantenerse a flote por lo menos hasta que lleguen a sacarlos.

• Busquemos señales de corrientes mar adentro.

• Antes de permitir que alguien entre en el mar, asegurémonos de que otra persona lo observe.

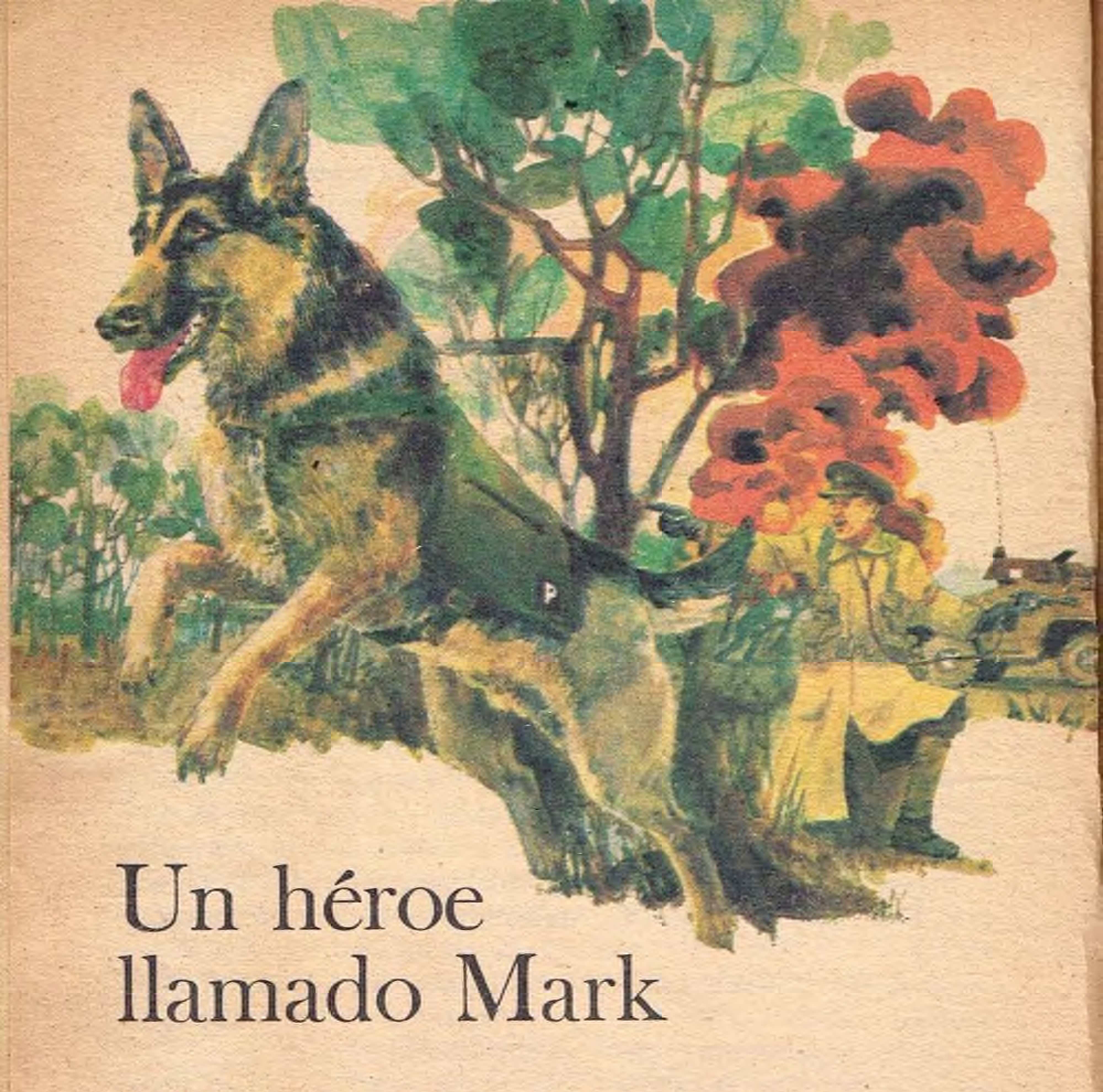
• Las costas rocosas y las zonas de arrecifes u otras obstrucciones pueden formar corrientes y oleaje engañosos. Debemos estar vigilantes siempre.

Si, a pesar de lo fácil que es evitar accidentes, el nadador siente que está a punto de ahogarse, nunca debe agitar los brazos sobre la cabeza para llamar la atención, pues pesan más fuera del agua y le harán hundirse. Empleará en cambio otro método con el cual hasta los más mediocres nadadores pueden mantenerse a flote indefinidamente. Las dos premisas son: 1) casi todos flotamos si tenemos los pulmones llenos de aire; 2) es mucho más fácil y menos cansado flotar en posición vertical que horizontal.

Flotando verticalmente, con las manos colgando a los costados del cuerpo, el nadador en peligro hace una inspiración profunda, retiene el aire y permanece inmóvil, con la cara hundida en el agua. Tan pronto como siente el deseo de volver a respirar espira lentamente por la nariz. Alza los brazos, los cruza ante el rostro y luego los extiende como si estuviera abriendo una cortina. Una vez abiertos, empuja con las palmas hacia abajo y echa atrás la cabeza. Entonces la boca sale a la superficie; aspira de nuevo, baja la cabeza y los brazos y reasume la relajada posición anterior. Una vez consciente de que el método resulta, pierde el miedo, vuelve a la horizontal y se dirige hacia la playa.

Pero, ¿qué hacer si nos da un calambre? Lo importante es no dejarse dominar por el pánico. Se debe aflojar lo más posible la extremidad afectada, ponerse en la posición que resulte más cómoda y dar masaje al músculo hasta sentirse mejor. Algunas personas tratan de seguir usando el brazo o la pierna, lo cual agrava el calambre.

La gente tiende a atribuir malevolencia al mar. Llama "traidoras" a las corrientes y "violentas" a las olas. Tal tendencia es, me parece, sintomática de la persistente negativa del hombre a reconocer que debe convivir con la naturaleza, no tratar de dominarla. Debemos aceptar el océano tal como es: un ambiente distinto, pero no hostil; placentero y provechoso para quien lo afronta con cautela y bien preparado; y casi siempre fatal sólo para el nadador imprudente.



Un héroe llamado Mark

Los hombres arrostran los peligros y horrores de la guerra por muchas razones, pero los perros solamente por una: el cariño a su amo.

POR JOHN COLLINGS

EL TENIENTE coronel "Hoppy" Hopkinson, comandante de nuestra unidad, era muy afecto a darnos sorpresas. Estricto hasta la exageración, estaba dispuesto a mantenernos en forma a fuerza de una ruda disciplina.

Un día de diciembre de 1939, poco después de estallar la segunda guerra mundial, nuestra unidad de

ILUSTRACIÓN: RONALD DU REPOS

reconocimiento se hallaba en el nordeste de Francia. El comandante nos había obligado a hacer unas prácticas tan arduas que era casi medianoche cuando nos derrumbamos extenuados en nuestros vehículos blindados. Al cabo de una hora desperté repentinamente al oír un angustioso grito; todavía medio dormido, salí del carro tambaleándome y vi que Hoppy luchaba a cuatro patas con Mark, mi perro de pastor alemán. El coronel había avanzado arrastrándose por una zanja con la intención de sorprendernos, pero el que recibió la sorpresa fue él; Mark lo agarró por los fondillos de los pantalones y lo tenía inmovilizado.

—¡Quítame esta fiera de encima! —vociferó Hoppy, orden que cumplí en el acto. Con el uniforme cubierto de lodo y un gran desgarrón en los pantalones, el coronel se levantó furioso y me increpó—: Estaban todos dormidos, como de costumbre.

—Discúlpeme, señor —contesté—, pero no todos dormíamos.

Y le señalé a Mark, que movía alegremente el rabo a mi lado. Hoppy (necesitó seis puntos de sutura en la herida) se mostró magnánimamente de acuerdo con mi aclaración.

Mi amistad con Mark era mucho más estrecha de la que generalmente une a un ser humano con su perro, pues se trataba, en realidad, de mi compañero de armas. Lo vi por primera vez en Valenciennes, cerca de la frontera con Bélgica, donde estábamos acantonados junto a un destacamento francés especializado en amaestrar perros para la guerra. Como me encantan estos animales (de los que soy buen conocedor, ya que he amaestrado a varios que han ganado concursos), supe apreciar el magnífico estilo de Mark al hacer los ejercicios y decidí ingeniármelas para quedarme con él y combatir juntos.

Busqué al sargento primero de la unidad y le dije que Mark me gustaba muchísimo; que estaba dispuesto a darle 1000 francos por él (suma que entonces equivalía a unos 25 dólares). El suboficial se encogió de hombros e insinuó:

—No es imposible que un perro rompa la cadena y se escape . . .

Le dije en qué hotel estaba, y el número de mi habitación, y sin más me despedí de él.

Al cabo de tres días me disponía a abrir la puerta de mi aposento cuando mi ordenanza gritó: "¡No entre, señor! ¡Hay un perro rabioso adentro!" Abrí la puerta y vi a Mark en un rincón, gruñendo ferozmente. No le presté ninguna atención; me vestí para la cena y salí.

Después de cenar fui a la cocina,

El teniente coronel John Collings, que estuvo adscrito al V Regimiento Real de la Guardia de Dragones de Inniskilling, se alistó en el Ejército inglés a la edad de 16 años, y sirvió más de 30 en él. Ha actuado con frecuencia como juez y competidor en los ejercicios de campaña para perros, tanto en Canadá como en los Estados Unidos. Vive en Canadá desde hace 16 años, y tiene su residencia en Sainte Anne de Bellevue (Quebec).

tomé una gran fuente llena de estofado y la coloqué al lado de Mark, junto a un cuenco con agua. El perro no quiso olfatear siquiera la comida y yo me desnudé y me metí en la cama. Durante la noche se me acercó y me olisqueó la mano. Más tarde lo oí beber, y mucho después devorar ansiosamente el estofado. Por último, se acurrucó en su rincón y se echó a dormir.

A las 6 de la mañana me levanté y salí a desayunarme. Volví con una correa y por primera vez llamé a Mark por su nombre, tras lo cual, con ademanes firmes y tranquilos, le puse la correa en torno del cuello y le abroché el cierre.

Mark no se movió ni lanzó el más leve gruñido. Me incorporé, le volví la espalda y, llamándolo de nuevo, me dirigí hacia la puerta. Me siguió el can como un manso cordero y nos dirigimos hacia los barracones del cuartel. Cuando llegamos a mi despacho Mark se echó a mis pies mientras yo me puse a estudiar unos documentos, y luego lo obligué a dar su primera caminata. De entonces data la carrera de uno de los perros más famosos del Ejército del Reino Unido. Para mí empezó una extraordinaria amistad que se prolongaría 13 años.

Enseñé muchas cosas a Mark y lo habitué a las detonaciones de fusiles y morteros. Nuestra unidad tenía la misión de ir de acá para allá reconociendo las posiciones de vanguardia a fin de enviar información al cuartel general, y el perro podía ser valiosísimo para trasportar municiones y mensajes; en lo cual, en efecto, demostró ser un discípulo muy aplicado. Poco después era capaz de atravesar nadando un río, cargado con 200 cartuchos colocados en bolsas amarradas al cuerpo del animal, y se había convertido en un maravilloso guardián.

El 10 de mayo de 1940 los alemanes invadieron a Bélgica y Holanda con tal rapidez y densidad de fuego que los reductos aliados se derrumbaron como castillos de naipes. Nuestra misión consistió en intentar informar en pleno caos, en medio de una situación que cambiaba a cada momento. En el cumplimiento de este cometido, Mark se convirtió en un héroe a los ojos de mis hombres. Con frecuencia descabezábamos un sueño gracias a que el perro quedaba velando nuestro descanso. No ladraba nunca. Si sentía el menor olor o sonido sospechoso, avisaba con un sordo gruñido, sólo perceptible para el centinela.

Durante los últimos días de la retirada del Ejército inglés hacia la costa, Mark demostró su valía en distintas ocasiones. Una noche, tras una jornada de enconados combates en las llanuras de Flandes, advertimos que faltaban seis hombres de nuestro destacamento. Entonces uní una larga correa al collar del perro y lo envié junto con mi ordenanza para que los buscara. La noche estaba muy oscura, pero la habilidad del animal era asombrosa. Recorrió ágilmente la zona en que se había reñido el combate y halló la pista

de dos de los nuestros. Cuando Mark regresó, lo envié de nuevo a buscar, pero esta vez con la compañía de varios camilleros, a los cuales condujo en menos de una hora hasta donde estaban los cuatro hombres que habían caído heridos.

Otra noche estábamos defendiendo una posición sobre el río Cojeul, desde la cual logramos rechazar varios intentos alemanes de cruzarlo, gracias, sobre todo, al nido de ametralladoras que yo había colocado en un islote situado en medio de la corriente, y a cuyos servidores llevaba Mark municiones. Al rayar el alba vigilaba yo con mis gemelos de campaña su regreso de uno de los viajes, y observé de pronto que el agua saltaba en torno del can. Los alemanes habían abierto fuego contra él con una ametralladora y habían logrado hacer blanco. Cuando lo hirieron, Mark comenzó a nadar desesperadamente y conservó energía suficiente para alcanzar la orilla, pero cuando intentó subir resbaló y cayó de nuevo al agua.

Salté de la trinchera, pidiendo a voces que me protegieran disparando, y corrí agachado hasta llegar al río. Me descolgué por la ribera y logré agarrar a Mark por el collar; conseguí izarlo, pero en el momento en que me disponía a regresar arrastrándome hasta nuestra posición, sentí un agudo dolor en la pantorrilla. Una bala me había atravesado la bota y me rozó el tarso. Abrazando estrechamente a Mark, conseguí ir cojeando hasta ponerme a cubierto del fuego enemigo.

Mi herida, aunque dolorosa, no era grave, pero Mark estaba muy maltrecho, pues una bala le había desgarrado el abdomen. Le taponé le herida con un vendaje improvisado y sufrió el dolor sin un solo quejido. Por fin logramos volver a mi automóvil, donde lo arropé cuidadosamente con una manta para protegerlo en nuestro viaje hacia el puesto de primeros auxilios más próximo.

En nuestra retirada nos ordenaron regresar a Inglaterra en cualquier embarcación de que pudiéramos disponer; conseguimos llegar a Ostende el 28 de mayo (el mismo día que se rindió Bélgica), desde donde pudimos huir en un guardacostas inglés. Cuando el buque soltó amarras iba abarrotado con más de cien hombres; Mark yacía a mi lado en la cubierta, envuelto en mantas y demasiado débil para moverse. De pronto, cuando ya íbamos a mitad del Canal de la Mancha, una lancha torpedera alemana nos atacó casi a quemarropa y tuvimos que responderle con todo lo que teníamos (ametralladoras Lewis, fusiles y hasta revólveres), pero, antes de silenciarla, murieron diez de los nuestros y quedaron heridos unos veinte.

El siguiente problema que se nos planteó fue el de pasar de contrabando a Mark, para evitar que se le impusiera el habitual período de vigilancia sanitaria de seis meses. Mis hombres habrían luchado contra cualquier oficial que hubiera intentado separarlo de nosotros.

Al llegar a Dover tuve una inspiración cuando vi que iban colocando a los muertos en camillas, envueltos con sábanas impermeables. Administré a mi perro una buena dosis de morfina, lo coloqué en una camilla y lo envolví en una de aquellas sábanas. Luego marchamos en fila con las camillas por la plancha del portalón de salida, y franqueamos la policía militar y los aduaneros que se hallaban en el muelle. Pocas horas después nos hallábamos en Londres con nuestro perro.

Inmediatamente fui en automóvil al hospital militar de Millbank, y pedí ver al comandante médico, al que miré cara a cara para decirle:

—Perdone usted, mi comandante, pero traigo en el automóvil a un compañero que está malherido.

El médico me miró pensando que yo estaba loco.

—¿Le gustan los perros, señor? —le pregunté. Y le relaté la historia de Mark. Por fortuna aquel médico quería a los canes. Nos curó las heridas y se le tomó una muestra de sangre a Mark, que una enfermera llevó al cercano Hogar de Perros de Battersea. En seguida regresó con sangre para hacer a Mark una trasfusión que necesitaba con urgencia. Luego nos pusieron juntos en la misma habitación, en la que permanecimos un par de semanas.

Las enfermeras del Ejército adoraban a mi perro, y con sus cuidados se repuso tan completamente que durante la campaña relámpago de principios de 1941 llevó a cabo una hazaña cuyo recuerdo sigue siendo para mí uno de los más agradables. Mi esposa y yo pasábamos el fin de semana en el Hotel Dorchester, de Park Lane, y la noche del sábado, para sacar a Mark de nuestra habitación, lo dejé al cuidado del encargado del bar, que era amigo mío, y salimos a cenar. Luego nos dirigimos al salón de baile del hotel y comenzamos a bailar. Al poco rato advertí que otras parejas nos miraban y sonreían. Volví la cabeza y vi a nuestro querido pastor alemán saltando tras de mí sobre las patas traseras al compás de la música.

Durante tres años desempeñé un cargo en el servicio secreto militar, que me llevó por todo el territorio del Reino Unido, y en ese tiempo Mark siguió adquiriendo más habilidades.

Cuando residimos en una escuela de adiestramiento situada en Lochailort, en las Highlands occidentales, se distinguió mucho en la serie de experimentos que hicimos allí. Uno de ellos consistía en mover un blanco del tamaño de un ser humano al que se había unido un manojo de llaves, y que corría a lo largo de una habitación totalmente oscura, arrastrado por un hilo. Yo apoyaba un arma de fuego en la cabeza del perro, en la misma dirección que ésta, y apretaba el gatillo. Siempre hacía blanco en la figura. La razón de ello es que un can amaestrado expresamente mira derecho a la fuente de un sonido, aunque la oscuridad sea total.

Utilizando diversos procedimientos, intentamos también hacer que el perro perdiera una pista. Metíamos las botas del que hacía el papel de perseguido en amoníaco, gasolina y otras sustancias químicas, e incluso le hicimos llevar calzado de caucho perfectamente lavado con agua y jabón, que no se ponía hasta el momento de iniciarse la persecución, pero ninguno de esos ardides logró desorientar a Mark.

En 1944, el año en que los aliados invadieron a Europa, tomé el mando de un destacamento de asuntos civiles del gobierno militar, cuya labor consistía en seguir a las tropas y restablecer el orden. Poco antes del día del desembarco aliado, el general Eisenhower visitó Beachy Head, en Sussex, para pasar revista a las tropas del desembarco. El comandante supremo anduvo lentamente frente a nosotros y, al llegar a mí, observó que Mark estaba a mi lado y llevaba en el lomo las alforjas de municiones, entre cuyas correas se veía la señal de la antigua herida. Eisenhower se detuvo ante mí, que permanecía en posición de firmes, y me preguntó por Mark y su entrenamiento. De pronto señaló un camión del Ejército que se hallaba próximo, y me ordenó: "Veamos, mayor, qué clase de perro guardián tiene usted. Póngalo en aquel camión".

Bajé la puerta trasera del vehículo y le indiqué a Mark que saltara dentro. Eisenhower se volvió entonces a uno de sus ayudantes y le ordenó con un guiño pícaro: "Butch, a ver si ahora puede entrar usted en ese camión".

El llamado Butch puso cara de angustia, pero se acercó al vehículo valerosamente. En cuanto estuvo a un par de metros del camión, Mark comenzó a gruñir y a enseñarle los dientes; aquel hombre se detuvo en seco. "Mi general", suplicó en tono plañidero, dirigiéndose a Eisenhower, "¡creo que le sirvo más vivo que muerto!"

Ike lanzó una carcajada y exclamó: "¡Qué buen perro tiene usted, mayor!"

La noche del día del desembarco echamos pie a tierra en el sector encomendado a la 50 División británica. Cuando íbamos subiendo por la playa, Mark (que marchaba sólo a un paso delante de mí) se quedó repentinamente inmóvil, con las orejas enveladas y todo el cuerpo en tensión. Escudriñé cuidadosamente la playa que estaba ante nosotros y vi que en cierto lugar habían escarbado la arena. No queriendo correr peligros innecesarios, llamé a un zapador, el cual descubrió que, efectivamente, había una mina enterrada en aquel sitio. Si no hubiera sido por mi perro, el artefacto habría estallado a mis pies.

Tres semanas después Mark no fue tan afortunado. Mientras cruzábamos un terreno descubierto, una mina estalló pocos metros delante de nosotros y el animal saltó por los aires. Corrí a ayudarlo y vi que el ojo derecho se le había convertido en una masa informe y sanguinolenta, y que la pata delantera dere-

cha estaba también gravemente herida. Lo llevé a toda prisa al puesto de auxilios más cercano; allí le vendaron las heridas y le pusieron una férula en la pata, pero no pudieron salvarle el ojo, pues había quedado destruido el nervio óptico.

Mark logró recuperarse también perfectamente esa vez, pero, tuerto y cojo, ya no era muy útil al Ejército.

A pesar de ello, aún pudo ayudar al esfuerzo bélico tomando parte en una representación teatral de beneficencia que se organizó en Bruselas. Hacía el papel de perro fiel de una joven combatiente de la Resistencia, que había huido con él a una choza en el bosque. Los alemanes seguían sus huellas y de pronto se abría la puerta y entraban por ella dos nazis. (Previamente yo había tenido la precaución de ponerles colchonetas protectoras bajo los uniformes.) Cuando los alemanes saltaban hacia adelante para detener a la chica, Mark saltaba a su vez sobre ellos y los derribaba. Esta era la señal para que entraran otros combatientes, atasen a los nazis y rescataran a la joven.

Premiaron a Mark con grandes ovaciones y después fue conmigo por los pasillos de las butacas; la gente nos felicitaba y hacía donativos que ponía en las bolsas de municiones, colgadas aún de Mark (nueva forma de reunir una bonita suma para nuestras obras de beneficencia).

Al terminar la guerra concedieron a Mark medallas por su heroísmo en campaña, como a todos los demás soldados, y yo hice que se cosieran a sus alforjas las cintas distintivas. Después nos establecimos en Burgsteinfurt, agradable ciudad de Westfalia, donde desempeñé el cargo de Residente del Reino Unido. Mark gozó de gran comodidad y paz, y se hizo amigo de muchos alemanes, hasta que murió allí, en el verano de 1952. Lo enterré en el jardín de la encantadora y vetusta casa en que vivíamos, y poco después algunos de mis vecinos alemanes colocaron en su tumba esta inscripción: MARK, EIN TREUER FREUND ("A Mark, verdadero amigo"). Sobre esta tumba colocaron la efigie de bronce de un perro de pastor alemán.

El último día de mi residencia en Alemania, antes de jubilarme, fui al jardín a rendir a Mark un último tributo. Mientras contemplaba su tumba pensé en las muchas razones que hacen a los hombres arrostrar los peligros y horrores de la guerra: el sentido del deber, el patriotismo, la fe en una causa o la aventura. Pero para un perro todo eso se reduce a un motivo único: el cariño a su amo.

Sí; Mark fue un verdadero amigo. El mejor que he tenido.

LA MANERA más barata de averiguar nuestro árbol genealógico es postularnos para un cargo público. —C.P.

La reformadora ministra de Salud de Francia



Por Claude De Leusse

A los pocos meses de haber sido nombrada para el "cargo técnico" que ahora ocupa, Simone Veil era ya, como sigue siendo, una de las figuras políticas más discutidas de Francia.

Bergen-Belsen, 7 de mayo de 1945. Dos días antes los reclusos del campamento de la muerte, rapados, con los ojos desencajados por el hambre, habían hecho acopio de las pocas fuerzas que les quedaban para dar la bienvenida a sus liberadores. Un oficial británico traba conversación con una prisionera.

—¿Tiene usted hijos? —inquiere.

—¿Qué edad cree usted que tengo? —pregunta aquel frágil esqueleto que viste el uniforme carcelario.

El oficial reflexiona un momento y se aventura:

—¿Cuarenta, tal vez?

En realidad, la mujer, Simone Jacob, tiene sólo 17 años de edad.

En la actualidad Simone Veil parece tener diez años menos de los 48 que ha cumplido ya. Nombrada ministra de Salud de Francia en mayo de 1974 (la primera mujer que ocupa un cargo ministerial desde Germaine Poinso-Chapuis, en 1948), tuvo que encararse a la formidable tarea de defender el programa del gobierno para la legalización del aborto ante la Asamblea Nacional. Desempeñó su cometido con tanta autoridad que uno de sus adversarios exclamó:

—Simone Veil es el único *hombre* que hay en el gobierno.

A lo cual la nueva ministra replicó vivamente:

—Esa es una observación típicamente misógina.

Madame Veil no tardó mucho en conquistar a los franceses. Hasta entonces casi desconocida, antes de un año recibía el 55 por ciento de los votos en una encuesta pública sobre popularidad: más que cualquier otro político de Francia.

A muchos se los ganó sencillamente por sus armoniosas facciones y sus grandes ojos verdes, cuando apareció en la cubierta de una revista, o bien por su discreta elegancia y paso firme mientras las cámaras de la televisión la enfocaban al atravesar el patio del palacio del Elíseo. Los hombres se sienten atraídos por *Madame* Veil y las mujeres se identifican con ella. Al fin y al cabo, ¿acaso la señora Ministra no es madre de tres hijos y abuela de una niña? Además, ¿no se encarga ella misma del manejo de su casa?

Pero tiene todavía otra cualidad, que presentí cuando me recibió en su vasta oficina en el edificio de la avenida de Ségur donde se alojan los 2500 empleados del Ministerio que ella encabeza. Tal vez sea la serena determinación que emana de las personas que han llegado a la sima de la desventura humana y se han sobrepuesto a su infortunio. Cuando la interrogué acerca de su repentina popularidad, me respondió: "Mi único secreto es que disfruto de la vida, de las cosas fundamentales"

Fue feliz en su niñez. Su padre, André Jacob, fue un laureado arquitecto residente en Niza. Sus maestros en el Liceo de Niza descubrieron que Simone era obstinada, inteligente, vivaz, pero ingobernable. Las muchachas exploradoras le dieron el nombre de "La liebre agitada".

En 1940, en obediencia a los reglamentos oficiales de tiempo de guerra, los Jacob se declararon judíos. No eran profundamente religiosos y creyeron que esa manifestación sería sólo una formalidad. Pero en 1942 los alemanes invadieron la parte de Francia que antes no habían ocupado. Después que Adolph Eichmann decretó la deportación de 100.000 judíos franceses, la familia Jacob se dispersó; dormían en casa de algún amigo y cambiaban a menudo de domicilio.

En marzo de 1944, un día después de haber hecho sus exámenes de bachillerato, Simone fue arrestada por la Gestapo en una calle de Niza.

La joven, su madre y su hermana Milou fueron enviadas a Auschwitz, y su hermana Denise a Ravensbruck. También detuvieron a su padre y a su hermano Jean, quienes desaparecieron sin dejar huella.

Al llegar a Auschwitz, los más débiles, entre ellos los niños, eran enviados a las cámaras de gas. Pero Simone, con el número 78.651 tatuado en el brazo, fue a trabajar en la carretera de Cracovia. Aun ahora, *Madame* Veil prefiere no hablar de esos días de pesadilla.

Después de la liberación y de un mes de convalecencia en Suiza, regresó a Francia. En París, sus tíos recibieron a los tres supervivientes de la familia Jacob (Milou, Denise y Simone). La madre, el padre y el hermano nunca volvieron. Fue entonces cuando Simone se enteró de que había sido aprobada en su examen de bachillerato; y, ya que el destino lo había dispuesto así, se inscribió en las Facultades de Derecho y de Ciencias Políticas. En octubre de 1946 se casó con su condiscípulo Antoine Veil, y en años sucesivos nacieron sus hijos Jean y Claude Nicolas.

Con un hambre insaciable de vivir, durante el día Simone devoraba sus libros de texto al mismo tiempo que arrullaba a sus hijos. Por las noches la joven pareja (tenían 19 y 20 años cuando se casaron) recorría los restaurantes, cines, y centros nocturnos "existencialistas" de la ciudad. En junio de 1948 Simone Veil obtuvo su título con mención honorífica.

Después de graduarse en la muy selecta Escuela Nacional de Administración, Antoine, trabajó como inspector fiscal del Ministerio de Hacienda, en París. Aunque contenta con su calidad de esposa, madre y ama de casa (ya entonces el matrimonio tenía un tercer hijo, Pierre-François), Simone necesitaba un campo de acción más amplio. Soñaba con ser abogada. Pero cuando su marido comentó que "las mujeres abogadas son demasiado independientes", ella optó por la judicatura.

En las oposiciones de 1956 a la magistratura Simone ocupó el quinto lugar en la lista de los aspirantes, y al ingresar en la Cancillería la encargaron de la administración penitenciaria. No tardó en establecer una reputación de eficaz, escrupulosa y sensible a los aspectos humanos de cada una de sus decisiones. Cualquier duda era siempre resuelta en favor del prisionero, y con frecuencia se veía a *Madame* Veil de visita en las cárceles. Para algunos era la encarnación de la "nueva ola" entre los jueces. Posteriormente pasó a la administración civil, y allí se especializó en los problemas de la adopción.

Cuando René Pleven fue nombrado ministro de Justicia, en 1969, nombró a *Madame* Veil consejera técnica. Acompañaba al ministro a la Asamblea Nacional durante los debates, donde observaba, aprendía y se daba a conocer por sus agudos análisis y oportunas réplicas. Georges Pompidou la nombró un año

después secretaria general del Consejo Superior de Justicia. Posteriormente, en mayo de 1974, el presidente Giscard d'Estaing y el primer ministro Jacques Chirac la eligieron entre 15 candidatos (todos ellos veteranos de la administración pública) para ocupar el cargo de ministra de Salud.

Simone Veil ha conservado su extraordinaria sencillez y su accesibilidad. Cualquiera de sus colaboradores cercanos (nueve hombres y cuatro mujeres) puede entrar en el despacho de la ministra en el momento en que quiera. El intercambio de opiniones es constante. Es ya proverbial la facilidad de *Madame* Veil para asimilar los informes que recibe, y nunca toma una decisión antes de estar segura de conocer todos los hechos.

En opinión del primer ministro Chirac, el único defecto de su ministra de Salud es que se muestra a veces "excesivamente concienzuda": lo que es un reconocimiento muy discreto de que en ocasiones la modesta *Madame* Veil es capaz de mostrar una furia devastadora. En el Ministerio se conserva vivo aún el recuerdo de su ira cuando se enteró de que, no obstante su plan de integrar las secciones siquiátricas en el sistema de los hospitales generales del país, seguían construyéndose establecimientos siquiátricos separados o independientes.

El hecho de que *Madame* Veil es propensa a las emociones quedó de manifiesto en su primera rueda de prensa. Abría la boca para responder a las preguntas que le hacían... pero no brotaba de ella una sola palabra. La ministra se había quedado muda. Con un vaso de agua se salvó la situación.

En sus primeras conferencias de prensa *Madame* Veil solía fumar un cigarrillo tras otro. En los periódicos se publicó una fotografía de Simone con un cigarrillo en la mano, precisamente en días en que preparaba una intensa campaña contra el uso del tabaco. Furiosa consigo misma, la ministra decidió poner el ejemplo dejando de fumar, al menos en público. Durante los 90 minutos que estuve con ella no fumó un solo cigarrillo.

Pero la imagen de la ministra de Salud se grabó realmente en la vida nacional de Francia por la forma en que defendió la propuesta de legalización del aborto. Giscard d'Estaing le entregó el expediente sobre ese asunto un día después de asumir ella el cargo. Eso significaba una grave responsabilidad, pero *Madame* Veil le hizo frente con la firme determinación de poner fin al escándalo de los abortos ilegales: entre 350.000 y 800.000 se practicaban anualmente en Francia, por regla general en condiciones higiénicas espantosas.

El debate, que fue un maratón parlamentario, duró más de 25 horas. Desde la tribuna *Madame* Veil defendió punto por punto su proyecto de ley. Reconoció los motivos de los oponentes atormentados por dolorosos problemas de conciencia, pero les recordó que "a veces el va-

lor consiste en abrir los ojos". Por fin el proyecto de ley fue aprobado por votación de 284 contra 189.

La nueva ley sólo permite la interrupción del embarazo antes de completarse la décima semana de gestación. Para cerciorarse de que "no constituya un método de regulación de la natalidad", el gobierno estableció 159 centros de información y planeamiento familiar y 300 centros de orientación, cada uno de ellos atendido por un médico y una partera. Las mujeres que solicitan la interrupción del embarazo tienen una semana forzosa para reflexionar en su decisión.

Aunque es moderada, la nueva ley plantea problemas para los hospitales, ya sobrecargados de trabajo y escasos de camas, enfermeras y personal médico. Por tanto Simone Veil quisiera establecer "hospitales externos", en los cuales, después de varios reconocimientos, se pudiera practicar el aborto y dar de alta a la paciente tras guardar algunas horas de reposo.

Aunque el presupuesto de 1975 asignó 1313 millones de francos (unos 275 millones de dólares) para la construcción de hospitales, la ministra comprende que con cemento no se pueden resolver todos los problemas. "Los hospitales se deben humanizar", sostiene, lo cual sólo es posible con personal suficiente. En Francia hacen falta 20.000 enfermeras. Se han abierto 30 nuevas escuelas de enfermería, y ya se toman providencias para mejorar los horarios, las condiciones de trabajo y el sueldo de las enfermeras profesionales. Sin embargo, queda aún mucho por hacer.

En cuanto a médicos, la proporción de especialistas a médicos generales es todavía demasiado grande. Para inducir a los jóvenes a que opten por la medicina general, en un decreto que ahora prepara el Consejo de Estado se ofrecen más ventajas a quienes se consagren a ella: establecimiento más fácil de grupos médicos, secretarias cuyos servicios compartan varios facultativos, etcétera.

Otra serie de medidas que estudiará el gabinete señala la vacuna contra la toxoplasmosis y contra la rubéola para proteger a las embarazadas, licencias más prolongadas por maternidad, mejor cuidado a los niños, estableciendo más guarderías infantiles y una ley más justa para la adopción de menores. Quedan por tratar los problemas de los ancianos, de los incapacitados, de los alcohólicos y otros toxicómanos.

Para enfrentarse a ese formidable programa, *Madame* Veil llega a su despacho a las 9 de la mañana y rara vez sale antes de las 21 horas. Entonces, queda por fin en libertad de cenar con su marido (ensalada y huevos duros) a eso de las 10 de la noche. Durante meses enteros sus únicas reuniones familiares se han celebrado los domingos.

Su esposo, jefe de la línea aérea UTA, considera el problema de la carrera política de su mujer con despreocupación y buen humor. Cuando llegó a su casa una invitación

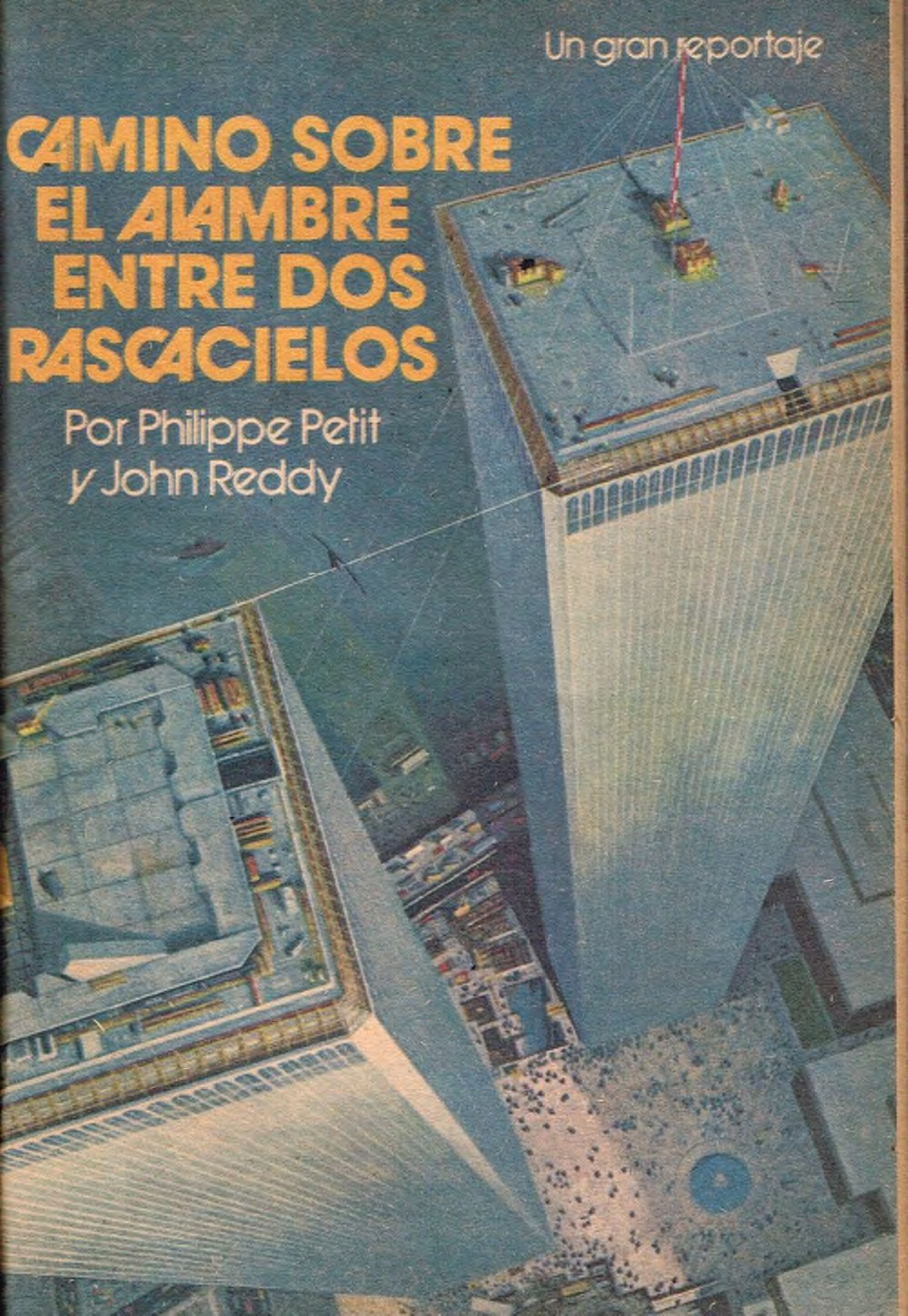
oficial dirigida a "la señora ministra de Salud y al señor Simone Veil" se limitó a sonreír. "En resumen", dice, con semblante impávido, "yo soy el príncipe consorte".

¿Qué piensa la ministra de Salud de la condición actual de la mujer? Dice que, naturalmente, los dos sexos deben tener los mismos derechos, "aunque las diferencias fundamentales en su forma de tomar las cosas hacen que, en realidad, no sean iguales. Lo importante es que las mujeres pueden florecer sin ser subyugadas". "Los hombres", añade, "son profundamente misóginos... pero siempre están dispuestos a hacer excepciones". Ser la única mujer en un ambiente masculino ha sido, en el caso de *Madame* Veil, más ventaja que estorbo, pero únicamente "después de haber vencido los obstáculos opuestos por la natural desconfianza de los hombres". Y volviendo a su carrera, Simone explica: "Resulta difícil cambiar de vida. Es un proceso largo. Exige paciencia, obstinación y reflexión prolongada".

Es evidente que todas esas cualidades las tiene la ministra de Salud, además de firmeza de carácter. Tal vez convenga citar aquí lo que Jacques Chirac dijo en enero de 1975: "*Madame* Simone Veil haría una excelente primera ministra".

¿Vaticinio o broma? Sea como fuere, todo el mundo reconoce que la carrera de la ministra Simone Veil apenas está comenzando.

PARA COMPROBAR si era posible que los peruanos pre-incaicos hubieran navegado hasta las islas del Pacífico del Sur, el etnólogo noruego Thor Heyerdahl emprendió el famoso viaje de la *Kon-Tiki*. En su *Natural History*, escribió lo siguiente: "Aunque llevábamos nuestras raciones atadas a los troncos bajo la cubierta de bambúes, para mí seguía siendo de la máxima importancia averiguar si el hombre primitivo, acostumbrado como estaba a toda clase de riesgos, hubiera podido renovar sus provisiones y su reserva de agua en un viaje tan largo. La respuesta fue afirmativa: después de la cuarta jornada en alta mar no hubo un sólo día que no estuviéramos acompañados de grupos de delfines que se podían pescar, arponear o atrapar con garfios en cualquier momento. En los enormes troncos de nuestra balsa crecían lapas y algas comestibles que se podían cosechar como hortalizas y que a menudo alojaban diminutos cangrejos pelágicos o peces muy pequeños. Casi todas las noches una docena o más de peces voladores, que con frecuencia iban acompañados de calamares recién nacidos, caían en cubierta, volando por el aire sobre la superficie de las olas si los perseguían los delfines o los tiburones. Con seviche de tiburón, sabroso bonito y atún de aleta amarilla completábamos nuestra minuta de pescado y mariscos, y así confirmamos que los intrépidos navegantes en balsa de tiempos pasados no conocieron la amenaza del hambre".


Un gran reportaje
CAMINO SOBRE EL ALAMBRE ENTRE DOS RASCACIELOS
Por Philippe Petit y John Reddy

CAMINO SOBRE EL ALAMBRE ENTRE DOS RASCACIELOS

Por Philippe Petit
y John Reddy



"Las torres me pertenecen". Philippe Petit en la cuerda floja, a 410 metros sobre el suelo.

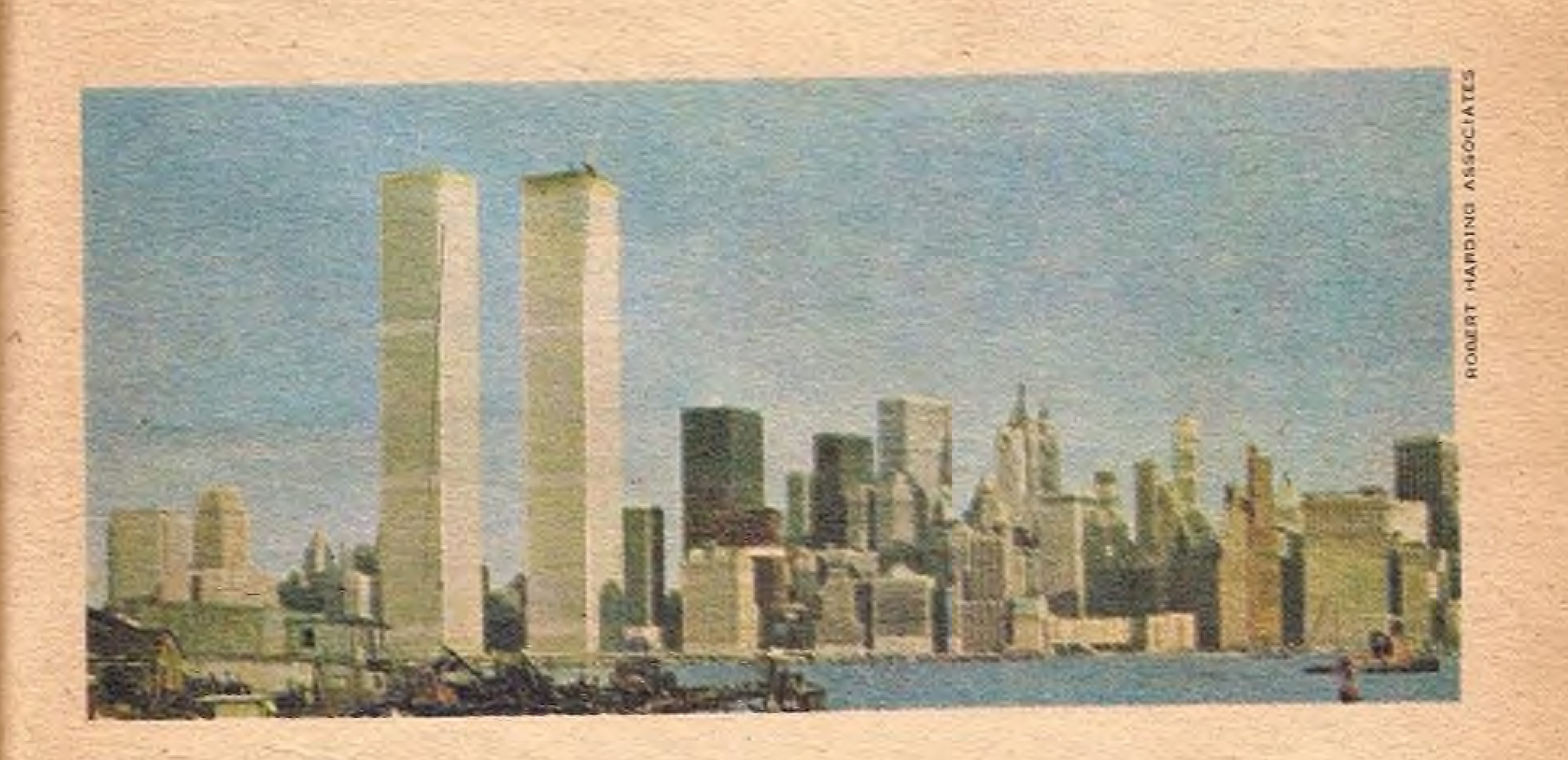
LAS PRIMERAS luces del alba atravesaban la espesa bruma de la mañana de agosto, reflejándose tenuemente en las paredes de vidrio de las torres del Centro del Comercio Mundial (World Trade Center), en Manhattan.

De 110 pisos de altura, los dos edificios idénticos, moles imponentes que desafían todo precedente, reducen a los rascacielos circundantes a meros vástagos apiñados al pie de dos secoyas. Sus cimientos se hunden en una gigantesca "bañera" de concreto reforzado con alambre, que se entierra hasta una profundidad de más de 20 metros en roca firme. Miles de toneladas de acero constituyen la medula de estas edificaciones, que abarcan unas 70 hectáreas de locales para oficinas. Los vestíbulos tienen una altura de siete pisos, y en cada torre hay en total 104 ascensores.

Las monumentales atalayas se enfrentan oblicuamente una a otra a 40 metros de distancia, separación mínima, según las pruebas del tú-

FOTOS: JEAN-LOUIS BLONDEAU

La apariencia del joven francés era engañosa: de corta estatura, como un diablillo, se movía con la delicadeza del danzarín y no parecía dotado para la hercúlea prueba que pensaba acometer. Al confiarles el proyecto, sus amigos pensaron que era un sueño irrealizable, una locura. ¿Una locura? Quizá lo fuera. ¿Un sueño? Sin duda. Pero en el sentir de Philippe Petit esto era razón de sobra para intentarlo.



ROBERT HARDING ASSOCIATES

nel aerodinámico, para que no hubiera vibraciones fuertes al encañonarse los vientos por la angosta garganta formada entre las dos. Aun así, los ingenieros previeron una oscilación de las torres de unos cuantos centímetros en el caso de vientos huracanados de 100 k.p.h.

La construcción comenzó en 1970 y, en su máxima actividad, llegaron a trabajar en ella unos 5000 obreros simultáneamente. Pero el 7 de agosto de 1974 ya estaba casi totalmente concluida la parte exterior de la obra. Los ocupantes de un helicóptero que volara sobre el río Hudson aquella mañana habrían visto una grúa, en la Torre Norte, que poco después emplearían para colocar en su puesto una antena de televisión. Y en la Torre Sur divisarían la silueta de una plataforma de observación y los cobertizos triangulares que encierran los pozos de las escaleras mecánicas que muy pronto estarían trasportando masas de turistas hasta la cima.

Pero un examen más minucioso

les habría revelado otro detalle estructural que no estaba en los planos arquitectónicos: un fino alambre tendido entre las dos torres. Y sobre ese hilo metálico, a 410 metros por encima del pavimento (poco menos que una burla a las estadísticas sobrehumanas de la construcción) se erguía la diminuta figura de un hombre. Desde abajo, apenas visible, vestía de negro y llevaba un balancín para ayudarse a mantener el equilibrio. Y aquel hombre dio un primer paso de tanteo sobre el abismo.

Comienzo de una ilusión

Cuando asiente el segundo pie, habré iniciado la caminata. Mido con los ojos el alambre. Lucho contra el pensamiento, que la razón me dicta, de no ensayar la empresa. Si alguna vez he tenido miedo, es ahora. Pero no es siquiera cuestión de resolverme. Se trata de si soy o no soy funámbulo. Sé que no podré retroceder. Por consiguiente voy a lanzarme a una parte de mi existencia en que gozo con placer y terror del papel que yo mismo he escogido. Durante algunos minutos tendré entre las manos mi propia vida.

Tales eran los pensamientos del joven que estaba sobre el alambre. Osado, imaginativo, innovador, desafiante: todos estos calificativos le sientan a Philippe Petit. Pero también se encuentran en él la inquietud del gitano y el simpático garbo de un D'Artagnan.

Desde sus primeros días, Philippe parecía destinado a su llamativo menester. Nació en Nemours (Francia) en 1950, hijo de un coronel retirado de la Fuerza Aérea de su país. Ligero y ágil, antes de cumplir 10 años dominaba la acrobacia a caballo. A los 12 ya era diestro malabarista y prestidigitador, habilidades que había adquirido por sí solo. A los 15 amarró una cuerda entre dos árboles en la casa campestre de la familia y ensayó a andar por ella.

Se presentó como profesional por primera vez en un cabaré parisiense de los suburbios, donde divirtió a la clientela con pruebas de magia. Luego, sin informar a sus padres, dejó la escuela y, emprendiendo la vida de un trotamundos, atravesó Francia llevado en coches por extraños. Daba funciones en las esquinas: ejecutaba pruebas de magia, juegos malabares, montaba en uniciclo. Después de cada espectáculo (cuando no lo había interrumpido la policía), pasaba un sombrero de copa entre los espectadores. "Viajaba adonde se me antojaba", recuerda. "Me sentía como un histrión ambulante de la edad media".

Cerca de París las autoridades le permitieron tender una cuerda no muy larga en un parque situado junto al Sena, y sus esfuerzos para andar sobre ella atraían algún público. Por ese tiempo conoció a dos personajes que iban a ser importantes en su vida. El primero fue Jean-Louis Blondeau, fotógrafo que tenía aproximadamente su misma edad, de quien se hizo íntimo amigo. El segundo fue "Papá" Rudy Omankhowsky, veterano equilibris-

ta. Asombrado de que Petit, a los 18 años, hubiese aprendido por su cuenta el arte de la cuerda floja, Omankhowsky empezó a dar consejos al muchacho.

"Ese fue el principio de mi verdadero trabajo como equilibrista", cuenta Petit. "Llegué a ser tan diestro que podía montar una silla y conducir una bicicleta en el alambre. Comencé a tomarle cariño a la cuerda floja".

Además Petit solicitó una de las becas de 2000 dólares que anualmente otorga la Bourse de la Vocation, fundación privada parisiense. Hay millares de aspirantes a los 25 premios distribuidos cada año por la Bourse, pero Philippe ganó uno de ellos. Con el dinero adquirió equipo profesional de funámbulo. Viajó entonces al exterior: a Alemania, Suiza, España, Inglaterra y Rusia, donde presentaba sus números de costumbre y algunas veces se desempeñaba en el alambre; pero aún vivía con estrechez. "Me volví cerril, como el lobo", dice. "Comencé entonces a conocer la vida".

Cuando estaba en la capital francesa, alquilaba un cuarto junto a la catedral de Nuestra Señora de París. Disponía tan sólo de cama, mesa y una silla, además de un banco de carpintero donde improvisaba muchos objetos de los que usaba en sus funciones. Su ingreso único provenía de sus representaciones callejeras. Pero un día Petit reparó en Notre Dame, con sus enhiestas agujas que se alzan sobre el río Sena.

Para aprender había tenido que tender mi alambre entre dos árboles, dos paredes de poca altura, dos postes. Dondequiera que miraba, solía decir para mis adentros: "He ahí un buen sitio para tender una cuerda". Estaba aprendiendo a tenderlas con la imaginación. Y ese día, al contemplar la catedral, me dije: "¡Ese es un lugar estupendo!" Así comencé a soñar.

Los dominios de Cuasimodo

Era una idea loca. ¿Cómo podría siquiera tender el alambre sin ser descubierto? Las oficinas de la policía de París quedaban en la plaza, al lado opuesto de la catedral, adonde los turistas acudían en tropel durante todo el día. Además las torres eran tan altas... En el circo, el alambre se tendía a una altura de 12 a 15 metros (actualmente menos) sobre la pista. ¡Y la obra de cantería de la catedral de Nuestra Señora se alza a 69 metros!

Philippe estaba poseído de aquel sueño y terminó confiándolo a su amigo Blondeau. Jean-Louis, más sereno y más preciso en su manera de vivir, mientras Petit era dado a vagabundeos y a súbitos arranques de entusiasmo, era el compañero ideal. "Juntos", dice el volatinero, "formamos el equipo perfecto. ¡Podríamos ser los mejores ladrones de bancos del mundo!" Blondeau comprendió al instante que la idea era descabellada. "Sin embargo", declaró, "te ayudaré".

Haciéndose pasar por turistas, Philippe y Jean-Louis subieron re-

petidas veces a las torres, tomando fotos de los detalles arquitectónicos y haciendo apuntes sobre las posibles maneras de asegurar un alambre. El primero calculó que, arrojando de una torre a otra una bola, con un sedal amarrado a ella, podrían tirar después del alambre. Sin embargo, tendrían que hacerlo de noche y sería necesario, para el efecto, atravesar tres enormes puertas medievales que por la noche quedaban siempre cerradas con candado.

Tres meses tardaron en los preparativos para la gran aventura. Papá Rudy Omankhowsky hizo una visita a las torres y aconsejó a Philippe la mejor manera de asegurar el cable. Petit buscó la ayuda de otros cómplices, entre ellos Jean-François Heckel, joven profesor de matemáticas que estaba dispuesto a emprender cualquier aventura. Blondeau estuvo ensayando el lanzamiento de la pelota. "La tiraba bastante lejos, pero con pésima puntería", cuenta Petit.

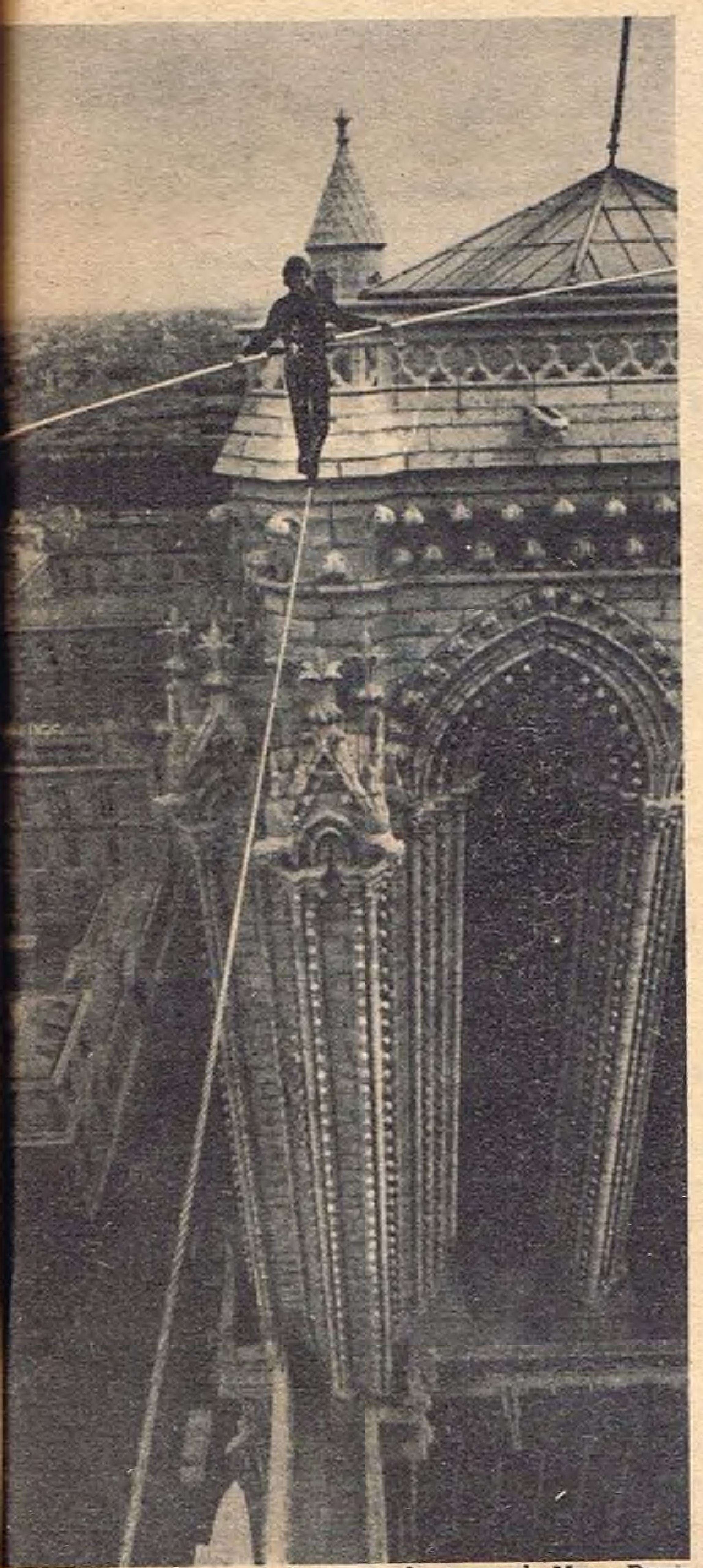
Lo de las puertas era definitivo. Philippe observó que el guardián que conducía a los turistas a las torres llevaba una sola llave para abrir las tres entradas. Subrepticiamente obtuvo el número de ella y se lo llevó a un amigo suyo cerrajero. Pero el duplicado no abría las cerraduras. El cerrajero tuvo que acudir personalmente a la catedral y, limando aquí y allí, logró al fin que la llave funcionara.

Todo estaba listo el 25 de junio de 1971 por la noche. Petit y un grupo de amigos suyos se reunieron en su apartamento a las 23 horas y juntos se dirigieron a la plaza frente a Notre Dame. Dejando a los demás como centinelas, Petit, Blondeau y Heckel se acercaron en la oscuridad a la pesada puerta y se colaron adentro por las densas tinieblas del pasadizo interior, después de cerrar el portón tras de sí.

Mientras iban subiendo los peldaños de piedra, cada vez más angostos, con su pesado equipo a cuestas, en morrales, no oían otro ruido que el de su propia, trabajosa respiración. Después de 255 escalones, alcanzaron el parapeto de la catedral, de donde arrancan las dos torres, y se sentaron durante media hora para recobrar el aliento. Allí, siglos antes, en la novela de Víctor Hugo, Cuasimodo, el deforme jorobado, lanzaba denuestos contra la multitud congregada abajo. Ahora, como entonces, las horripilantes gárgolas lo contemplaban todo guardando pétreo silencio.

El equipo se separó: Philippe siguió hacia una de las torres; Heckel y Blondeau hacia la otra. Petit ancló el alambre, atándolo alrededor de una pieza de acero que había llevado por insistente recomendación de Papá Rudy. Atravesó luego la pieza de acero, como cuña, de una parte a otra de una abertura de la piedra labrada de la torre, e hizo la señal a Blondeau, quien llevaba una pelotita de caucho.

Petit recordaba, con un estremecimiento, la falta de puntería de Jean-Louis al ensayarse a lanzar la bola. Escudriñando en las sombras



Balanceándose entre las torres de Notre Dame

a la luz de la Luna se distinguían uno al otro claramente en las torres opuestas. Y llegó el momento. Jean-Louis tomó puntería y tiró la pelota de caucho. Ésta, prendida del sedal, rasgó la noche describiendo un airoso arco brillante. Petit la atrapó al vuelo en sus narices. "Me entraron ganas de lanzar un ¡Viva!" recuerda ahora.

Philippe recogió el sedal, del que venía prendida una soga fuerte, la cual amarró al cable, que Blondeau tiró hacia sí para asegurar su extremo donde él estaba. Luego pusieron tenso el alambre con un aparato especial para ello. Eran ya las 4 de la madrugada. Heckel y Blondeau salieron sigilosamente de la catedral sin ser vistos, y dejaron solo a su amigo por encima de la ciudad que despertaba ya de su sueño.

"Le Funambule"

A LAS 10 de la mañana se abrieron para los turistas las puertas de la torre. Cuando los primeros, entre ellos Heckel y Blondeau, llegaron a lo alto, Petit estaba listo. Aunque débil por falta de sueño y alimento, sentía gran euforia. Asió el balancín y asentó el pie en el hilo.



Philippe de cara al cielo, acostado en la cuerda, en Notre Dame.

Inicialmente nadie lo había notado, excepto sus amigos y unos pocos turistas atónitos. Mas pronto alguno de los que estaban en la plaza descubrió la esbelta figura vestida de negro, recortándose contra el firmamento. Varias docenas de transeúntes se detuvieron a curiosear, y pronto centenares de personas hacían otro tanto. De un hospital cercano comenzaron a salir enfermos, mirando hacia arriba, vitoreando y aplaudiendo. Llegaron luego autos de la policía, ambulancias, camiones de bomberos con sogas y redes, pero no podían hacer nada sino agregarse a la multitud, impotentes, mientras, ¡cosa increíble! Philippe se tendía cuan largo era en el cable.

Petit ignoraba que en ese momento se estaban celebrando en la gran nave de la catedral solemnes oficios religiosos: Se ordenaban 50 sacerdotes. Al concluir la ceremonia empezaron a repicar las campanas de Notre Dame, lo cual causó al joven un sobresalto. "Resultaba irónico", dice refiriéndose a ese instante. "Los 50 eclesiásticos, con vestimentas blancas, estaban postrados, encarándose al infierno, mientras yo, vestido de negro, miraba al cielo".

Para entonces ya el público que lo contemplaba llegaba a varios millares: había gente en los tejados, en las ventanas, sobre los puentes que atraviesan el Sena. De la concurrencia se levantaban olas de aplausos. Philippe resolvió hacer juegos malabares. Dejando el balancín en el alambre bajo un pie, sacó tres mazas de gimnasia que había escondi-

do entre las gárgolas. Pero el viento era demasiado fuerte, y Petit se tambaleó y por poco pierde el equilibrio y cae. Tirando el balancín dentro de la torre, probó de nuevo. Aquella vez tuvo éxito, pero otra vez resbaló y por poco cae al vacío.

Tras de salvarse por un pelo, el equilibrista, agotado pero lleno de alegría, corrió hacia una de las torres y saltó atropelladamente el parapeto para caer en manos de los agentes de la policía que lo estaban esperando. Lo sacaron de la catedral seguido por la multitud que corría gritando: "¡Bravo!"

"El frenesí de la muchedumbre que me perseguía es lo más hermoso que he visto en mi vida", comenta Philippe. "¡Era una revolución de felicidad!"

Las autoridades de la catedral no quisieron hacer ninguna acusación. "No fue un delito, sino una proeza. Suéltenlo", declaró ante el juez el curador del templo.

Petit, a causa de su paseo entre las torres de Notre Dame, se convirtió de la noche a la mañana en la sensación de Francia. Nadie había acometido hazaña tal desde que su compatriota, Charles Blondin, un siglo antes, atravesó las cataratas del Niágara por la cuerda tensa. Philippe regresó a sus funciones callejeras, pero ahora lo reconocían y lo aplaudían: era *Le Funambule,* el funámbulo.

El enorme vacío

Petit había visto una lámina del Centro del Comercio Mundial aun antes de su proeza en la catedral. Fue en el turbulento año de 1968, en que París atronaba con el clamor de los desórdenes y protestas estudiantiles, cuando en un diario vio el joven un dibujo arquitectónico del aspecto que habrían de ofrecer las gigantescas torres. Recortó la lámina, juguetonamente trazó una línea de una a otra cima y echó el recorte en una caja roja que tenía esta leyenda: "Proyectos".

Había escrito "Proyectos" en la tapa de la caja sólo para darle carácter de seriedad. Mis planes más parecen los de esos niños que se pasan la vida trepándose a los árboles. Son como sueños.

Pero un día de 1973, hojeando la revista *Paris Match,* Philippe quedó maravillado al ver una fotografía de las torres mismas. La estructura de acero estaba completa y casi todas las secciones laterales se encontraban ya en su lugar.

Aceptó una oferta para presentarse en Sydney, viajó a Australia y en ese país echó osadamente por un alambre tendido entre las torres del puente de la bahía de Sydney. Como su aventura de Nuestra Señora de París, hizo esto cediendo al impulso del momento. A Petit le gustan las bromas: es muy listo para quitarle a alguien el reloj de pulsera sin que el despojado lo note... y luego preguntarle inocentemente la hora. Lo de la catedral de París y lo del puente de Sydney tuvieron ciertos visos de broma monumental. Pero lo del Centro del Comercio Mundial sería harina de otro costal.

Philippe regresó a París a fines de año. Estaba nevando. No podía hacer malabarismo en las calles. Incapaz de estarse quieto, resolvió visitar a Nueva York, donde subarrendó el apartamento de un amigo suyo. Allí hacía ejercicios malabares; se encontró con algunas de sus antiguas amistades que iban de paso y con varias personas que lo habían visto actuar en París; trababa asimismo nuevas relaciones. A todos les confiaba su ilusión. "Seré el emperador del cielo norteamericano", decía. Sus amigos sonreían indulgentes. Eran cosas del carácter entusiasta de Petit, que no debían tomarse en serio. Pero él se había propuesto aquello seriamente, desde el momento en que vio las torres.

Jamás olvidaré la primera impresión que me causó aquella montaña. Me había imaginado algo colosal, pero colosal a escala humana. Estoy anonadado por la mole que se alza ante mí. Evidentemente, es imposible que algún día me encuentre suspendido allá arriba. Sí, es imposible.

El vestíbulo de la Torre Norte estaba atestado de público y trabajadores. Por todas partes había guardias. No obstante, Petit tomó un ascensor y, desconociendo su funcionamiento, se encontró al desembarcar en uno de los pisos situados a la mitad del edificio. Evitando toparse con personas de aspecto oficial, buscó las escaleras y volvió luego a los ascensores. Al ir subiendo vio que los pisos superiores estaban cada vez más atiborrados de materiales de construcción; aquí y allá lucían bombillas eléctricas sin pantalla; cada nivel, de media hectárea de extensión, era un laberinto de equipos, puertas, tuberías no tapadas aún y pozos de ascensor abiertos, protegidos exclusivamente por una gruesa tela metálica.

Algunos guardias, trabajadores, empleados importantes. ¿Qué le da a uno el aspecto de empleado importante? El sentirse como en su casa, conocer bien el lugar, tener algo que hacer. Magnífico. Resuelvo erguirme y hacerme tomar por un alto empleado. Paso junto a los obreros sin mirarlos siquiera. No estoy allí para admirar el paisaje. Tengo algo fundamental que hacer allá arriba.

Finalmente vio una puerta cubierta por una tela de plástico. Levantando ésta, descubrió una escalera. Se sintió rodeado de aire fresco.

Estoy en la cumbre. Las torres me pertenecen. Estos son mis dominios. Nadie podrá arrebatarme el gozo de atravesar entre ellas algún día. Concentro mis pensamientos en el abismo que las separa. Es un espacio demasiado grande, un vacío enorme que nadie osaría desafiar. ¡Qué derrota! ¡Qué tristeza! Una vez abajo, pienso con mayor claridad. Es imposible, en efecto. Y sin embargo sé que acabaré haciéndolo.

Al día siguiente el joven buscó la ayuda de un nuevo amigo, Jim Moore. Volvieron juntos a la azotea de la Torre Norte. Moore tomó fotos de todo, especialmente de los hierros descubiertos que pudieran

servir de lugar para que Philippe amarrara el alambre. Con estas fotos Petit voló de regreso a Francia. Había mucho que hacer.

Preocupaciones y proyectos

En París fue inmediatamente a ver a Jean-Louis Blondeau, quien, como siempre, se manifestó alegremente dispuesto a ayudarlo, a pesar de su convencimiento de que la hazaña era irrealizable. El primer problema que se les presentaba era el acceso a los edificios mismos. ¿Cómo podrían entrar con un grupo de su gente y con todo su equipo? Era obvio que no podrían vagar por la construcción como lo había hecho Petit. Era preciso conocer íntimamente el edificio. Sólo podría lograrse con repetidas visitas (exponiéndose cada vez al peligro de ser descubiertos), obteniendo un juego de los planos arquitectónicos o consiguiendo ambas cosas.

Una vez que conocieran el método más rápido y seguro de llegar a la azotea, tendrían que idear la manera de llevar su equipo hasta allí. Naturalmente, podrían usar los ascensores de los obreros, pero era preciso proveerse de un salvoconducto, que se podría falsificar. Para entrar en los ascensores de carga, tendría uno que estar haciendo alguna entrega. Eso también podría arreglarse, empacando en cajas su equipo para esconderlo entre los montones de materiales de construcción de uno de los pisos altos.

Perfectamente, de algún modo se harían llegar los aparejos a la cima. Y entonces ¿cómo tender el cable? Petit confiaba en asegurarlo a las grandes vigas centrales de las torres, que estarían bien firmes. Pero tender el alambre entre los centros de las torres requeriría por lo menos 60 metros más de longitud, con un peso de dos kilos por metro. No era concebible que pudiera trasportar 200 kilos de alambre hasta la cumbre. Tendría que encontrar puntos donde amarrarlo en el exterior de los edificios.

El problema no era el de un solo alambre. Idealmente, la cuerda floja debe asegurarse a lo largo con tirantes que partan de ella en forma descendente, a un ángulo de 45 grados. Mas ya Petit sabía que las ventanas del Centro del Comercio Mundial no se abren. Así pues, no había lugar para fijar los caballetes de tensión. Por tanto, deberían colocarlos casi horizontales al principal, lo que haría a este último menos estable de lo conveniente.

Sin gran dificultad, Philippe reunió entre sus amigos el dinero con que comprar el equipo y los billetes de avión para Blondeau y los otros que se ofrecieron a ayudarle. Más difícil era hallar gente. Pocos podían igualar el fervor de Petit, y esto era lo menos que él exigía.

Dando vueltas en la cabeza a todos aquellos planes, fue con varios compañeros a una quinta campestre, donde pudo tender un alambre sin llamar la atención. Tenía unos 60 metros de longitud y colgaba a tres metros del suelo. Después de fijar los caballetes, el joven anduvo

por la cuerda, mientras sus amigos sacudían los cables de retención tratando de hacerlo caer. Pero Petit mantuvo el equilibrio, y hasta logró seguir adelante.

Como en Notre Dame, Blondeau había proyectado lanzar de una torre a otra una pelota con un sedal pegado. Pero la distancia entre las del Centro del Comercio Mundial era demasiado grande. Ideó entonces valerse de un arco y una flecha, y comenzó a ejercitarse en su empleo. Mostraba la mala puntería de costumbre, pero ello le tenía sin cuidado. "Cuando llegue el momento", aseguraba, "daré en el blanco".

El viento era motivo de gran preocupación. Un piloto comercial amigo de Philippe le advirtió que la turbulencia entre las dos torres sería fuerte, y absolutamente imposible de prever. Aunque Petit conservara el equilibrio (de lo cual no tenía la menor duda), ¿qué sucedería si los edificios oscilaban?

Entre mis amigos, los que son arquitectos dicen lo mismo: si las torres se mueven, la tensión de la cuerda aumentará repentinamente de cinco toneladas a mil y el alambre se romperá conmigo encima.

Buscó Philippe a Papá Rudy para pedirle consejo. Omankhowsky le dijo que tuviese cuidado con el viento y que, de ser preciso, se sentara en la cuerda, pero que no se preocupara por la oscilación, a no ser que soplase un huracán. Le instó, sin embargo, a que llevase un alambre pequeño prendido al cinturón y asegurado a la cuerda, para el caso de que Philippe resbalase o el viento lo hiciera perder pie.

El joven ya tenía formada una opinión al respecto, pero se la reservó. *El uso del cinturón de seguridad contradice el ideal del funámbulo. Al alambre se llega no sólo corporal o materialmente, sino con la propia vida.*

Y se limitó a contestar:

—Jamás aceptaría yo eso.

—Comprendo —repuso Papá Rudy sonriendo—. Lo que deseas es hacer algo hermoso.

Alturas y abismos

PHILIPPE regresó por avión a Nueva York el 13 de mayo de 1974 y comenzó a estudiar los edificios con la intensa aplicación de un detective. Tomó nota de los lugares en que se apostaban los agentes de la seguridad; montó en varias docenas de ascensores para familiarizarse con el sistema; alquiló un pequeño aparato de medición para determinar con exactitud la distancia entre las dos torres (40 metros). Llegó incluso a fletar un helicóptero y revoloteó 150 metros sobre las torres para acostumbrarse a la altura. Mas al pedirle al piloto que volara entre las gigantescas moles, el aviador se negó: las corrientes de aire eran demasiado peligrosas.

Descaradamente, usando credenciales falsas, Philippe se hizo pasar por corresponsal de una revista arquitectónica. Así los condujeron por todos los rincones de las torres a él y a Jim Moore, hasta la azotea. Hacía toda clase de preguntas, a ve-

ces temeroso de ser descubierto, y en seguida reprimía una sonrisa por la comedia que representaba.

Pero un día dos guardias de seguridad lo sorprendieron en la azotea de una de las torres y le preguntaron qué hacía allí. En mal inglés (en realidad lo habla con absoluta corrección), explicó que era un simple turista. Sospechosos, los guardias lo acompañaron hasta abajo y anotaron su nombre. Insistían en preguntarle por qué le interesaba el Centro del Comercio Mundial, pero Philippe se mantenía en sus trece, afirmando que era un inocente turista. Por fin le permitieron marcharse, advirtiéndole que no volviera a asomar las narices por allí.

Terriblemente descorazonado, Petit llamó por teléfono a Blondeau, en París. Quedaba anulada la empresa. Las torres estaban demasiado bien custodiadas. Tendría que buscarse otro edificio. Con Jim Moore dio paseos en torno de la ciudad, considerando aquel puente, aquella iglesia... Todo era inútil. No había edificación que pudiera remplazar al Centro del Comercio.

Al recobrarse de su abatimiento, citó con urgencia a Blondeau en Nueva York. "Ven", le dijo; "hallaremos la manera". Mas al llegar, Jean-Louis vio que el proyecto estaba totalmente desorganizado. Su amigo no se había ocupado siquiera en adquirir un tensor de cables, indispensable para dar al alambre la debida tirantez. Lo ideal hubiese sido ensayar la operación cuando menos una vez. Pero Blondeau disponía de pocos días. No había tiempo para probar. Un reconocimiento de la torre, a última hora, resultó mal, y Petit, al salir del edificio, tropezó con algo y cayó de bruces de lo agotado que estaba.

Estoy muerto de cansancio y desesperado. No puedo pensar sino en dos soluciones: o llevo a cabo mi propósito, o me suicido.

Con toda calma, Jean-Louis tomó el asunto por su cuenta. La víspera de su vuelo de regreso fue a la Torre Sur y subió a pie los 110 pisos, tomando fotografías durante su ascenso. Aquel sueño, le dijo a Philippe, sí era realizable, con tal que su amigo se preparase cabalmente. Debería familiarizarse con cada puerta, cada escalera, conocerlas como conocía su propio nombre. Si Petit se comprometía a eso, Blondeau regresaría y entre los dos asombrarían al mundo.

Tomó Philippe un nuevo cuaderno de apuntes y lo rotuló: "Nueva organización".

El viento, el alambre y yo

Temo ser descubierto cada vez que voy a las torres. Debo hacerme amigo de alguien que trabaje allí. A la hora del almuerzo me paseo por el vestíbulo. De pronto tengo un encuentro milagroso con un sujeto desconocido. No sé cómo se llama, pero él me ha visto hacer suertes en París. Le digo que estoy de malabarista en Nueva York y que algún día tenderé un alambre en alguna parte. Se sonríe. Me comprende. Lo invito a comer. Entonces le

explico mi proyecto de principio a fin. Conviene en ayudarme. Trabaja en el piso 82. Es fantástico. La empresa tiene un nuevo comienzo.

Petit elaboró entonces un plan para llevar sus materiales a las torres durante el día, esconderlos en el piso 82, luego salir, para regresar después del anochecer a tender el cable. Con la ayuda de tres nuevos colaboradores norteamericanos, efectuó dos entregas falsas, subiendo una caja llena de ladrillos y periódicos viejos. Más tarde, uno de los estadounidenses pasó una noche en la Torre Sur para observar el movimiento de los guardias de seguridad e informar de posibles problemas.

Aunque no había cumplido los requisitos precisos de Blondeau, Petit se consideraba ya listo. El tensor de cables se había encontrado al fin en Boston; se adquirió un sistema de intercomunicación para poderse hablar de torre a torre, y el arco con el que se dispararía la cuerda de un edificio al otro se había fabricado especialmente, en dos mitades, para poderlo llevar oculto en un rollo de planos arquitectónicos. La proeza esperaba tan sólo la presencia de Blondeau.

Jean-Louis llegó el 6 de agosto, con Jean-François Heckel, quien había ayudado en Notre Dame. En el apartamento de Philippe estudiaron el plan punto por punto. Petit haría su caminata de la Torre Sur a la Torre Norte. Heckel acompañaría al funámbulo a la Torre Sur; Blondeau y uno de los norteamericanos estarían en la opuesta y tendrían la responsabilidad de anclar el cable del que dependería la vida de Petit. Blondeau alegaba que era un error utilizar el escondite del piso 82. Al hacer la entrega, deberían ir directamente a la azotea, o tan cerca de ella como fuera posible.

Hay un 50 por ciento de probabilidades de que la empresa tenga éxito. Los guardias, el viento, el alambre y yo. Es como la llegada de un matador que se encara a un toro que nunca ha visto, pero que, según le dicen, es de diez veces el tamaño normal y sueña con hacerlo picadillo. Estoy frío de terror y congelado de felicidad.

Abajo aguardaba una camioneta alquilada.

Espera desesperante

El 6 de agosto por la tarde llegaron los confabulados al Centro del Comercio Mundial en el vehículo y bajaron directamente por las rampas de acceso a la plataforma subterránea de descarga. El cable principal (60 m, de 22 mm y 21 hilos, con peso de 123 kg) iba en una caja grande de madera montada sobre una carretilla. Una maleta con ruedas contenía las piezas metálicas de unión, las herramientas, abrazaderas y grapas. El balancín de 10 metros y medio de largo, que Petit usaba para mantener el equilibrio, se había dividido en tres secciones para facilitar su manejo.

En el vestíbulo hubo un retraso angustioso. Pululaban por todas partes los trabajadores y subcontratistas de construcción, monopolizando los

ascensores que habrían de mover el equipo hasta la torre. Philippe y sus amigos, ataviados con trajes de faena y cubiertos con cascos, esperaron casi una hora hasta que pudieron entrar por fin en sus respectivos ascensores.

En el piso 104 de la Torre Sur se abrieron las puertas del ascensor. Philippe echó un vistazo, luego hizo una seña a Heckel. Ambos se dieron prisa trabajando para descargar su pesado equipo. Una vez desempacados los 60 metros del doble rollo de alambre, cada uno de los dos amigos se echó a cuestas casi 60 kilos del cable. Con ese peso encima se dirigieron a la escalera y subieron cuatro pisos más. Los obreros y supervisores los veían subir trabajosamente con su carga, pero nadie les preguntó nada.

Es algo así como el esclavo que debe seguir adelante o morir. Nos miramos mutuamente con ojos desorbitados y no queremos pensar en la locura de lo que estamos haciendo. Me concentro en el funcionamiento de mis pantorrillas. Debo llevar todo el peso sobre los hombros manteniéndome derecho para no caerme.

Por fin alcanzaron el nivel desde el cual una última escalera llevaba a la azotea. Allí cerca, donde estaban desparramados otros materiales de construcción del todavía inconcluso edificio, escondieron su tesoro de equipos. Luego buscaron un lugar donde ocultarse. A seis metros quedaba un pozo de dos pisos para una escalera mecánica, encima del cual había un armazón como para una claraboya. Dentro de este armazón, que cubría el pozo, encontraron una viga de acero que formaba una especie de repisa, escasamente de unos 20 centímetros de anchura y de unos dos metros de longitud. Introduciéndose allí, se taparon con una lona, con lo cual su pequeño mundo quedó en tinieblas. Se zafaron los zapatos para aliviar el cansancio de su ardua subida. Eran las 4:30 de la tarde.

Acurrucados allí, comenzaron a sentir calambres en las piernas. Nada podían hacer. Un movimiento serviría para que los descubrieran o cayeran de dos pisos. Trascurrían lentamente los minutos. Tras de pasar dos horas y media de continuas incomodidad y tensión, inmóviles y casi sin respirar sobre aquella pequeña viga, Philippe se arriesgó y levantó un extremo de la lona para echar una mirada afuera. Por su reloj eran las 7 de la noche y, consternado, comprobó que la luz del día iluminaba aún la escalera que llevaba a la azotea.

Es una insensatez. No sé si podremos resistir. Esto es demasiado doloroso. Sin embargo, nos aguantamos. Heckel es tan tenaz como yo. No se mueve. Estoy muy contento.

El Sol comenzó a ponerse. Durante mucho tiempo ningún sonido se había escuchado afuera del escondite. Por fin los dos amigos retiraron la cubierta y salieron arrastrándose de su refugio. Descalzos treparon silenciosamente la escalera de la azotea, cada cual con su rollo

de cable y la lona. Philippe echó un vistazo sobre el abismo hacia la otra torre. Recortándose en la oscuridad contra el cielo azul grisáceo divisó dos figuras imprecisas. Sonrió de oreja a oreja: allí estaba Blondeau.

Para salvar el abismo

PHILIPPE levantó el brazo derecho por encima de la cabeza: la señal convenida. No recibió respuesta inmediata. La única iluminación provenía de las rojas señales intermitentes para la navegación aérea. Por fin, en el oscuro vacío, vio levantarse en alto el brazo de Blondeau en contestación a su propio ademán.

Minutos más tarde voló sobre el abismo una flecha que, con un ruido metálico, hizo impacto en la oscuridad muy cerca de Petit. "Cayó apenas a unos milímetros del borde", cuenta el saltimbanqui. Éste comenzó al punto a cobrar el sedal, de ocho kilos de tensión. En seguida llegó la soga, de 20 kilos de resistencia; luego una cuerda de paracaídas y finalmente un cordel de nailon de diez milímetros de espesor, al cual iba amarrado el alambre para la intercomunicación, que mantendría en contacto a las dos parejas de aventureros mientras trabajaban en tender el cable. Ya con una línea tendida entre una y otra pareja, Blondeau mandó también el equipo que el funámbulo no había podido llevar consigo.

Una vez que Philippe determinó dónde debía quedar anclada la cuerda floja, tuvo que ponerse a sujetarle los tirantes o caballetes. Pasó diez minutos de gran tensión haciendo cálculos con tiza sobre una viga de acero. Luego sujetó los caballetes de modo que el alambre de funámbulo quedara reforzado en una tercera y dos terceras partes de su extensión entre las torres.

Técnicamente, el caballete no es el tirante propiamente dicho, sino el mecanismo usado para amarrar el alambre al cable principal. Es un dispositivo metálico fuerte, con la forma de una A de vértice redondeado que encaja sobre el cable. Las patas de la A se sujetan a los tirantes con pequeños anillos y pernos, con lo que se logra una juntura muy firme si se hace debidamente.

Philippe no tardaría en descubrir que uno de los caballetes estaba mal colocado. Pero se presentaba otro problema más inmediato.

Él y Heckel habían trabajado rápidamente para anclar su extremo del cable antes de que fuese halado hasta la Torre Norte, mediante la cuerda de nailon, por Blondeau y su colaborador norteamericano, Mike Allen. Petit y Heckel trataron de largar el cable de 22 milímetros lentamente, para mantenerlo controlado. "Después de soltar los dos primeros metros creí perder los dedos", cuenta Philippe: "el alambre me comenzó a vibrar entre las manos y no lo podíamos sostener". Cayó en el vacío trazando una gigantesca U, atado, aunque débilmente, a la Torre Norte por la soga.

Blondeau y Allen comenzaron a halar. Su plan era este: usar las manos en un principio y, al resultar

muy pesada la operación, valerse de una polea. Cuando aquello llegara a ser muy arduo, recurrir a un cuadernal o triple aparejo de poleas. Y, finalmente, si ya nada pudiera mover el cable, utilizar un cuadernal doble. A cada paso, menor sería la cantidad de alambre que se iría recogiendo. Con el cuadernal doble sólo se podría recobrar unos 15 centímetros de cable antes de que las poleas se tocasen entre sí y hubiese que acomodar de nuevo el aparejo para seguir halando.

Después de algunos momentos llegó por el aparato de intercomunicación la voz de Blondeau diciendo, llena de fatiga y desaliento:

—No creo que logremos recogerlo, Philippe. No cede más.

—Se podrían usar las poleas... los aparejos...

—Ya hemos usado el cuadernal doble, y todavía faltan más de 40 metros de soga antes de que el cable se deje ver siquiera. Es demasiado pesado...

Sin embargo, seguían luchando.

Eran las 2 de la madrugada. El cable subía a regañadientes, 13 centímetros cada vez... si es que subía. Otra llamada de Blondeau.

"Ya estamos demasiado agotados para mover siquiera los brazos", anunció. Pero, no se sabe cómo, echaban mano de nuevas reservas de energía, y el cable reanudaba su perezoso ascenso hacia la cumbre de la Torre Norte.

Por último Blondeau logró anclarlo a su torre, y entonces Petit, llegándose al cabrestante portátil de que disponía en la suya, comenzó a tensar el cable.

El cabrestante emitía un ruido seco y regular. El dar vuelta a la manivela era una penosa labor para Philippe, mas al fin el alambre quedó bastante tirante.

Luego los dos equipos iniciaron el último paso: apretar los alambres de retención. Eran las 6 de la mañana, a plena luz del día.

Para sus caminatas habituales por la cuerda floja, Petit emplea sogas en vez de acero para los tirantes. "Pero a aquella increíble altura", cuenta, "no me conformaba el tener bajo los pies ninguna otra cosa que acero. Era una reacción puramente sicológica. La soga hubiese servido igualmente bien... pero a tamaña elevación me era indispensable la resistencia del acero".

Al poner en tensión los tirantes, Philippe observó que el caballete más alejado (el situado a dos terceras partes del camino hacia la Torre Norte) estaba al revés: haciendo una v sobre el alambre, en vez de una A debajo de él: obstáculo peligroso en el cual fácilmente podría tropezar. No había manera de arreglar el caballete, a no ser llevando el cable entero de nuevo a la Torre Sur para comenzar otra vez. Pero ya no quedaba tiempo. En cualquier momento podrían sorprenderlos.

Petit se apresuró a quitarse la ropa de trabajo para ponerse la de funámbulo y calzarse las zapatillas apropiadas, y al hacerlo tiraba las prendas a un lado. Sin que se diera

cuenta, hasta trascurridos algunos momentos, una de éstas voló por el costado del edificio. Abajo, en la calle, Jim Moore y otros amigos de Philippe no cesaban de mirar hacia las alturas con prismáticos. Se les paralizó el corazón al ver aparecer un punto diminuto con los brazos extendidos que caía hacia la plaza. Poco a poco vieron claramente que era tan sólo el suéter negro, de cuello de tortuga, del volatinero.

Philippe estaba consciente de que tenía que lanzarse. Dio una última vuelta al cabrestante portátil, tomó su balancín ya armado y se acercó al borde de la torre.

Arrobamiento de la altura

Estoy pronto, pese a que el cable no está en perfectas condiciones y aun cuando hace cuatro meses que no piso un alambre alto. Me siento molido por el cansancio y las piernas me tiemblan de fatiga.

Petit y Heckel vieron girar la gran rueda de hierro en lo alto de la torre de hormigón. El ascensor de los trabajadores estaba subiendo.

Agarro el balancín. Pongo el pie derecho en el alambre. Veo a mis plantas un vacío insondable. Me sobrecoge el terror, pero lo reprimo. Fijo la mirada directamente al frente. Con los ojos me aferro a la torre opuesta. Mi temor se va disipando. Sonrío ante mi valor. Doy un segundo paso. He iniciado la travesía.

Me impulso hacia adelante. Ya he dejado atrás el primer caballete. El cable oscila. Se mece de un extremo al otro. Vibra cual la cuerda de un instrumento al ser pulsada. Gira. De nada sirven los caballetes.

Piso con cautela, plantando un pie delante del otro con infinito cuidado. Lentamente, la punta de los dedos primero; después deslizo la planta por el alambre. Luego descanso todo el peso del cuerpo en el talón. Lucho contra la oscilación del alambre, contra el viento traicionero.

Creo en el vértigo de la altura, el verdadero, el que nos obliga a cerrar los ojos y nos hace caer al suelo. Me asalta el pensamiento de que este inmenso abismo tiene el poder de hacerme perder la cabeza si sólo durante un segundo me permito abandonar la lucha. Siento que el cráneo está a punto de estallarme. Llevo las piernas listas a temblar. Mi cuerpo está pronto quizá a darse por vencido. Pero yo no.

El tramo medio del cable es como un pantano: una terrible incógnita, pues no tiene alambres que lo estabilicen. Ya estoy a más de la mitad del camino. Es casi la victoria: ya he vencido a la muerte. Haber pasado el punto medio del alambre es sentirse lleno, inundado súbitamente de felicidad.

El segundo caballete... el que está al revés... Contengo la respiración. Tengo que ir con extremo cuidado en este punto terrible... pues si mi balancín no está perfectamente horizontal en este momento, podría engancharse con el cable, casi plano, en la parte del caballete y estaría yo perdido.

Doy el paso por encima del segundo caballete. Temo que una sa-

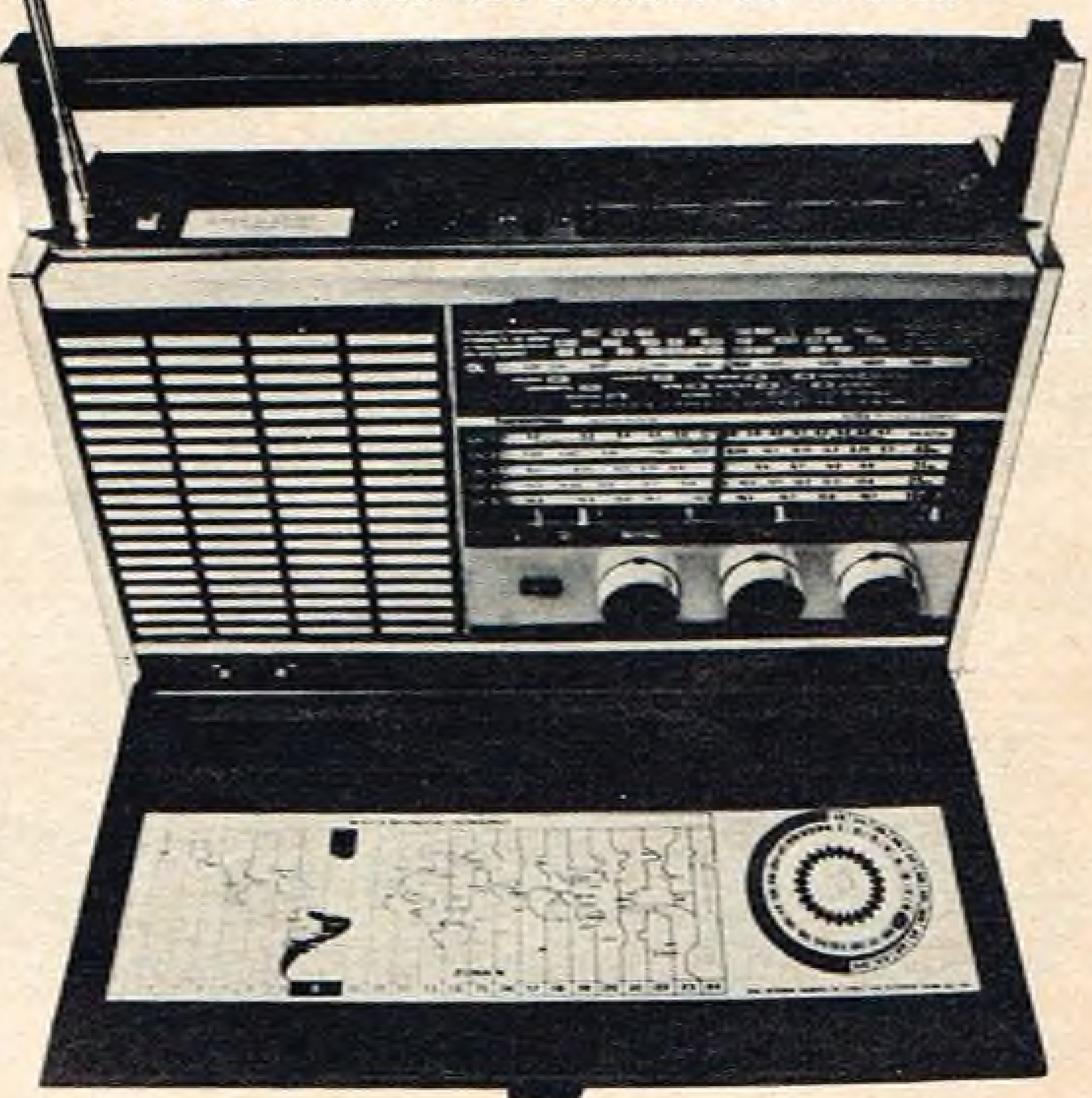
Cont. en la pag. 142



la mejor edición de lujo de la SAGRADA BIBLIA entregada en su hogar
¡NO ENVIE DINERO - . . .recién pagará al recibir.
...Y en cómodas cuotas
La Sagrada Biblia
POR SOLO $1.575 MENSUALES
A LA MITAD DE SU VALOR REAL!
La mejor biblia de habla castellana. Comentada por Mons. Straubinger. Aprobada por el Cardenal Primado de la Argentina.
Testimonio de gratitud del Papa hacia el Editor
Esta edición cuenta con la bendición apostólica del Santo Padre quien agradeció expresamente a todos los que colaboraron en ella.
Secretaría de Estado del Vaticano
En formato manejable:
5 tomos con 1600 páginas de 29 x 21cm.
Encuadernación en símil cuero estampaciones al fuego en seco y oro
A TODO COLOR!
Más de 150 ilustraciones y mapas
63 maravillosas láminas de los más grandes clásicos del arte
Revivirá mágicamente escenas inolvidables a través de reproducciones de cuadros de Frá Angélico, Velázquez, Rembrandt, Tintoretto, Rubens, Brueghel, Piero Della Francesca, El Greco, Murillo, Ribera, Grao Vasco y otros.
ENVIE YA ESTE CUPON POR CORREO.
Remítalo a DISCOLIBRO S.C.
Chacabuco 860 - (1069) · CAP. FED.
DISCOLIBRO S.A.C.F.A.I. CHACABUCO 860 - 1069 CAPITAL
Deseo recibir La Sagrada Biblia en 5 tomos
(Marque con una X la forma de pago elegida)
EN 5 ENTREGAS MENSUALES: pagaré al correo por los 3 primeros tomos $ 1.575 y por los 2 últimos tomos, $ 2.975 c/u. (TOTAL: 5 CUOTAS)
AL CONTADO: al recibir mi pedido, pagaré al correo $ 7.775
OFERTA ESPECIAL POR PAGO ANTICIPADO: envío adjunto cheque/giro postal Nº ....
a nombre de DISCOLIBRO S.A.C.F.A.I. por la suma de $ 6.750
(Ya están incluidos los gastos de suscripción, embalaje y flete)
Nombre y Apellido .... Teléfono ....
Domicilio .... Depto. ....
Localidad .... Provincia ....


Tonomac,
la primera fábrica de radios
a transistores de la Argentina.


La planta receptora.
Banda de onda larga 1.800 km de alcance / Cinco bandas Alcance Intercontinental / Audífono / Conexión para parlante, grabador y antena exterior / A pilas y corriente eléctrica / Para dominar los sonidos del mundo




tonomac



La inversión que más

Chevy. El nombre que más novedades introdujo en el mercado automotriz argentino. Novedades que aún tienen plena vigencia. Siéntalas sobre la marcha, en su Chevy Super.
Sienta su espacioso confort interior, para usted, su gente y su equipaje.
Sienta su silencio. Un andar suave, cadencioso, por su línea fast-back exclusiva, que elimina turbulencias y hace ganar velocidad por fuera y serenidad por dentro.
Sienta su suspensión super equilibrada, que mantiene su geometría y firmeza originales, gracias a que el Chevy es el único coche argentino construído con semichasis (más estabilidad y solidez).
Sienta su mayor tenida y agarre, a cualquier velocidad y sobre todo camino por la trocha más ancha. Y recuerde que el Chevy Super lleva el motor más económico y rendidor en su tamaño.
Chevy Super, viene mejor que nunca. Siéntalo nuevo... Siéntalo suyo!

Chevy Super



se disfruta en familia

Super

En confianza: elija Chevy, de Chevrolet



Philippe, con la Ciudad de Nueva York a sus pies, se adentra extático en el espacio.

cudida le haga dar una vuelta súbita, lo que ocasionaría un vaivén del alambre. Contengo la respiración hasta hallarme a salvo al otro lado del aparato.

Al aproximarme a la Torre Norte, el viento rompe contra mi balancín, pero el alambre es ya más estable. Salvo pausadamente la distancia restante, reprimiendo el impulso de apresurarme. Muchos equilibristas se han matado al dar el último paso, creyendo haber llegado a la meta. Pongo el pie en la torre. La empresa está cumplida. Me siento invadido de gozo.

Blondeau y el funámbulo cambiaron una breve mirada de alegría. En seguida Petit se puso a examinar cada una de las abrazaderas que sujetaban el cable y los alambres de retención, antes de emprender el viaje de regreso.

Entre tanto, 410 metros abajo, millares de atónitos neoyorquinos volvían los ojos a lo alto. Los taxistas se detenían, se apeaban de sus vehículos para ver mejor, y provocaron así una enorme y cacofónica congestión del tráfico.

El fornido sargento Charles Daniels, de 37 años, jefe del cuerpo de agentes de seguridad del Centro del Comercio Mundial, cuerpo compuesto de 14 hombres, puso inmediatamente en vigor el Plan de Urgencia (para los suicidas). "Mi primer impulso", dice, "fue mandar por una escoba con que barrerlo".

Petit ya había emprendido la travesía de regreso. La vista desde el alambre era asombrosa. El sol, fil-

Cont. en la pag. 146

Pampero® resiste a pie firme.

-Si Pampero® lo dice...!



ALPARGATAS S.A.I.C. - EMPRESA ARGENTINA QUE PRODUCE PARA EL PAIS DESDE 1885



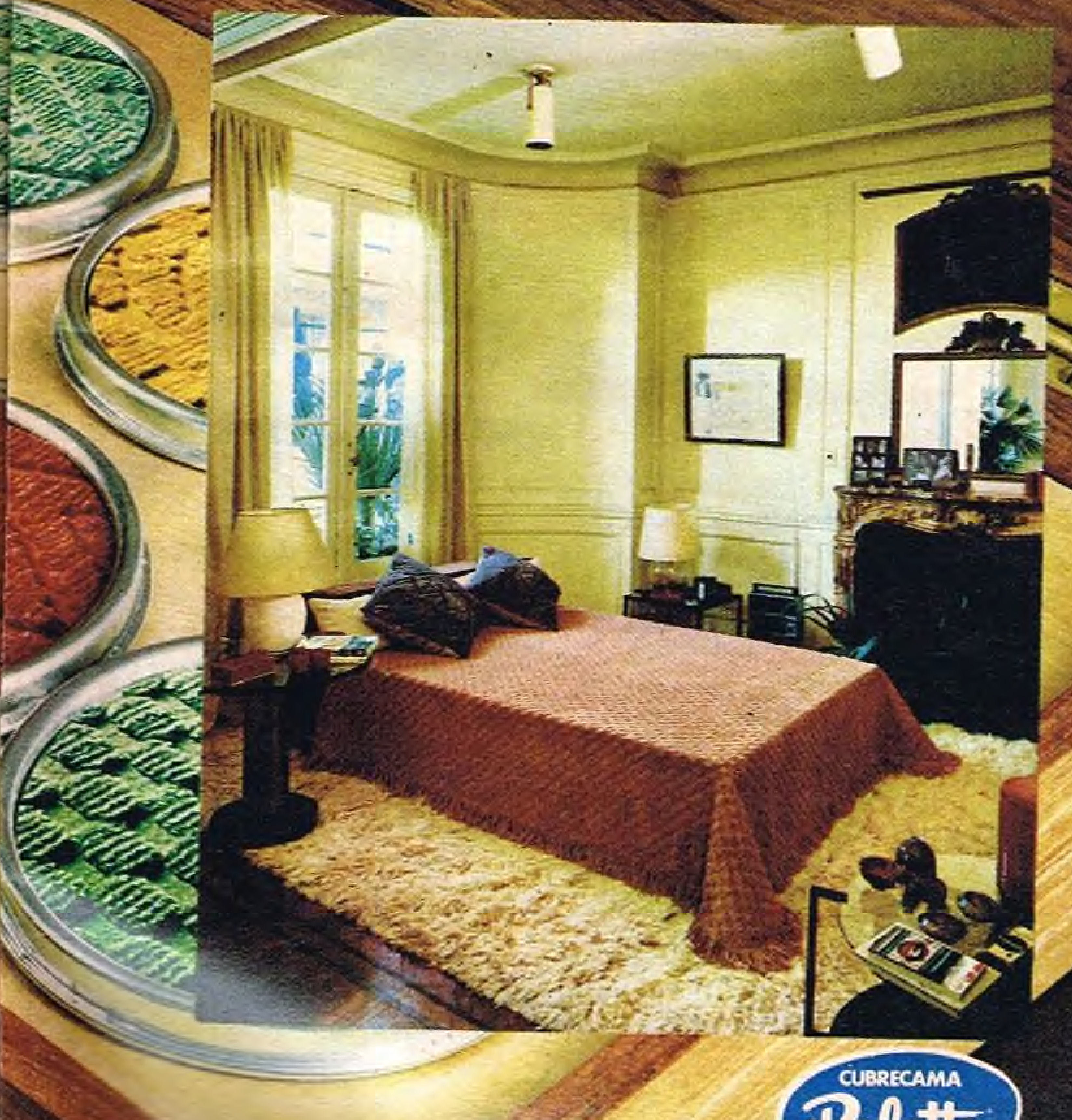
Cubrecamas Palette. Color



LINEA HOGAR ALPARGATAS

para casas que se viven.

A usted le gusta disfrutar su casa. Pero a la vez, verla siempre en orden. Alegre.
Por eso: Cubrecamas Palette.
Colores y diseños para elegir y combinar con los que usted ya tiene.
Lavables. No se planchan.
No requieren cuidados especiales.
Cubrecamas Palette.
Para casas que se viven.



trándose entre la bruma, teñía con un viso plateado los millares de vidrieras que el equilibrista tenía a sus pies. En la bahía de Nueva York la Estatua de la Libertad se veía tan pequeñita como una muñeca. Pasó una bandada de pichones que parecían un puñado de confeti. El público que se apiñaba en la calle semejaba enjambres de hormigas.

Al acercarme a la otra torre, veo a los agentes de policía que me esperan. Tratan de hablarme, pero me detengo un poco antes de llegar. Ejecuto una vuelta en redondo, colocando el balancín sobre el cable, girando y volviendo a recogerlo. Es una maniobra absolutamente loca, que nunca he podido ejecutar a la perfección, ni en los ensayos.

Me dispongo a acometer una tercera travesía. Desde ese momento en adelante, totalmente absorto en mi trabajo, no llevaré cuenta del número de travesías, ni del tiempo que pasa, ni de los movimientos de la policía en las torres que me flanquean. Más tarde me contarán que hice siete viajes, que permanecí 45 minutos sobre el alambre.

Después sabré que millares de personas me aplaudían y seguían con la vista todos mis movimientos. No veo al público, pero siento perfectamente su presencia; percibo la respiración de la ciudad, que ha alterado su ritmo. ¡Escuchen! Son las sirenas de los autos de la policía, el silbato de un remolcador en el río.

Se me concede el valor de mirar directamente a mis pies. Lo que veo es indescriptible. Las líneas verticales del edificio se tocan entre sí, allá, muy abajo, y en el suelo se mueven en todas direcciones varios centenares de puntos diminutos sin cabeza ni brazos.

Por fin el sargento Daniels gritó: "Si no baja usted de allí, mandaremos un helicóptero de la policía para que suelte unas correas y lo recoja". Pero si alguno de los helicópteros que ya revoloteaban en las cercanías, atraídos por la hazaña de Philippe, llegara a acercarse demasiado, la corriente de aire que generaría hacia abajo sería suficiente para tumbarlo del alambre como si fuese una mera pluma de ganso.

La agitación y actividad que bullían en torno a Petit distrajeron su atención momentáneamente, y dio un paso en falso que por poco lo hace precipitarse al vacío. Pero recobró el equilibrio y continuó avanzando concienzudamente. Luego se tendió de espaldas en el punto medio del alambre, sosteniendo el balancín sobre el abdomen, como si estuviera durmiendo.

Tengo la sensación de pertenecer al firmamento. Es el instante de la dicha más pura. Muy lentamente retiro una mano del balancín y dejo colgar el brazo. Con mayor lentitud aún, retiro la otra mano y la dejo caer. También dejo colgar la pierna izquierda. El balancín descansa entonces únicamente sobre el estómago. Respiro muy despacio y disfruto inmensamente del milagro del equilibrio.

Poco a poco Philippe fue levantando la mano izquierda que había



LA COLECCION SEIKO DE RELOJES DE CUARZO ESTA CAMBIANDO LAS NORMAS DE PRECISION EN EL MUNDO

La colección SEIKO de Relojes de Cuarzo abarca una amplia y estimulante variedad de relojes de Cuarzo para el hombre y la mujer, con una precisión de casi un segundo por mes, extrachatos de cuarzo. Relojes de Cuarzo con calendario de día y fecha. Relojes con cristal líquido para lectura continua al segundo. Incluso un cronómetro cuarzo numérico, sin topes ni botones y todo cuanto pueda esperarse viniendo de SEIKO.

SEIKO, produjo el primer reloj de Cuarzo de pulsera que se vendió en todo el mundo, y SEIKO fabrica incluso cada pieza de todos los relojes que salen de sus fábricas—salvo la batería—para asegurar un inflexible control de calidad y la obtención de un noble producto. Sea cual fuere el modelo SEIKO de Cuarzo que Ud. elija, obtendrá mucho más que un simple instrumento tecnológicamente avanzado para medir el tiempo. Tendrá en sus manos el reloj que está cambiando el concepto de precisión en el mundo: El SEIKO QUARTZ.

SEIKO

Algún día, todos los relojes se fabricarán así


¿Qué tiene Hinds Rosada que suaviza, suaviza, suaviza tanto mis manos?
Simple. Hinds tiene una combinación exclusiva, donde los más finos aceites emolientes se unen con ricos agentes humectantes y Vitamina A, para brindar la más efectiva protección a tus manos, atacadas por el rigor del frío, el agua, los detergentes... Comienza a usarla y enseguida comprobarás sus resultados. Ya, mientras vas aplicándola notarás como la crema Hinds Rosada es absorbida instantáneamente por tu piel reseca y ésta gana suavidad. Luego, día a día, verás como ocurre un milagro de belleza: tu piel va recobrando más elasticidad, más y más tersura y finalmente tus manos vuelven a mostrar esa atractiva juventud que las hace tan femeninas, tan acariciables...
Para manos hermosas: Hinds. Todos los días, en todo momento.
Crema Hinds Rosada con Vitamina A.
Hinds
crema

dejado caer y asió el balancín. Otro tanto hizo luego con la derecha. Comenzó a mover la pierna derecha, que mantenía tendida a lo largo del alambre, y fue deslizando el pie hacia atrás hasta llevarlo bajo las asentaderas. A continuación enderezó el torso hasta quedar apoyado sobre el pie derecho; la pierna izquierda todavía le colgaba hacia el abismo. Luego, con un poderoso esfuerzo de los músculos de la pierna derecha, se incorporó.

Echó a andar de nuevo para emprender lo que él calificaría luego de "la más hermosa travesía". En mitad del alambre hincó una rodilla en el saludo tradicional del funámbulo. Allí, a sus pies, estaba Nueva York entera.

Resolvió poner fin a su actuación con aquel desplante. Corrió a lo largo del alambre hacia el edificio y saltó a la azotea. Los agentes de la policía que estaban en la Torre Sur prorrumpieron en aplausos. Petit trató de aflojar el cable, temeroso de que la alta tensión lo pudiera reventar y que causara lesiones al público congregado allá abajo. Pero unos policías lo apresaron. "Trátenlo con cuidado", ordenó el sargento Daniels. "Este hombre es un artista".

Philippe y Heckel quedaron pronto en libertad. Blondeau y Allen habían escapado tan pronto como los agentes del orden llegaron a la azotea de la Torre Sur. Se "condenó" a Petit a dar una función para los niños en el Parque Central, y él aceptó de muy buen grado.

Sentí miedo y lo combatí, y luego me reí de él. Me acosté sobre un alambre con las narices casi en las nubes y escuché cómo se iban apagando los ruidos del mundo diario hasta que me encontré rodeado de una paz completa. Conocí el éxtasis de las alturas. Con todo, el Centro del Comercio Mundial no fue una consumación, sino un comienzo. Tengo muchas cosas interesantes dentro de mi caja encarnada, la que lleva el rótulo de "Proyectos".

Instinto de un artista

PHILIPPE, como de costumbre, hizo mucho más de lo mínimo al cumplir las condiciones de su "condena". Tendió un hilo enorme, de 210 metros de longitud sobre el lago Belvedere, en el Parque Central de Nueva York, anclándolo a la torre del castillo que domina esa zona. Se paseó por ese alambre inclinado, para deleite de millares de espectadores. Un bote de remos esperaba discretamente debajo del cable: Philippe no sabe nadar.

Se desató un torrente de publicidad y le hicieron incontables invitaciones para tender un alambre contra diversos fondos a cual más dramático. Cumplió algunas de esas peticiones, y trabajó una temporada en el circo Ringling Brothers y Barnum & Bailey como estrella de primera magnitud.

Pese a lo que el futuro le depare, no es el dinero lo que Philippe anhela. Aspira, antes que a una fortuna, al ideal de la perfección. "Cuando está uno lleno de ardor",

asegura, "puede mover montañas. Al entregarse por entero a su arte, uno se trasforma. Jamás tendré dinero guardado en una caja, porque deseo hacer cosas... Montar un circo perfecto, cuyo personal conste exclusivamente de artistas supremos... Cruzar sobre el Niágara... pero no como se ha hecho antes: esta vez directamente sobre las cataratas, salvando una distancia de 1500 metros o más... Suspender un cable de la Torre Eiffel y subir por él en un ángulo de 45 grados..."

Una vez Papá Rudy le preguntó por qué pasaba horas enteras, antes de cada actuación, repintando de blanco su balancín de equilibrista.

—A 15 metros de altura se ve completamente blanco. ¿Para qué repintarlo, Philippe? ¿Por qué te empeñas siempre en hacer que aparezca más blanco?

Por toda respuesta le contestó Philippe:

—Nunca estará bastante blanco, Rudy, a menos que esté perfectamente blanco.

Su respuesta a la pregunta de: "¿Por qué hiciste la caminata del Centro del Comercio Mundial?" quizá ilustra mejor que nada el singular entusiasmo de Philippe Petit: "Siempre, a la vista de tres naranjas, siento el deseo irresistible de hacer juegos malabares. Y cada vez que veo dos torres, tengo que cruzar de una a otra por la cuerda floja".

"Era yo director de escena en el teatro Fémina. Una tarde, mientras André Lefaur actuaba en el escenario, en el primer acto, tras bastidores entró un sujeto que me dijo:

"—Soy Harry Baur. ¿Está Lefaur aquí?

"—Sí —le respondí—, pero está en escena.

"—¿Saldrá pronto?

"—Tardará 25 minutos por lo menos, señor Baur.

Baur se alejó. De pronto oí que los actores declamaban réplicas que no estaban en la obra. Me volví a mirarlos: Baur había salido a escena.

"—Soy su relojero —le decía Baur a Lefaur—. ¿Todavía está su casa en venta?

"—Sí... sí... —balbució Lefaur, preguntándose qué tendría Baur entre manos.

"—¿Cuánto desea usted por ella?

"Lefaur mencionó un precio.

"—La enseñé a unos amigos míos —prosiguió Baur—. Les gustaría comprarla. Pero como son las 3:25, y su tren parte a las 4:15, necesito la autorización de usted inmediatamente.

"Aliviado, Lefaur aceptó, y, encantado de haber vendido su casa en tan insólitas circunstancias, detuvo a Baur, que ya salía, para decirle con una gran sonrisa:

"—Usted no es sólo relojero, amigo mío: es un joyero".

Lucien Barox, actor francés, citado por Jeanine y Armand Isnard, en *Bonsoir Tristesse*

No se pierda en Selecciones de Julio:



Montreal:
¿la última de las grandes Olimpiadas?

•

Misterios de los mayas

•

Mi hijo padece distrofia muscular

otros interesantes artículos y dos grandes reportajes:

UN LOBO EN CASA

y

"ACCIDENTE EN EL TREN SUBTERRÁNEO"

El trágico suceso que conmovió a Londres

Sabe usted

El Coliseo de Roma

- Fue parcialmente destruido por un terremoto en el año 810 y sus escombros fu utilizados para construir varios edificios romanos (entre ellos San Pedro).
- El papa Benedicto XIV lo declaró lugar santo por el martirio que en él sufrieron los cristianos.
- Tiene forma de elipse con 527 metros de circunferencia y una altura máxima de 57 metros.
- Lo mandó construir el emperador Vespasiano, siendo inaugurado el año 80 por Tito, de la familia Flavia (de aquí su nombre originario de Anfiteatro Flavio).

RESPUESTAS POSTALES PAGADAS

EL FRANQUEO SERA PAGADO POR EL DESTINATARIO



División Libros Especiales

Apartado Especial Nº 112
BUENOS AIRES

RECORTE Y ENVIE ESTE CUPON
HOY MISMO!
(No necesita ni sobre ni estampilla)



Junio de 1976

Selecciones del Reader's Digest

PUBLICADA MENSUALMENTE EN 30 PAÍSES Y 13 IDIOMAS

UN GRAN REPORTAJE